
Abelardo
Villegas
POSITIVISMO
Y
PORFIRISMO
SepSetentas

Abelardo Villegas

Positivismo y porfirismo

TEXTOS DE

GABINO BARREDA/JUSTO SIERRA
PORFIRIO PARRA/FRANCISCO G. DE COSMES
FRANCISCO BULNES/EMILIO RABASA
ANDRÉS MOLINA ENRÍQUEZ/HORACIO BARREDA
AGUSTÍN ARAGÓN

SEPSETENTAS 40

Secretaría de Educación Pública

Secretario
Víctor Bravo Ahuja

Subsecretario de Cultura Popular
y Educación Extraescolar
Gonzalo Aguirre Beltrán

Dirección General de Educación
Audiovisual y Divulgación
María del Carmen Millán

Subdirección de Divulgación
Roberto Suárez Argüello



Primera edición: 1972

SEP/SETENTAS: Sur 124, núm. 3006, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México/*Printed and made in Mexico.*

INTRODUCCIÓN

1. EL ESTUDIO del positivismo en México constituye una unidad delimitada en forma precisa desde que Leopoldo Zea se ocupó del tema en una de sus principales obras.[1] La palabra positivismo, usada para designar una serie de corrientes de pensamiento que tuvieron vigencia en México en el último tercio del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, puede ser tomada en dos sentidos, uno estricto y otro lato o amplio. En el primero de los casos se trataría de la influencia del pensamiento de Augusto Comte en México, ya que la filosofía de Comte es la que estrictamente puede ser denominada *positivismo.* En sentido amplio, la palabra designaría toda suerte de doctrinas que exaltaron el valor de la ciencia, y principalmente el darwinismo y el evolucionismo de Herbert Spencer que, desde luego, tienen parentescos conceptuales con la filosofía de Comte.

Para comprender, pues, la significación que tuvo el positivismo en México, necesitamos primero hacer referencia a los rasgos salientes de las doctrinas europeas, los cuales sin duda explicarán, en buena medida, el porqué tuvieron aquí tan buena acogida y constituyeron un capítulo de nuestra historia intelectual. Veamos primero algunos aspectos del comtismo.

Como se sabe, el pensamiento de Comte tiene varios

[1] *Cf.* el ya clásico estudio de Leopoldo Zea en su más reciente edición: *El positivismo en México, nacimiento, apogeo y decadencia.* Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

antecedentes, pero en un clásico trabajo, John Bury[2] ha mostrado que tanto los antecedentes del positivismo como esa doctrina respondían a una aspiración que fue formulada por Kant en el sentido de que se necesitaba un nuevo Kepler o un nuevo Newton que hallase la ley del movimiento de la civilización. El positivismo, como casi toda la filosofía moderna, tiene ante sí el espectacular desarrollo de las ciencias de la naturaleza, y aun el concepto de ella misma como un todo sometido a leyes, en contraste con el ámbito de lo humano o lo social, es decir, en contraste con el ámbito de la historia que, sustraída de la naturaleza, parece estar desarrollada al azar, convirtiendo las ciencias humanas en un conjunto de saberes anárquicos. La idea de crear lo que Comte llamó más tarde la física social, contiene la aspiración de unificar al hombre con la naturaleza y encontrar las leyes naturales que rigen la vida social.

No cabe duda, como lo señala Bury, que fue el concepto de progreso el que sirvió de clave para los intentos de formulación de estas leyes. El progreso, entendido de muy diversas maneras, implicaba sobre todo la tesis de que todos los fenómenos sociales tienen sentido, de que unos sirven para la aparición de otros, de tal manera que no existirían las aberraciones históricas, tal como algunos iluministas lo pensaron con respecto a la Edad Media. Los adeptos a la idea de progreso, generalmente reacios a todo lo que fuera religiosidad, mediante la aplicación de esa idea, llegaron a comprender que incluso la religiosidad podía ser considerada como un tránsito necesario para alcanzar etapas de conciencia superiores.

El antecedente más inmediato de Comte es Saint-Simon. Fue él quien sostuvo la idea de abandonar un cono-

[2] *Cf.* John Bury: *La idea de progreso.* Alianza Editorial, Madrid, 1971.

cimiento especulativo para tornarlo en un conocimiento *positivo*, y también fue él quien sostuvo que a diversas etapas del conocimiento corresponden otras tantas de desarrollo social e histórico. Pero el prepositivismo de Saint-Simon, en justo contraste con Comte, se encaminaba a lo que hoy llamaríamos la izquierda; creía que la meta del progreso es la felicidad general y como las clases trabajadoras forman la mayoría de la población, el primer paso hacia esa meta debía ser la mejora de la suerte de tales clases, mediante la instauración de un socialismo de cuño peculiar.

Por su parte, Augusto Comte, quien trabajó de joven con Saint-Simon, retoma los pensamientos de su maestro y los organiza en un sistema de amplias perspectivas en su famoso *Curso de filosofía positiva.* Algunas de las ideas centrales de Comte son las siguientes: primero, la tesis de que la humanidad se ha desarrollado a través de tres estadios, el teológico, el metafísico y el positivo; es decir, que los hombres han tratado de explicar los fenómenos naturales recurriendo primero a imaginarias divinidades, luego a abstracciones y, finalmente, llegando a comprender que sólo podrían ser captados de manera positiva a través de métodos científicos como la observación y la experimentación. Cada una de las formas de conocimiento tiene que atravesar por estos tres estadios y como, según Comte, la totalidad del mecanismo social se basa, en última instancia, en las opiniones, la historia entera del hombre se desarrolla a través de esa triple fase. Cabe distinguir en esta concepción comtiana la idea básica de la Ilustración, también sustentada por Hegel y otros autores, en el sentido de que el desarrollo de la historia no es más que la realización de diversas formas de conciencia. Se trata de un intelectualismo profundo, pero en el caso del positivismo, de un intelectualismo

urdido a través del concepto de progreso. El progreso concebido de esta manera, sería la ley del desarrollo histórico, y no menos importante que ésta sería la otra, de cohesión o solidaridad que está expresada en esta interrelación entre los hechos y la conciencia.

La humanidad se encaminaría hacia una etapa no sólo de auge de las ciencias positivas sino de la organización social dirigida por la sociología y por el resto de las ciencias; la física social convertiría la política en ciencia y todo se organizaría según sus criterios. Pero a pesar de este cientificismo arraigado, en su interpretación de la historia Comte había considerado que la aparición del cristianismo no había constituido un fenómeno adverso a la meta científica, puesto que había dado cabida a la razón especulativa en un margen más amplio que otras religiones. Consideró que el saber racional había crecido a expensas de la inspiración divina y que en ese sentido el catolicismo había cumplido con los fines inherentes a la etapa en que apareció.

El positivismo comtiano presenta así varias características que lo hicieron altamente sugestivo en su tiempo. La exaltación de la etapa científica o positiva era paralela al desarrollo que en Europa se había dado de la ciencia y la tecnología. Mas, al mismo tiempo, tal exaltación del espíritu positivo no implicaba un rechazo absoluto del espíritu religioso, éste habría cumplido una etapa en la historia del progreso y como tal debía ser aceptado, de manera que aunque el positivismo era un cientificismo, tendía hacia la unidad con actitudes opuestas a él mismo.

Esta unidad a su vez era completamente congruente con la idea de *orden*, tan cara al pensamiento comtiano, pues el desorden y la anarquía se producían al no comprender las anárquicas mentes que los delicados meca-

nismos del progreso colocaban las distintas concepciones en el lugar que les correspondía. La religión, rechazando de manera total a la ciencia, o la metafísica liberal, rechazando en forma sectaria el espíritu religioso, hacían imposible el progreso ordenado.

Otro aspecto de la doctrina de Comte es su arraigado europeocentrismo. Su interpretación de la historia se refiere fundamentalmente a la historia europea, en tanto que el desarrollo de la historia de Asia o del Islamismo le parecieron sumamente confusos y no creyó que valiera la pena ocuparse de ellos. Este acendrado europeísmo de Augusto Comte, aunado a su positivismo y a su fanatismo en relación al orden, convierten a su filosofía en una ideología del capitalismo europeo de aquella época. Como lo ha hecho notar Zea, la época era la restauración, cuando las monarquías europeas, una vez eliminado Napoleón, pretenden volver a establecer el orden anterior a la Revolución Francesa. Comte no estaría de acuerdo en ello, pero en su filosofía hay una profunda indiferencia hacia los ideales de libertad de la Revolución. La sociedad positiva estaría más bien gobernada por una asamblea de sabios cuya misión fundamental consistiría en hacer comprender a la sociedad que la misma está regida por leyes intelectuales. Esta conclusión es justamente opuesta a la de su maestro Saint-Simon. Es la idea del desarrollo de la ciencia y la tecnología, pero en orden, ya que las anárquicas revoluciones se han ocupado en superar definitivamente la etapa teológica.

Cabe hacer notar también que influye notablemente en estas concepciones de progreso la idea que se tenía de ley natural. La naturaleza fue concebida como una serie de procesos sometidos a regularidades necesarias y precisamente el carácter necesario de la ley natural aplicado al conocimiento de los fenómenos sociales dejaba

fuera el concepto de libertad, de espontaneidad, y aun de azar, que tan caros habían sido al liberalismo. Ante el espíritu positivo, imbuido de la necesidad de las leyes naturales, y de su carácter empírico, las ideas de libertad y espontaneidad no podían parecerle más que meramente especulativas, de modo que no le era difícil cuestionar la organización social fundada en tales ideas. Por ello la trascendencia política del positivismo, su significación, tenía que ser adversa a la práctica liberal del avance de las sociedades mediante explosivas revoluciones.

En 1859, casi treinta años después de la aparición del primer tomo del *Curso de filosofía positiva*, Charles Darwin publicó *El origen de las especies*. Esta obra, básica en muchos aspectos, transformó la idea de la vida y, en especial, de la vida humana. Destruía el concepto de la fijeza de las especies animales: la experiencia negaba que la vida animal estuviera dividida en tipos rígidos y, en cambio, mostraba un transformismo radical, las especies podían transformarse radicalmente o desaparecer o bien podían crearse otras nuevas, todo dependía de su habilidad para adaptarse al medio y sobrevivir. Se postulaba, así, una continuidad de la vida, sin saltos ontológicos, pero, y esto resultaba fundamental, el hombre formaba parte de esa línea continua, resultaba ser una especie natural más, un ente más de la naturaleza, sometido a sus leyes, apenas gradualmente separado de algunos animales superiores.

Para la filosofía tradicional, acostumbrada, por su fuerte lastre cristiano y helénico, a concebir al hombre como una criatura de excepción, y a pensar el ámbito de la vida humana como radicalmente distinto del de la vida natural, las tesis darwinianas subvertían el orden de los valores y hasta resultaban humillantes. Darwin no hacía juicios de valor, pero al mostrar la vida como un proceso

que rompe constantemente sus propios moldes, preparaba la inserción del concepto de progreso en la naturaleza. El progreso no resultaría así sólo la ley de la civilización sino de la vida entera.

El evolucionismo de Herbert Spencer implica, pues, esta articulación fundamental. La evolución consiste en una adaptación del organismo vivo al medio ambiente, pero esta adaptación no es nunca definitiva sino una constante readaptación. Y en tal proceso pueden advertirse dos líneas directrices en el seno de los propios organismos: un tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo y una especialización de las partes. El organismo comienza siendo un todo indiferenciado, mas en el proceso de adaptación sus partes se van especializando y distinguiendo para luego formar una unidad superior integrada por partes especializadas. Este proceso, advierte Spencer, es de perfeccionamiento, los organismos superiores son aquellos cuyas partes están más diferenciadas y, justo, es esta diferenciación la que les permite una mayor adaptabilidad.

Ya se comprende entonces que el organismo más perfecto no es tanto el hombre cuanto la sociedad; la sociedad es un superorganismo tanto más perfecto cuanto más diferenciados se encuentran los individuos. La vida social es, en consecuencia, la interacción de los diferentes. De esta manera, siguiendo una tradición británica, Spencer concilia su naturalismo con la libertad. Lo que hace progresar al organismo social es la acción o interacción libre de los individuos. El movimiento procede por una toma y daca de opiniones contrapuestas y la integridad de la individualidad es condición de progreso. Así, el progreso de las civilizaciones aparece como una ley natural ineluctable, pero no como una ley que convierta a todos los individuos en autómatas subordinados a la necesidad, sino que opera a través de la libertad convirtiendo

a esta misma en una necesidad. Podrán sin duda, observarse algunas discrepancias y alteraciones, pero éstas se subordinan a la tendencia general de la evolución, como los picos de las montañas se subordinan a la curvatura terrestre.

Había, sin embargo, un matiz en el optimismo general que domina al darwinismo y al evolucionismo. Para Darwin, la selección natural operaba en forma inexorable para aquellas especies incapaces de adaptarse y vigorizarse en el proceso de adaptación; éstas desaparecían presas de las más aptas. De modo que la idea de la naturaleza como fuente de bienestar y espontaneidad y aun de libertad que dominaba, por ejemplo, al pensamiento de Rousseau, se sustituye por el de una naturaleza teatro de una lucha permanente y de un esfuerzo permanente de readaptabilidad. Pero como la idea de la naturaleza tendía a englobar la de la sociedad, resultó inevitable aplicar esta idea al mundo humano, el cual fue concebido por los darwinianos como ámbito de una lucha semejante en donde los pueblos o razas jugarían el papel de especies aptas e ineptas, con todas las consecuencias que de ello se podían derivar.

Hecha esta sumarísima relación del positivismo, piénsese en el impacto que podría tener en los países hispánicos educados secularmente en la tradición católica absolutamente adversa a estas ideas y al espíritu que las animaba. Inevitablemente tales ideas tendrían que adquirir un carácter militante y jugar un papel importante en nuestras revoluciones del siglo XIX. Su planteamiento aquí constituyó toda una experiencia histórica, a la que tenemos que hacer referencia necesariamente.

2. El positivismo se introdujo en México como filosofía, como sistema educativo y como arma política. Según lo

advierte Edmundo O'Gorman en un trabajo sobre la Universidad[3] ya había en los anteriores sistemas educativos antecedentes que sirvieron de terreno fértil a la instauración de la pedagogía positivista cuyo proceso se desencadenó después del célebre discurso de don Gabino Barrera en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867, justamente el año de la restauración de la República.

Políticamente, este año marca el triunfo definitivo del Partido Liberal, de modo que, inicialmente, el positivismo se constituyó en filosofía e instrumento ideológico del partido triunfante. Éste, por otra parte, no estaba ayuno de conceptos, el liberalismo tuvo grandes escritores como José María Luis Mora, Mariano Otero, Ignacio L. Vallarta, Melchor Ocampo, etc. Por eso, lo que era radicalmente nuevo era el positivismo como sistema filosófico que implicaba una concepción del mundo, de la historia, de la educación y de la política. Filosofía opuesta al catolicismo dominante en los términos en que ya la hemos descrito. Vale la pena, pues, echar una ojeada al conjunto de ideas que pretendía suprimir o superar.

Ciertamente, el catolicismo, no era privativo del partido conservador, todos los liberales eran católicos con excepción de Ignacio Ramírez, pero dentro de la ideología liberal el catolicismo desempeña un papel diferente al que le corresponde en una concepción típicamente ortodoxa. El liberal asume ante la religión una actitud fundamentalmente laica, es decir, distingue y separa la esfera de la religiosidad de otros ámbitos a los cuales considera excluyentes, como son el de la ciencia y el de la política. Esto queda más claro si se recuerda la antigua concepción tomista de la filosofía como auxiliar de

[3] Véase, de Edmundo O'Gorman, "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

la teología; las verdades a las que aquélla arribaba tenían que ser congruentes con las verdades de la teología, es decir, de la recta interpretación de las sagradas escrituras. Tal carácter subordinado de la filosofía lo compartían las otras ciencias y las otras esferas de la cultura. Simplemente, piénsese, a título de ejemplo, que durante la época colonial estuvo prohibida la lectura de novelas, en virtud de una interpretación de la moralidad cristiana —prohibición que, por cierto, no se cumplió nunca afortunadamente. Tal relación de subordinación cambia con los ilustrados españoles y mexicanos en la segunda mitad del siglo XVIII. Éstos siguen considerándose católicos pero postulan que la esfera de la ciencia está separada de la esfera de la religión; las ciencias con sus métodos experimentales propios, se dedican al conocimiento del mundo, en tanto quedan intangibles los dogmas referentes a Dios y a la moralidad.[4] Esta separación entre ciencia y religión fue el preludio de lo que más tarde constituyó la separación entre la política y la religión y la educación y la religión.

Para un liberal como Melchor Ocampo la religión queda circunscrita al ámbito de la conciencia y de la moralidad privadas. En cambio, la moralidad pública tiene que estar regida por unas normas o principios que puedan ser obedecidos por todos, cualesquiera que sea la religión o la ideología que cada individuo profese. O sea, que la libertad de pensamiento y de creencias debe quedar garantizada por una serie de normas objetivas que no pueden obedecer a un sistema de moral que sea privativo de un grupo influyente. Por otra parte, si esto es así, la religión cesa de ser algo impartido por una institución como la Iglesia para convertirse en una cuestión de con-

[4] Véase mi libro *La filosofía en la historia política de México*. Editorial Pormaca, México, 1966.

ciencia. La Iglesia podía ser conservada siempre y cuando no se impusiese coactivamente en la esfera de la moralidad particular o social. No debía, pues, haber coincidencia entre religión y política y entre religión y Estado. Y, justo, eran estas coincidencias la clave de la superestructura colonial, pues aunque los monarcas españoles habían reivindicado siempre su autoridad frente al papado, el catolicismo continuaba siendo religión oficial y lo fue también de la República e incluso así quedó asentado en la Constitución liberal de 1857. Sólo las leyes de Reforma liquidaron la concepción de una religión oficial y rectificaron en este grave punto la obra de los liberales moderados.

Había también otro asunto en el que discrepaban los liberales del régimen colonial. Este otro asunto era el de la posición económica y social de la Iglesia. Como propietaria más acaudalada del país, la Iglesia resultaba una corporación precapitalista que acaparaba la riqueza sin multiplicarla. Y como cuerpo social, la serie de fueros que la protegían resultaban lesivos al carácter nacional de las leyes. Los liberales la vieron como un estorbo para la creación de la riqueza capitalista y para la constitución de una nacionalidad fundada en derechos del hombre incompatibles con los sistemas de fueros y privilegios de las corporaciones. No querían su desaparición pero sí su expropiación y su reducción al ámbito de la ley general. Sostener, pues, el carácter privado de la religión, querer el reparto de la riqueza eclesiástica y la anulación de sus privilegios legales era otro modo de ser católicos. Una especie de catolicismo moderno, con muchos puntos de contacto con el protestantismo y en buena medida antagónico con el teocentrismo colonial que pugnaba por sostener el carácter absolutista de la religión y de la Iglesia.

Pero los partidos en pugna nunca vieron las cosas con tal objetividad. El conservatismo y la reacción acusaron al liberalismo puro de ateísmo, y en respuesta, sin percatarse demasiado de ello, los liberales buscaron otra filosofía, y aun otra religión, que sustituyera definitivamente la que les recordaba tanto el sistema colonial que querían destruir. Fue ésta la coyuntura favorable para la penetración del *espíritu positivo* y su filosofía.

Frente a estas posiciones de los liberales puros o radicales pueden distinguirse otras dos: la de los que podríamos llamar reaccionarios, que querían la vuelta a la organización colonial con su monarquía absoluta y su sociedad de corporaciones y fueros; y la de los conservadores, que bien puede ser identificada con la de los liberales moderados, que deseaban la creación del industrialismo, del sistema capitalista en general, pero con un sistema de gobierno que hiciera compatibles tales estructuras modernas con las antiguas, especialmente con la posición preeminente de la Iglesia; por eso oscilaban del centralismo a la monarquía constitucional y de allí a la dictadura. El conservador no se opone al progreso, pero lo quiere sin violencia y añadido a las estructuras tradicionales.

En la práctica, los resultados de la Reforma realizaron a medias el programa de los puros. No se tenía una idea precisa de las riquezas de la Iglesia y por eso se las mitificó. Había una corriente de opinión que cristalizó en la Ley Lerdo en el sentido de que la desamortización de los bienes eclesiásticos crearía el capital circulante y multiplicable. Esta Ley, expedida bajo el gobierno de Comonfort, era un producto típico del liberalismo moderado. Prohibía a la Iglesia y a las otras corporaciones la posesión de bienes inmuebles (terrenos y edificios), las obligaba a venderlos, pero no les enajenaba el producto

de la venta. La Iglesia podría disfrutar de elevadas cuentas bancarias o de capitales, siempre y cuando no fuera en bienes inmuebles. Naturalmente que las ventas de los bienes eclesiásticos beneficiaron a quienes podían adquirirlos, de manera que, en general, la desamortización benefició a la gran propiedad laica reforzando el viejo sistema latifundista. A cambio de eso, los bienes de otras corporaciones, como los de los pueblos de indios, fueron fraccionados y entregados en propiedad a los campesinos, quienes no pudieron conservarlos y los vendieron en unos cuantos pesos a los grandes propietarios y a los flamantes liberales de nuevo cuño. La medida de desamortización dañó seriamente a muchos pueblos cuyos habitantes pasaron de propietarios comunales a peones sólo poseedores de su fuerza de trabajo.[5]

La otra corriente de opinión cuyo antecedente lejano había sido Abad y Queipo y que sostuvieron José María Luis Mora y Melchor Ocampo no se realizó nunca. Consideraba que los bienes eclesiásticos debían ser repartidos entre los campesinos para crear una clase de pequeños propietarios, una pequeña burguesía agraria, parecida a la que existía en aquella época en los Estados Unidos. Este reparto suponía no la desamortización sino la nacionalización. Y, por último, al calor de la guerra de tres años (1858, 59 y 60), también se pensó que dichos bienes podían servir de respaldo a un préstamo norteamericano para ganar la guerra, o bien, en vísperas de la intervención europea, que podrían servir para pagar, cuando menos, parte de la deuda exterior que suscitaba tal intervención.

La nacionalización, realizada por la Reforma, demos-

[5] Véase, de Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, cuyas características bibliográficas se citan al final de esta Introducción.

tró lo quimérico de tales propósitos. Los bienes eclesiástico no eran tantos —muchas posesiones habían sido ya liquidadas por la desamortización—, otros habían sido saqueados durante la guerra, otros se devaluaron y otros se ocultaron, de modo que el liberalismo triunfante no pudo financiarse con ellos, suspendió los pagos y originó con ello la intervención. Ni el Imperio ni los gobiernos posteriores de Juárez y Lerdo pudieron remediar esta descapitalización. Sin duda ella fue la que condicionó la idea de Limantour de abrir la puerta al capital foráneo, operación que fue uno de los rasgos salientes del porfirismo.

Políticamente la Reforma fue la prueba de fuego del parlamentarismo. El Constituyente de 1856-57 fue un gran torneo oratorio, pero de allí salió una Constitución sumamente moderada que, sin abordar el gran problema económico de México, sin sancionar siquiera la libertad de creencias, desató en cambio una tempestad política; lo verdaderamente radical, las Leyes de Reforma, las decretó Juárez en Veracruz sin el auxilio de ningún congreso. Después, la resistencia personal de Juárez a la intervención, puso las bases del presidencialismo que fue llevado a su último extremo por la dictadura de Porfirio Díaz. El liberalismo culmina en una dictadura, única instancia que se consideró factible no sólo para lograr el orden sino para reorganizar al país y hacerlo cumplir en sustancia lo que se había trazado. Esta sustancia era económica, era el ideal burgués, y por eso Justo Sierra sostuvo que en el porfirismo se sacrificó la evolución política a la evolución social.

3. En alguna medida puede sostenerse que la historia del porfirismo es la historia del primer fracaso en el intento de formar una burguesía mexicana. Desde el punto de vista socio-económico, el porfirismo reproduce una cone-

xión que se dio en muchas partes de América Latina entre las estructuras burguesas creadas por la penetración del capitalismo exterior y las preburguesas, netamente agrarias, supervivencias de la organización colonial. Ya Andrés Molina Enríquez calificó al régimen porfirista como aquél que soñó Alamán sin haber podido realizarlo nunca, pues si usáramos las categorías acuñadas en el parágrafo anterior, nos encontraríamos que, a pesar de su retórica de unidad nacional, el régimen de Díaz fue esencialmente conservador en tanto que trató de crear las estructuras modernas sin alterar las antiguas.

Como decíamos, Díaz inició una definitiva política de apertura al capital exterior y tanto el capital norteamericano como el inglés llegaron a invertir en cantidades considerables (en 1912 los Estados Unidos habían invertido 1 057 millones de dólares y los ingleses 321 millones) especialmente en el ramo de la minería, de la industria textil y de las vías férreas. Al propio tiempo se realizaron importantes movimientos financieros para reorganizar la vacilante economía mexicana y el pago de la deuda externa. Pero ya desde entonces nuestra balanza estuvo desequilibrada en favor de los Estados Unidos. A pesar de la acción de esta incipiente burguesía, más de la mitad de los 15 millones de habitantes vivían en el campo, en un régimen predominantemente latifundista. En términos generales el latifundio no debe ser considerado como forma de explotación capitalista. Siguiendo a los ilustrados españoles, Molina Enríquez sostuvo que dos eran los motores del latifundio mexicano, uno era económico y el otro subjetivo, o sea, la renta y el sentimiento de señorío. El latifundista no es un empresario, es un *señor* de la tierra, sus relaciones con los peones no son relaciones de patrón o proletario, sino relaciones eminentemente patriarcales, lo aloja, lo viste, lo casa, lo castiga y a veces

lo mata. Detrás de un cierto barniz de cultura, dice Molina, se encuentra el primitivo conquistador con su deseo de dominio. Desde el punto de vista económico, no pretende una ganancia que se multiplique en forma indefinida, lo cual implicaría inversiones y riesgos típicos de la actividad capitalista. Lo que quiere es una renta segura y fija que le permita mantener su condición de señor aunque esa renta no sea proporcional al valor real de la tierra. O sea, que el latifundio no se encuentra sometido a una explotación intensificada y técnica, sino que, conservando instituciones como el mayorazgo, presenta rasgos semifeudales que mucho atrajeron la atención de los sociólogos de su tiempo.

Es cierto que no todos los latifundios mexicanos poseían tales características, Womack ha señalado que los del Estado de Morelos tenían una íntima ligazón con la estructura del comercio internacional del azúcar, pero aun él tiene que admitir que el terrateniente morelense prefería la explotación extensiva a la intensiva. Si, pues, podemos encontrar excepciones a las características arriba anotadas, no cabe duda que el *sistema* de la tenencia de la tierra era más o menos el que señala Molina Enríquez.

Así, desde el punto de vista estrictamente económico se estableció una alianza política y económica entre la clase latifundista, la pseudoburguesía nacional y la burguesía internacional. Pero, como a pesar de todo, la tierra seguía siendo la mayor parte de la riqueza mexicana, el que no estuviera explotada de manera intensiva y capitalista hacía que, en cierta medida, se conservaran los rasgos económicos que el liberalismo había impugnado y criticado a la propiedad eclesiástica. Por un lado conservábase el lastre colonial precapitalista, y por otro nuestra incipiente burguesía nacía en condiciones de subordinación y coloniaje.

Desde diversos puntos de vista, tanto los filósofos del Ateneo de la Juventud como Leopoldo Zea, sostuvieron que el positivismo constituyó la ideología de los políticos e intelectuales dominantes del porfirismo, sería, pues, para decirlo en términos de Marx, la filosofía dominante de la clase dominante. Pero como puede verse en esta antología, la doctrina positivista tenía otras posibilidades pues ya que, si proporcionó armas para justificar el porfirismo, también hizo posibles algunos enfoques esenciales de las doctrinas de la Revolución Mexicana. Veámos ahora las circunstancias concretas en que fue asumido y su proceso de desarrollo.

4. Es de todos conocida la anécdota inicial: el 16 de septiembre de 1867, el doctor Gabino Barreda pronunció una Oración Cívica en Guanajuato en la que hizo una interpretación de la historia mexicana a la luz de algunos conceptos de Comte. Este discurso llamó poderosamente la atención y en ese mismo año, quizá por la intervención de Pedro Contreras Elizalde, que fue amigo de Juárez y de Barreda, este último pasó a formar parte de la comisión encargada de redactar un plan de reorganización educativa. La Oración Cívica es un documento de enjundia: Barreda habla allí de la historia como una "ciencia" sujeta a leyes que hacen posible "la previsión de hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado", exalta el espíritu científico y muestra la acción de éste en la práctica: "tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política". Barreda presenta la historia mexicana como un proceso de emancipación del orden colonial; era éste un sistema en el que la educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergían a un fin de dominación y explotación

continua. El guardián intelectual de ese orden era un "clero armado a la vez con los rayos del cielo y las penas de la tierra, jefe supremo de la educación universal". Que la nación se hubiera emancipado de ese orden se debió a un proceso que desencadena todos los demás, el de "la *emancipación mental*, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva sustitución por las modernas". Convencido de la férrea trabazón entre los diversos aspectos de la vida humana, dice Barreda que habiéndose iniciado la transformación en el ámbito de la ciencia moderna, de manera imperceptible se contagio a otros niveles. Pues, en efecto, ¿cómo admitiendo explicaciones naturales de fenómenos naturales se podría consentir en una explicación sobrenatural de los fenómenos políticos? Si el rayo es un fenómeno eléctrico ¿cómo podría admitirse la intervención de la providencia en los actos del gobierno?

Barreda describe cómo este proceso solidario comenzó a gestarse en la época colonial de tal manera que resulta imposible admitir que la iniciación de la independencia es un acto sin antecedentes. La independencia la explica a través de una metáfora científica: se habían colocado muchos elementos de combustión en un ámbito cerrado, sometidos a presión continua, de manera que la explosión se efectuó en el momento en que la combustión se inició en un punto cualquiera.

Barreda describe al siglo XIX mexicano como el proceso de una triple emancipación: emancipación científica, emancipación religiosa y emancipación política. En él se hace patente la radical inconsecuencia del partido conservador y de los liberales moderados que no pudieron "conciliar el orden con el progreso", porque sólo creían en un orden retrógrado o en un progreso emanado de la anarquía. El clero tampoco supo comprender los mecanismos

del progreso, un clero "que maldiciendo el presente y el porvenir sin comprender que son una consecuencia forzosa del pasado, no tiene otro programa que la imposible retrogradación de ocho siglos, para volver a los tiempos de Hildebrando". Barreda admira la obra emancipadora del liberalismo, ésta se encuentra concluida y los elementos de una nueva etapa histórica, la de "reconstrucción social", están ya preparados. Esta nueva etapa reconstructiva se realizará a la luz de una reformada divisa comtiana: "libertad, orden y progreso". Aquí la libertad *sustituye al amor* porque el orador, en vista de lo acontecido, la consideró como *medio* indispensable. Entre otras razones porque el triunfo de la Reforma, eliminando a la Iglesia como obstáculo social, dejaba intangibles sus poderosas armas espirituales.

Según la interpretación de Justo Sierra en un capítulo transcrito aquí, las esperanzas políticas de Barreda tardarían todavía diez años en empezar a realizarse. Después de la revuelta tuxtepecana el general Porfirio Díaz supo interpretar el anhelo de paz, que era como un "rumor que escapaba de todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo a otro de la República, en el taller, en la fábrica, en la hacienda..." Supo concitar en su persona la "fe" y el "temor" necesarios para que un gobierno verdaderamente efectivo se sostuviese. También se apoyó en la única clase "en marcha", la "burguesía", que Sierra describe en plena integración a partir de una "plebe intelectual", de antiguas familias criollas, del grupo mestizo en donde arraiga hondamente la burguesía dominante y de las antiguas oligarquías reformistas y reaccionarias que se unifican en torno a los fines que les impone el propio Díaz.

Además, sigue diciendo Sierra, Díaz comprendió perfectamente la inevitabilidad de un proceso que nos incorporaba definitivamente a la expansión económica norteamericana, "nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora yankee y partir rumbo al porvenir..." Esto había que hacerlo evitando una guerra imperialista, de manera institucional, como acuerdo entre gobiernos en el cual el mexicano se comprometiera a crear un clima de confianza, al propio tiempo que mantenía nuestra integridad. El símbolo de esta nueva política fue la construcción de los ferrocarriles en el primer periodo porfirista; "las grandes empresas ferroviarias internacionales parecían sembradoras de *dollars* en el surco inmenso que acotaban los rieles desde la frontera al centro del país". De la revuelta tuxtepecana sólo una cosa resultó nueva, pero ésta implicaba una verdadera transformación, era el advenimiento "normal" del capital extranjero a la explotación de las riquezas amortizadas del país; "y era ésta, no huelga decirlo aquí, la última de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de Independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional; la de la Reforma, que dio vida a nuestra personalidad social, y la de la Paz, que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total".

La condición política para que esta tercera etapa se cumpliera la constituyó la delegación que de sus libertades hizo el pueblo mexicano al general Díaz. Se constituyó una especie de "dictadura social" o de "cesarismo espontáneo" eficazmente auxiliado, dice Sierra refiriéndose a Limantour, por una inteligencia que representa los anhelos de "aplicar a la administración los procedimientos de la ciencia". A Sierra no escapaba lo terriblemente peligroso que era este sistema de abdicaciones o delegaciones,

porque imprimía hábitos contrarios al gobierno de sí mismos.

Sin embargo, concluía, aplicando el concepto central de Spencer, que existía una "evolución social mexicana". Esta evolución, tal como lo dice el filósofo inglés, es una verdadera adaptación al mundo exterior. "Nuestro progreso —dice Sierra—, compuesto de elementos exteriores, revela, al análisis, una reacción del elemento social sobre esos elementos para asimilárselos, para aprovecharlos en desenvolvimiento e intensidad de vida. Así, nuestra personalidad nacional, al ponerse en relación directa con el mundo, se ha fortificado, ha crecido." Empero, haciéndose solidario de la tradición liberal y aun de la doctrina que había asumido, sostiene, en esos años del mil novecientos, que toda la evolución mexicana habrá sido frustránea si no concluye en la libertad.

5. Desde el comtismo y desde el evolucionismo se interpretó la restauración de la República como la apertura de una nueva era nacional. Pero, fieles a la idea de que los acontecimientos se encuentran inextricablemente unidos a los procesos intelectuales, nuestros positivistas no perdían de vista la necesidad de una educación que transformara las mentes de los mexicanos. En este sentido, es célebre la opinión de Barreda de que para que la conducta práctica sea armónica con las necesidades reales de la sociedad, es preciso que haya un fondo común de verdades de las que todos partamos más o menos deliberadamente, pero de una manera constante. Tal fondo común de verdades debe poseer un carácter enciclopédico para que no quede fuera ni un solo hecho importante. Sin embargo, Barreda más que enunciar estos hechos, que en realidad constituyen el sistema de la ciencia, hablaba del método, un método positivo, que era el camino más seguro para

establecer ese fondo común de verdades. Era este método una combinación del silogismo, aprendido a través de los procedimientos de la matemática, con la inducción y sus bases en la observación y la experimentación. Sin embargo, era enemigo de la enseñanza de la lógica pura, ésta tenía que enseñarse aplicada a los procedimientos de la ciencia, pues de otra manera se caería en los procedimientos de la vieja escolástica, que había divorciado a la lógica de los procesos vivos del saber.

En esta analogía hemos incluido un capítulo del *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva* de Porfirio Parra, referente al método positivo. Parra se ocupa de aclarar lo que Comte había entendido por *lo positivo;* se trata, en general, de una actitud que se opone a lo negativo, que no niega ni destruye sino que construye. "El saber positivo es, pues, esencialmente constructor, el material del conocimiento debe elaborarse para llegar a una afirmación que engendre el convencimiento, el cual decide a la acción." No se debe desechar ninguna idea hasta que pueda ser sustituida por una mejor, el método positivo o científico, es cauteloso y prudente y este procedimiento garantiza en el orden científico "el verdadero progreso" sin sacrificios. "El método científico condena, pues, la revolución, sustituyéndola por la evolución, imitando así los procedimientos de la Naturaleza." Es el progreso ordenado en el campo de la ciencia.

El método científico propende a los hechos, pero no sólo los comprende a ellos sino también "las relaciones, las ideas, los conceptos, las leyes que resulten de la conveniente interpretación de los hechos". Acopia éstos y los enlaza formando un conjunto orgánico, pero este mismo conjunto de relaciones tiene que comprobarse en la experiencia, por eso los hechos son el punto de partida y el punto de llegada del conocimiento; la experimenta-

ción, la abstracción, la inducción generalizadora y la deducción, constituyen los procedimientos de acopio, y enlace. El resultado no sólo nos permite comprender, sino que, formulado en leyes nos permite "prever" y "obrar": así, comprendiendo las condiciones de producción de los fenómenos, podemos alternarlas o modificarlas en un sentido útil para la vida. "La Naturaleza deja de ser un conjunto de conceptos, para trocarse en un vasto laboratorio, cuyo agente es el hombre, empleando como medios los resortes conocidos que producen o impiden la aparición de los fenómenos."

En este método confiaba Barreda para integrar el fondo común de verdades que sería la base misma de la paz en el mundo de las ideas, que era el preludio de la paz histórica. Ya en 1908, en un *Panegírico de Barreda* —también incluido aquí— Justo Sierra se permitió dudar de la efectividad del método para semejantes fines. La ciencia no es lo indiscutible "porque si la ciencia es nada más el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos?" Sierra describe con elocuencia las grandes polémicas científicas y se pregunta: "¿Mas no basta esta especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías científicas, para hacer comprender que la bandera de la ciencia no es una enseña de paz? Y no lo es, no."

Esta finalidad pacifista no era más que el resultado de una errónea concepción de la ciencia. Mas lo que se salva, para Sierra, es la actitud positiva de Barreda. Era el "el completador mental de la Reforma, era el Juárez de las inteligencias emancipadas", pero no por odio político sino

por la fe en la ciencia, por sus afirmaciones y no por sus negaciones. Más que ser un pacificador resultaba un fundador, la Escuela Nacional Preparatoria "es la piedra fundamental de la mentalidad mexicana". Allí, en contraste con las ciencias positivas y su método, se pudo distinguir lo que era "subciencia", y lo que era "submétodo". De ella egresarían los que debían influir más de cerca en los destinos de México.

Pero no escapó a Sierra el espíritu que animaba a los positivistas. Usando frases de Nietzsche los calificó como los últimos idealistas del saber; su fe en el valor absoluto, incondicional, de la verdad y la ciencia no son más que una forma refinada y sutil del espíritu ascético y cristiano. Era una nueva religión, la religión de la ciencia. Paradójica actitud la de unos intelectuales que habían luchado por fundar la educación y el saber laicos y se veían ahora en la necesidad de orientar el ánimo religioso a esos nuevos objetivos. Aunque el positivismo mexicano no había suscrito la *religión de la humanidad* que predicó Comte, no pudo sustraerse a los impulsos religiosos, no pudo ser definitivamente laico en los campos del intelecto y la educación.

6. Una de las tareas intelectuales que más fueron del gusto de nuestros positivistas, la constituyó la flamante ciencia fundada por Comte, la sociología. En virtud de las difíciles crisis por las que había atravesado la nación mexicana, muchos de nuestros positivistas ensayaron explicaciones sociológicas. En estos ensayos se advierte, muchas veces, justamente la *no* aplicación del método positivo al que nos hemos referido en el parágrafo anterior. La sociología se ve convertida en instrumento de la pasión política y las generalizaciones de nuestros sociólogos suelen ser demasiado apresuradas y poco fundadas en una sistemática

observación empírica. En cambio, sus textos son muy expresivos de lo que querían decir. Así, por ejemplo, les preocupa hondamente la cuestión indígena, el problema del mestizaje, nuestra raíz hispánica, el concepto de patria y nuestra organización política en torno a una figura dictatorial. Tales temas se reiteran con fortuna distinta en los textos de pretensión sociológica. Aunque, es necesario aclararlo, no todos incurren en las faltas metódicas que he enunciado antes. Sin insistir demasiado en esto, creo que bien podrían distinguirse dos tipos de sociologías: las de derecha y las de izquierda. Las primeras serían la prolongación de los puntos de vista de los conservadores y las segundas constituyen los pródromos ideológicos de la Revolución de 1910. Veamos algunos ejemplos de unas y otras.

Transcribimos en esta antología algunos artículos de Francisco G. de Cosmes que publicó en el año de 1886. Cosmes aborda la cuestión social en México, entendiéndola como un conflicto racial tanto en lo interno como en lo externo. En lo interno, Cosmes se refiere a dos elementos que componen la nacionalidad mexicana, uno de ellos "apto para la civilización" que es el español, y el otro "completamente inepto para el progreso" que es el indígena. El lastre indígena nos coloca en una dificultad especial en virtud de que en el orden internacional el conflicto con los Estados Unidos lo es entre "una raza latina..., colocada en América como centinela avanzado frente al sajonismo desbordante". En este conflicto el indígena es un verdadero lastre por su inferioridad orgánica. Cosmes hace una crítica sangrienta al indígena fundándose en unas no muy claras nociones históricas y concluye que sólo puede ofrendar a la patria la fuerza de sus brazos ya que posee "una inteligencia escasísima e incapaz de generalización". Así, niega la posibilidad de que alguna vez

el indígena pueda usar el método positivo, puesto que orgánicamente está impedido para efectuar las operaciones que hemos mencionado antes. El patriotismo lo define Cosmes como el "amor al progreso indefinido y constante de la nación", y sólo apelando a la raíz hispánica se puede hacer realidad ese patriotismo. En consecuencia, rechaza el concepto histórico de dependencia como una separación de algo nocivo, concibe a España y México como un organismo que al madurar se diversifica, de acuerdo con los más caros conceptos de Spencer.

En cambio, transcribimos aquí algunos capítulos del libro de Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones latinoamericanas*. También Bulnes maneja los conceptos de superioridad e inferioridad raciales, pero en su caso estas diferencias se fundan en los distintos procesos de alimentación. Distingue tres tipos de razas, la del trigo, la del maíz y la del arroz, y aunque considera que la diferencia entre los animales y los hombres radica en que estos últimos son capaces de progresar, de hecho, las razas inferiores están más cerca de la zoología que del progreso. La única raza verdaderamente progresista es la del trigo, que corresponde naturalmente a Europa y a los Estados Unidos; en cambio, el arroz "fundó dos tenebrosos imperios, animalizados por su espíritu conservador como por instinto de tortuga inmóvil, en el fondo de los fangos de sombrías ignorancias", estos dos imperios fueron la India y China. El maíz, a su vez, fundó dos imperios, aparentemente fuertes, el azteca y el inca, pero realmente débiles ya que fueron vencidos "por insignificantes gavillas de bandoleros españoles". De hecho, las razas del arroz y del maíz manifiestan su debilidad al ser víctimas de las otras. Su único saber, dice Bulnes, es saber morir, "el arte de saber morir vale muy poco frente a frente de la alta ciencia de saber matar, ciencia exclusiva de pueblos ricos y

progresistas". Bulnes hace el elogio de la matanza masiva y sistemática, aunque dice no defender el militarismo, pues explica los ejércitos europeos por la presencia del socialismo "representante de ulceraciones cavernosas en el cuerpo social, engendradas por espantosas crisis económicas". Naturalmente Bulnes no coincide con Cosmes respecto a las excelencias de lo hispánico, en realidad, cubre al español con una ola de insultos: es ágil, valiente, mercenario, ladrón, hipócrita, parásito, terco, supersticioso, rapaz, teócrata, incapaz de concebir hechos generales, etc. Al indio no le va mejor, es idólatra, alcohólico, taciturno y sólo lo alegra "el velorio", la presencia de la muerte. En cambio, con muchas reservas, Bulnes deposita su esperanza en el mestizo, pero un mestizo ampliamente corregido en sus vicios por una inmigración generosa de europeos.

Fácilmente pueden advertirse en este grosero darwinismo rasgos de doctrina que bien podrían considerarse como prefascistas. Priva en él un sentimiento de admiración hacia la raza blanca, la idea de que las razas de color son fáciles presas de la primera, el elogio de la violencia —aun el propio Bulnes manifiesta un antijudaísmo—, y, para completar el cuadro, hay una desembozada admiración por el dictador. Sobre esto último transcribimos un capítulo del libro de Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*. Aquí se habla del efecto moral del periodo de paz porfiriana. También Rabasa hace uso de conceptos evolucionistas para explicar la presencia de Díaz: el pueblo mexicano, al independizarse de España, tuvo que recorrer el penoso camino del libertinaje a la disciplina, guiado por "la clase superior de los pueblos de raza". En México se invierten los términos, pues en Europa se había marchado del absolutismo a la libertad; Rabasa considera que Díaz preparó una nueva era de libertad que sólo podía tener realidad en nuestro medio sobre la base del progreso

material e intelectual. Su gobierno "sin precedente en nuestra historia y con muy pocos en la del mundo, conquistó la voluntad del pueblo, y el pueblo lo amó mucho tiempo y lo admiró hasta su muerte".

Contrasta con la ligereza de estos textos el muy sistemático de Andrés Molina Enríquez sobre *Los grandes problemas nacionales*. Casi nada comparable se ha escrito después para examinar con criterios sociológicos modernos los problemas mexicanos con la amplitud y la sagacidad con que lo hizo Molina. Incluimos aquí una parte del capítulo sobre El Problema Político. Se trata de uno de los "apuntes científicos" que intercalaba en medio de consideraciones más generales, relativo al concepto orgánico de la patria. Despliega toda una teoría sobre los orígenes del hombre y la sociedad, fundada en el organicismo del biólogo alemán Ernst Haeckel. Hace toda una interpretación organicista del individuo, la familia, la sociedad, y de los conceptos liberales de igualdad, libertad y fraternidad. El concepto de patria supone, para él, fuertes tendencias de cohesión que se fundan en un sentimiento de igualdad de origen y de metas comunes. "La palabra patria, dice Molina distinguiendo con precisión, no es sinónimo de *raza*, de *pueblo*, de *sociedad*, ni de *Estado*. La palabra patria, como venimos diciendo, responde a la idea de agrupación de unidades humanas de idénticos caracteres morfológicos derivados de la igualdad y de la continuidad de las condiciones generales de la vida; la palabra *pueblo*, responde a la idea de individualidad colectiva suficientemente diferenciada de las demás colectividades constituidas por unidades humanas; la palabra *sociedad*, responde al concepto orgánico que la biología ha dado a toda agrupación humana en que existe una mutua dependencia de vida y funcionamiento de las unidades componentes; la palabra *Estado*, responde a la idea de organiza-

ción política en que para la existencia social interior y para la acción exterior, las relaciones sociales han cristalizado en leyes escritas". La patria puede ser cada una de estas organizaciones, pero ellas no son siempre una patria, en realidad son el sustrato material de la patria, la cual constituye una especie de resultado moral. De modo que, por ejemplo, puede haber una variedad de razas o de estructuras sociales, pero si los individuos se reconocen en una unidad de medios y de fines, entonces hay patria.

Esta definición de Molina es esencialmente contraria a los conceptos discriminadores que hemos expuesto antes; pero, además, Molina concluye de una manera inesperada: todo organismo depende de sus relaciones con el medio para sustentarse, mas en los organismos humanos y en la sociedad, estas relaciones con el medio se convierten en formas de propiedad, de manera que mientras más perfectos, dilatados y extendidos sean los derechos de propiedad tanto más firmes son las raíces materiales de la patria. Mientras más desigualdad exista en los derechos territoriales, más lejos se estará del sentimiento moral de la patria.

Esta tesis es la que Molina coloca como base filosófica y sociológica de la reforma agraria que propone. La gran hacienda y muchas otras formas de propiedad que se han constituido a lo largo de la historia nacional son adversas a la integración de la patria, y sólo la liquidación del régimen latifundista podrá dar lugar a la verdadera constitución de la nacionalidad. El factor humano que llevará a cabo esta tarea serán los mestizos, porque a pesar de las diferencias que los separan de los distintos grupos de población, son capaces de asumir para sí la diversidad de los orígenes y fundirlos en uno solo, a la vez que únicamente ellos pueden proponerse la tarea nacional y patriótica de eliminar las desigualdades.

Molina escribe su obra en 1908, en ella se encuentran

los antecedentes ideológicos más completos de la ideología agraria de la Revolución, del artículo 27 constitucional y aun del sistema político que se asumió más tarde. No pide la inmigración europea, su concepto de raza linda con el de clase social, no es admirador de los Estados Unidos, es antiimperialista y, en suma, no suscribe el darwinismo social. De su extraordinario libro sólo hemos transcrito aquí una parte ejemplar de lo que era la sociología de la época, bien manejada, con información suficiente y con un claro sentido izquierdista.

7. Resulta interesante examinar la reacción de algunos caracterizados positivistas ante el estallido de la Revolución de 1910. La apoyaron intelectualmente porque consideraron que el porfirismo había falseado los ideales de esa filosofía. Tal fue, por ejemplo, la opinión de José Torres en una polémica con Antonio Caso. En 1911, desde unas páginas de la *Revista Positiva*, que aquí transcribimos, Horacio Barreda, hijo de don Gabino, advierte el carácter instrumental que había tenido el positivismo para la oligarquía porfirista: "Los principales instrumentos intelectuales de la nefasta Dictadura fueron, cabalmente, los hombres que el público miraba como representantes de la Ciencia, y de los cuales vimos algunos que en épocas anteriores debieron su reputación a la cultura que recibieron de unas doctrinas muy nobles y muy sanas, que al fin falsearon al quererlas convertir en sostén de la corruptora Dictadura." Barreda comprende muy bien que el movimiento de Madero no debe reducirse a un simple cambio de gobierno, pues aplicando las tesis organicistas, considera que el pueblo está enfermo, que esos acontecimientos son sólo síntomas y que mientras no sean aliviadas las "lesiones" este "cuadro de síntomas" no desaparecerá. En consecuencia, se dedica a buscar las

causas profundas, que encuentra en un abandono radical de las teorías que había usado el porfirismo para justificarse: por un lado el abandono de la democracia y el republicanismo que quedaron en condición de leyes nunca cumplidas; y por otro lado, el abandono de la moral positivista para abrazar principios puramente utilitarios. En nuestro tiempo diríamos que se abandonó el ideal de progreso en pro de los intereses de una clase: "Porfirio Díaz —dice Barreda— se afanó por absorber al pueblo mexicano en el culto de los intereses materiales, en la religión de las empresas bancarias y ferrocarrileras, en la pura lucha de los negocios industriales, en los ideales de alcanzar riquezas y dinero."

Barreda vuelve a considerar como válidos los ideales del liberalismo, pues piensa que el porfirismo constituye un "paréntesis histórico" que rompió nuestra continuidad al abandonar el republicanismo, las prácticas democráticas, la libre expresión de las ideas, el "libre control de las cuestiones financieras", etc. Se trata ahora de recuperar nuestra continuidad, y por eso, la Revolución es una "revolución social", ya que sólo así considerada podrá desarraigar los males profundos que le infligió el porfirismo.

Barreda y el ingeniero Agustín Aragón, redactor el uno y director el otro de la *Revista Positiva*, se niegan a identificar la moral positivista con un puro utilitarismo al servicio de una plutocracia. Para el ingeniero Aragón también el positivismo contempla el problema social, se decide por la incorporación "del proletariado a la civilización" y cita a John Stuart Mill cuando éste dice que "la tierra pertenece, ante todo, a quienes en ella habitan" y cuando considera al socialismo como "la forma moderna de la protesta" contra el "injusto reparto de las ventajas sociales". Por otra parte, continúa Aragón, la sociología ya había señalado que a una plutocracia sigue un periodo

de anarquía, de modo que no puede decirse que el gobierno porfirista haya actuado siguiendo los métodos y resultados de la física social.

Esta antología se cierra con un *Artículo de despedida* que escribe Aragón en 1914 al verse impedido de seguir publicando la *Revista Positiva*. El criterio con que le dio vida a lo largo de catorce años lo resume así: "Filosofía que no está fundada en la ciencia abstracta, es Teología o Metafísica; ciencia que no se considera desde el punto de vista filosófico, es de poco alcance; artes literarias sin fin social y moral, son malsanas o carecen de eficacia y hasta perjudiciales tal cual vez; estudios sociales en que sólo se estudia un aspecto de la vida social, como los económicos, son infecundos y frecuentemente nocivos; y política que no consiste en una acción general trazada de antemano, con fines y medios perfectamente indicados y con arreglo a principios reales y en los límites de lo posible y que no se subordina a la Moral, es mala o desastrosa política."

Aquí va explícito todo un juicio sobre la época en que estuvo vigente el positivismo en México. Para él no se trató de una simple facción doctrinal pues, volviendo al punto de vista metodófilo de Barreda, el positivista no se cierra a las nuevas ideas sino que las considera a la luz de la actitud positiva, según la utilidad social que se desprenda de ellas. Por eso, considera que la paz, desligada del bien social, es un fenómeno aberrante, porque así ocurrió, la patria entró en un periodo de "gran revolución" y él, Aragón, aunque es decidido partidario de los métodos pacíficos, comprende que cada nación camina a desigual velocidad por el sendero del progreso, por lo que los amantes del mismo "se ven muchas veces en la triste necesidad de defender con las armas en la mano el nuevo orden social contra los mantenedores del viejo". Aquí hay

una justificación de la fuerza usada "rectamente", pues tan imperiosa es la "defensa del caro suelo que nos vio nacer, como la de los oprimidos por una tiranía interna". Termina Aragón sosteniendo su fe en el futuro de México, que tiene uno de sus más sólidos fundamentos en la fortaleza que ha demostrado el "proletariado rural" en su desigual lucha contra la injusticia.

Si tomamos el año de 1914 como fin de la *vigencia* del positivismo en México, resultará paradójico advertir que sus iniciadores fundaron sus esperanzas en la posibilidad de una paz que se abría con perspectivas indefinidas, en tanto que sus epígonos admitieron la necesidad de una nueva lucha como paso ineludible del progreso. Y así como los iniciadores quisieron incorporarse al régimen para desde allí propiciar el advenimiento de la etapa positiva, los epígonos acusaron al sistema político de haberse alejado completamente de las enseñanzas positivas. Estas nuevas generaciones de positivistas acusaron a las anteriores de haberse puesto al servicio de una plutocracia manejando la doctrina con fines inmorales.

Por otra parte, es de todos sabido que la generación del Ateneo de la Juventud inició en 1910 una crítica, que resultó demoledora, a la filosofía positivista y a sus manifestaciones pedagógicas y políticas.* Pero quienquiera que esté interiorizado en estas críticas advertirá un indudable paralelismo con las de los epígonos positivistas. Caso, Vasconcelos y Reyes también acusaron al gobierno porfirista de plutocrático y burgués, admitieron sin discutir los beneficios que para la Nación se habían alcanzado con la exaltación y cultivo de la ciencia, pero también consideraron que la prosecución de fines materiales y la prácticas de la vida científica poco valían si no se complementan

* Véase mi libro *La filosofía de lo mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

taban con formas de existencia puramente morales. La diferencia entre ellos y los positivistas radicó principalmente en el tipo moral que sostenían. Aragón y Horacio Barreda reiteraron los viejos principios comtianos en tanto que los ateneístas sostuvieron una nueva metafísica de cuño neocristiano.

En lo social, criticaron "la existencia como economía", entendida como ideal burgués del porfirismo. Y Vasconcelos, por su parte, advirtió en el darwinismo social una ideología justificadora de la expansión de los imperios anglosajones. Pero la crítica de los ateneístas no se hizo desde fuera de la cultura burguesa. La Revolución emprendía la tarea de crear una burguesía nacional para reemplazar la muy dependiente del exterior que se había intentado en el porfirismo. De ahí que los ateneístas rechazaran el socialismo y propusieran como filosofía nacional un nuevo espiritualismo. Su protesta contra la burguesía porfirista es fundamentalmente sentimental y no suficientemente radical. Y a todo esto no es ajeno, desde luego, que el origen social de los ateneístas fuera el mismo de el de los positivistas: un sector de la clase media intelectual que nunca se hizo a la idea de romper definitivamente con los ideales liberales.

Alguna vez Vicente Lombardo Toledano le hizo notar a Antonio Caso que en plena etapa de revolución propusiera la exaltación de valores cristianos, de la "existencia como caridad", en completo olvido de las cuestiones sociales. Caso, en respuesta, propuso un vago socialismo espiritualista, pero lo consideró como un hecho lejano, quizá como un telón de fondo que sirviera a la muy individual experiencia religiosa; y, desde una perspectiva totalmente errada, consideró al marxismo como un sucedáneo del positivismo y descargó sobre él todas las antipatías de su generación. Así, con la aparición del Ateneo, la incipiente

burguesía encuentra una nueva ideología no gastada para emprender su aventura *nacionalista*.

8. Siguiendo el orden que ha sido descrito en los parágrafos anteriores, los fragmentos que componen esta antología han sido los siguientes: de Gabino Barreda, "Oración cívica", pronunciada el 16 de septiembre de 1867 y publicada en el mismo volumen del autor denominado *Estudios*, editado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1941.

De Justo Sierra, hemos tomado una parte del capítulo denominado "La era actual", del libro *Evolución política del pueblo mexicano*, publicado por el Fondo de Cultura Económica, en México, el año de 1950. También de Justo Sierra escogimos el "Panegírico de Barreda", pronunciado el 22 de marzo de 1908 y tomado del tomo de *Discursos* de las Obras Completas del Maestro Justo Sierra, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1948.

De Porfirio Parra escogimos una parte del capítulo titulado "Caracteres generales o unidad del método positivo o científico", de la obra *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*, publicada por Tipografía Económica en México, el año de 1903.

De Francisco G. de Cosmes seleccionamos unos capítulos de su libro *La dominación española y la patria mexicana*, publicado por la Imprenta El Partido Liberal, en México, el año de 1896.

Los textos de Francisco Bulnes están tomados de su obra *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, Imprenta de Mariano Nava, México, 1899.

De Emilio Rabasa seleccionamos el capítulo x titulado "Efecto moral del periodo de paz", de su libro *La evolu-*

ción histórica de México, publicado por la Librería de la Viuda de Ch. Bouret, París, México, 1920.

Hemos transcrito de Andrés Molina Enríquez parte del capítulo V de la parte II titulado "El problema político", de *Los grandes problemas nacionales,* publicado por *Problemas Agrícolas e Industriales de México,* suplemento al volumen V, núm. 1, enero-marzo, México, 1953.

De Horacio Barreda seleccionamos su artículo "Una revolución termina cuando las causas que la provocaron han sido destruidas, y cuando se hallan satisfechas las necesidades que reclama el Estado normal", del tomo XII de la *Revista Positiva,* México, 1912.

Y de Agustín Aragón transcribimos su "Artículo de despedida", del tomo XIV de la *Revista Positiva,* México, 1914. Nos parece pertinente aclarar que hemos procurado transcribir los párrafos, los discursos o los artículos, de manera que sean inteligibles por sí mismos, por lo que no es de extrañar que a veces sean un poco largos. Hemos preferido este sistema al otro que consiste en hacer selecciones tan pequeñas de muchos autores, que poco o nada dicen al lector. Asimismo, hemos procurado que las partes seleccionadas muestren con claridad la influencia de las ideas y la terminología del positivismo, sin dejar de percatarnos que el valor de algunas de ellas es ya puramente histórico.

ABELARDO VILLEGAS

ORACIÓN CÍVICA

pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867

por GABINO BARREDA

> Dans les douloureuses collissions nous prépare nécessairement l'anarchie actuelle, les philosophes qui les auront prévues seront déja préparés á y faire convenablement ressortir les grands leçons sociales qu'elles doivent offrir á tous.
>
> A. COMTE. *Cours de Philosophie Positive.* t. VI, p. 622.

CONCIUDADANOS: En presencia de la crisis revolucionaria que sacude al país entero desde la memorable proclamación del 16 de septiembre de 1810; a la vista de la inmensa conflagración producida por una chispa, al parecer insignificante, lanzada por un anciano sexagenario en el oscuro pueblo de Dolores; al considerar que después de haberse conseguido el que parecía fin único de ese fuego de renovación que cundió por todas partes, quiero decir, la separación de México de la Metrópoli Española, el incendio ha consumido todavía dos generaciones enteras y aún humea después de cincuenta y siete años, un deber sagrado y apremiante surge para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas

partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás, a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir y la explicación de los que ya han pasado. Este deber y esta necesidad, es la de hallar el hilo que pueda servirnos de guía y permitirnos recorrer, sin peligro de extraviarnos, este intrincado dédalo de luchas y de resistencias, de avances y de retrogradaciones, que se han sucedido sin tregua en este terrible pero fecundo periodo de nuestra vida nacional: es la de presentar esta serie de hechos, al parecer extraños y excepcionales, como un conjunto compacto y homogéneo, como el desarrollo necesario y fatal de un programa latente, si puedo expresarme así, que nadie había formulado con precisión pero que el buen sentido popular había sabido adivinar con su perspicacia y natural empirismo; es la de hacer ver que durante todo el tiempo en que parecía que navegábamos sin brújula y sin norte, el partido progresista, al través de mil escollos y de inmensas y obstinadas resistencias, ha caminado siempre en buen rumbo, hasta lograr después de la más dolorosa y la más fecunda de nuestras luchas, el grandioso resultado que hoy palpamos, admirados y sorprendidos casi de nuestra propia obra: es, en fin, la de sacar, conforme al consejo de Comte, las grandes lecciones sociales que deben ofrecer a todas esas dolorosas colisiones que la anarquía, que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, provoca por todas partes, y que no puede cesar hasta que una doctrina verdaderamente universal reúna todas las inteligencias en una síntesis común.

El orador a quien se ha impuesto el honroso deber de

dirigiros la palabra en esta solemne ocasión, siente, como el que más, el vehemente deseo de examinar, con ese espíritu y bajo ese aspecto, el terrible periodo que acabamos de recorrer, y que políticos mezquinos o de mala fe, pretenden arrojarnos al rostro como un cieno infamante para mancillar así nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra moralidad, presentándolo maliciosamente como una triste excepción en la evolución progresiva de la humanidad; pero que, examinado a la luz de la razón y de la filosofía, vendrá a presentarse como un inmenso drama, cuyo desenlace será la sublime apoteosis de los gigantes de 1810, y de la continuada falange de héroes que se han sucedido, desde Hidalgo y Morelos, hasta Guerrero e Iturbide; desde Zaragoza y Ocampo, hasta Salazar y Arteaga, y desde éstos hasta los vencedores de la hiena de Tacubaya y del aventurero de Miramar.

En la rápida mirada retrospectiva que el deseo de cumplir con ese sagrado deber nos obliga a echar sobre los acontecimientos del pasado, habrá que tocar no sólo aquellos que directamente atañen a los sucesos políticos, sino también, aunque muy someramente, otros hechos que a primera vista pudieran parecer extraños a este sitio y a esta festividad. Pero en el dominio de la inteligencia y en el campo de la verdadera filosofía, nada es heterogéneo y todo es solidario. Y tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política.

Después de tres siglos de pacífica dominación, y de un sistema perfectamente combinado para prolongar sin término una situación que por todas partes se procuraba mantener estacionaria, haciendo que la educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergiesen hacia un mismo fin bien determinado y bien

claro, la prolongación indefinida de una dominación y de una explotación continua; cuando todo se tenía dispuesto de manera que no pudiese penetrar de afuera, ni aun germinar espontáneamente dentro ninguna idea nueva, si antes no habían pasado por el tamiz formado por la estrecha malla del clero secular y regular, tendida diestramente por toda la superficie del país y enteramente consagrado al servicio de la Metrópoli, de donde en su mayor parte había salido y a la que lo ligaba íntimamente el cebo de cuantiosos intereses y de inmunidades y privilegios de suma importancia, que lo elevaban muy alto sobre el resto de la población, principalmente criolla; cuando ese clero armado a la vez con los rayos del cielo y las penas de la tierra, jefe supremo de la educación universal, parecía tener cogidas todas las avenidas para no dejar penetrar al enemigo, y en su mano todos los medios de exterminarlo si acaso llegaba a asomar; después de tres siglos, repito, de una situación semejante, imposible parece que súbitamente, y a la voz de un párroco oscuro y sin fortuna, ese pueblo, antes sumiso y aletargado, se hubiese levantado como movido por un resorte, y sin organización y sin armas, sin vestidos y sin recursos, se hubiese puesto frente a frente de un ejército valiente y disciplinado, arrancándole la victoria sin más táctica que la de presentar su pecho desnudo al plomo y al acero de sus terribles adversarios, que antes lo dominaban con la mirada.

Si tan importante acontecimiento no hubiese sido preparado de antemano por un concurso de influencias lentas y sordas, pero reales y poderosas, él sería inexplicable de todo punto, y no sería ya un hecho histórico sino un romance fabuloso; no hubiera sido una heroicidad sino un milagro el haberlo llevado a cabo, y como tal estaría fuera de nuestro punto de vista, que conforme a los pre-

ceptos de la verdadera ciencia filosófica, cuya mira es siempre la previsión, tiene que hacer a un lado toda influencia sobrenatural, porque no estando sujeta a leyes invariables no puede ser objeto ni fundamento de explicación racional alguna.

¿Cuáles fueron, pues, esas influencias insensibles cuya acción acumulada por el transcurso del tiempo, pudo en un momento oportuno luchar primero, y más tarde salir vencedora de resistencias que parecían incontrastables?

Todas ellas pueden reducirse a una sola —pero formidable y decisiva—: *la emancipación mental*, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva sustitución por las modernas; decadencia y sustitución que, marchando sin cesar y de continuo, acaban por producir una completa transformación antes que hayan podido siquiera notarse sus avances.

Emancipación científica, emancipación religiosa, emancipación política: he aquí el triple venero de ese poderoso torrente que ha ido creciendo de día en día, y aumentando su fuerza a medida que iba tropezando con las resistencias que se le oponían; resistencias que alguna vez lograron atajarlo por cierto tiempo, pero que siempre acabaron por ser arrolladas por todas partes, sin lograr otra cosa que prolongar el malestar y aumentar los estragos inherentes a una destrucción tan indispensable como inevitable.

En efecto, ¿cómo impedir que la luz que emanaba de las ciencias inferiores penetrase a su vez en las ciencias superiores? ¿Cómo lograr que los mismos para quienes los más sorprendentes fenómenos astronómicos quedaban explicados como una ley de la naturaleza, es decir, con la enunciación de un hecho general, que él mismo no es otra cosa que una propiedad inseparable de la materia, pudiese no tratar de introducir este mismo espíritu

de explicaciones positivas en las demás ciencias y por consiguiente en la política? ¿Cómo los encargados de la educación pueden, todavía hoy, llegar a creer que los que han visto encadenar el rayo, que fue por tantos siglos el arma predilecta de los dioses, haciéndolo bajar humilde e impotente al encuentro de una punta metálica elevada en la atmósfera, no hayan de buscar con avidez otros triunfos semejantes en los demás ramos del saber humano? ¿Cómo pudieron no ver a medida que las explicaciones sobrenaturales iban siendo sustituidas por leyes naturales, y la intervención humana creciendo en proporción en todas las ciencias, la ciencia de la política iría también emancipándose, cada vez más y más, de la teología? Si el clero hubiera podido ver en aquel tiempo, con la claridad que hoy percibimos nosotros, la funesta brecha que esas investigaciones científicas al parecer tan indiferentes e inofensivas iban abriendo en el complicado edificio que a tanta costa había logrado levantar, y que con tanto empeño procuraba conservar; si él hubiera llegado a comprender la íntima y necesaria relación que liga entre sí todos los progresos de la inteligencia humana, y que haciéndolos todos solidarios no permite que por una parte se avance y por otra se retroceda, o siquiera se permanezca estacionario, sino que comunicando el impulso a todas partes, hace que todas marchen a la vez, aunque con desigual velocidad según el grado de complicación de los conocimientos correspondientes; si él hubiera reflexionado que, estando comunicados entre sí todos los diversos departamentos del grandioso palacio del alma, la luz que se introduce en cualquiera de ellos debía necesariamente irradiar a los demás y hacer poco a poco percibir, cada vez menos confusamente, verdades inesperadas que una impenetrable oscuridad podía sólo mantener ocultas, pero que una vez vislumbradas por algunos,

irían cautivando las miradas de la multitud, a medida que nuevas luces, suscitadas por las primeras, fueran apareciendo por diversos puntos, se habría apresurado sin duda a matar esas luces dondequiera que pudieran presentarse y por inconexas que pudiesen parecer con la doctrina que se deseaba salvar. Pero este plan que, concebido sistemáticamente por las antiguas teocracias hubiera hecho justificable la ilusión de un resultado, si no permanente al menos inmensamente prolongado, no era ni racional ni disculpable en los tiempos ni en las circunstancias en que España se apoderó del Continente de Colón. En esa época, los principales gérmenes de la renovación moderna estaban en plena efervescencia en el antiguo mundo y era preciso que los conquistadores, impregnados ya de ellas, los inoculasen, aun a su pesar, en la nueva población que de la mezcla de ambas razas iba a resultar. Por otra parte, era imposible que, en continua relación con la Metrópoli, México y toda la América española no percibiese, aunque confusamente, el fuego de emancipación que ardía por todas partes, y de que en lo político España misma había dado el noble ejemplo lanzando de su seno a los moros que, siete siglos antes y en mejores circunstancias, habían intentado hacer en la península lo que ella, a su vez, se propuso en América.

La triple evolución científica, política y religiosa que debía dar por resultado la terrible crisis porque atravesamos, puede decirse, no ya que era inminente, sino que estaba efectuada en aquella época y el clero católico que, nacido él mismo de la discusión, se había propuesto después sofocarla, había visto a sus expensas lo irrealizable de sus pretensiones, pues por una dichosa fatalidad, el irresistible atractivo de lo cierto y de lo útil, de lo bueno y de lo bello, sedujo a su pesar a los mismos a quienes su propio interes aconsejaba desecharlo y, semejantes

al Cerbero de la fábula, se dejaron adormecer por el encanto de las nuevas ideas y dejaron penetrar en el recinto al enemigo que debieran ahuyentar.

Ahora bien, una vez dado el primer paso, lo demás debía efectuarse por sí solo y todas las resistencias que se quisieran acumular, podrían alguna vez retardar y enmascarar el resultado final; pero éste fue fatal e inevitable. La ciencia, progresando y creciendo como un débil niño, debía primero ensayar y acrecentar sus fuerzas en los caminos llanos y sin obstáculos, hasta que poco a poco y a medida que ellas iban aumentando, fuese sucesivamente entrando en combate con las preocupaciones y con la superstición, de las que al fin debía salir triunfante y victoriosa después de una lucha terrible, pero decisiva.

Por su parte, la superstición, que tal vez sentía su debilidad, evitaba encontrarse con su adversario, y cediendo palmo a palmo el terreno que no podía defender aparentaba no comprender, o de hecho no comprendía que esa retirada continua era también una continua derrota. Sólo de tiempo en tiempo y cuando la colisión era evidente, se paraba a combatir con la furia del despecho y la tenacidad de la desesperación. Yo no referiré todas esas luchas que son ajenas de este lugar y de esta ocasión; yo no me pararé siquiera a mencionar aquí todas las principales fases de ese gran conflicto, que son también las fases de la historia de la humanidad, porque esto me llevaría muy lejos. Yo no diré tampoco cómo la ciencia ha logrado, en fin, abrazar a la política y sujetarla a leyes, ni cómo la moral y la religión han llegado a ser de su dominio. El campo es vasto y la materia fecunda y tentadora; mas la ocasión no es favorable y apenas se presta a mencionar el hecho.

Pero no puedo menos de recordar, en pocas palabras, la

famosa condenación de Galileo hecha por la Iglesia católica que, fundada en un pasaje revelado, declaró herética e inadmisible la doctrina del movimiento de la Tierra. Aquí el texto era claro y terminante, el libro de donde se sacaba no podía ser más reverenciado; por otra parte, la doctrina que se les oponía no estaba realmente apoyada en ninguna prueba irrecusable, sino que era hasta entonces una simple hipótesis científica, con la cual la explicación de los fenómenos celestes adquirían una notable sencillez; Galileo no había hecho otra cosa que prohijarla y allanar algunas dificultades de mecánica, que se habían opuesto hasta entonces a su generalización; pero lo repito, ninguna prueba positiva podía darse hasta entonces de la realidad del doble movimiento que se atribuía a la Tierra; la primera prueba matemática de este importante hecho no debía venir sino un siglo después, con el fenómeno de la aberración descubierto por Bradley. Y sin embargo, era ya tal el espíritu antiteológico que reinaba en tiempo de Galileo, que bastó que la hipótesis condenada explicase satisfactoriamente los hechos a que se refería y que no chocase, como en los principios se había creído, con las leyes de la física o de la mecánica, para que ella hubiese sido pronto universalmente admitida, a despecho del Concilio, del Texto y de la Inquisición. Más aún: el Texto mismo tuvo por fin que plegarse a sufrir una torsión, hasta ponerse él de acuerdo con la ciencia, o por lo menos, hacer cesar la evidente contradicción de que primero se había hecho justo mérito.

Es inútil insistir aquí sobre la importancia de este espléndido triunfo del espíritu de demostración sobre el espíritu de autoridad; baste saber que desde entonces los papeles se trocaron, y el que antes imperaba sin contradicción y decidía sin réplica, marcha hoy detrás de su rival, recogiendo con una avidez que indica su pobreza,

la menor coincidencia que aparece entre ambas doctrinas, sin esperar siquiera a que estén demostradas, para servirse de ella como un pedestal sobre el cual se complace en apoyar su bamboleante edificio. Pero lo que sí hace a mi propósito y debo, por lo mismo, hacer notar en este punto, es que tal era el estado de la emancipación científica en Europa cuando la corporación que se encargó aquí de la instrucción pública por orden del gobierno de España, acometió la titánica empresa de parar el curso de este torrente que sus predecesores no habían podido contener, porque de este loco empeño debía resultar más tarde el cataclismo que, con más cordura, hubiera podido evitarse.

No sólo en sus relaciones con la ciencia, propiamente dicha, fue como los conquistadores trajeron una doctrina en decadencia incapaz de fundar, de otro modo que no fuera por la fuerza y la opresión, un gobierno estable y respetado; también entre los que habían pertenecido al propio campo había estallado la división. El famoso cisma que bien pronto dividió la Europa en dos partes irreconciliables, y que haciendo cesar la unidad y la veneración hacia los superiores espirituales, echó por tierra la obra que, fundada por San Pablo, se había elaborado lentamente en la Edad Media; este cisma, cuya bandera fue la del derecho del libre examen, nació precisamente en el tiempo en que los conquistadores marchaban a apoderarse de su presa. Y si bien la España había, en apariencia, quedado libre del contagio, lo cierto es que el verdadero veneno se había inoculado de tiempo atrás en todos los cerebros y de hecho, todos los llamados católicos, eran ya, y cada día se hicieron más y más protestantes, porque todos, a su vez, apelaban a su razón particular, como árbitro supremo en las cuestiones más trascendentales y se erigían en jueces competentes, en las

mismas materias que antes no se hubieran atrevido a tocar. Ahora bien, nada es más contrario al verdadero espíritu católico, que esa supremacía de la razón sobre la autoridad, y nada por lo mismo puede indicar mejor su decadencia, que esa lucha en que se le obligaba a entrar, en la cual tenía que sostener con la razón o con la fuerza, lo que sólo hubiera debido apoyar con la fe. Los famosos tratados de los *regalistas* en que España abunda, no eran de hecho otra cosa que una enérgica y continua protesta contra la autoridad del Papa. Y el modo brutal con que Carlos V, a pesar de su fanatismo, trató en su propio solio al Pontífice Romano, que había querido oponerse a su voluntad, prueba lo que en aquella época había decaído una autoridad que antes disponía a su arbitrio de las coronas.

Así, del lado de la religión, que parecía ser una de las piedras angulares del edificio de la Conquista, el principal elemento disolvente vino con sus fundadores, y él no podía menos de crecer aquí, como fue creciendo en todas partes y dar, por fin, en tierra, con una construcción cuyos fundamentos estaban ya corroídos y minados de antemano.

Del lado de la política, la cosa no marchaba de otro modo.

Ya he dicho que la España misma había dado el ejemplo de la emancipación, lanzando a los moros, que durante siete siglos la habían dominado y ella no debía esperar mejor suerte en la empresa análoga que acometía. Sin embargo, el espíritu de dominación que se apoderó de ella después de los brillantes sucesos de América, hizo que su poder se extendiese también en gran parte de la Europa y de esta dominación y de la necesidad de libertad, que una intolerable opresión, a su vez religiosa, política y militar, debía producir en los puntos de Euro-

pa sujetos a la corona de España, debía nacer el formidable enemigo que, después de hacerle perder los Países Bajos, le arrancaría más tarde sus joyas del Nuevo Mundo y que acabará por derribar todos los troncos que hoy no existen ya sino de nombre.

El dogma político de la *soberanía popular*, no se formuló, en efecto, de una manera explícita y precisa, sino durante la guerra de independencia que la Holanda sostuvo, con tanto heroísmo como cordura, contra la tiranía española.

Este dogma importante que después ha venido a ser el primer artículo del credo político de todos los países civilizados, se invocó en favor de un pueblo virtuoso y oprimido y, cosa digna de notarse, fue apoyado por la Inglaterra y la Francia y por todas las monarquías, tal vez en odio a la España, o por esa fatalidad que pesa sobre las instituciones que han caducado, fatalidad que las conduce a afilar ellas mismas el puñal que debe herirlas de muerte consumando así una especie de suicidio lento, pero inevitable, contra el cual, después y cuando ya no es tiempo, quieren en vano protestar.

El buen uso que la Holanda supo hacer de este principio, al cual puede decirse que fue en gran parte deudora de su independencia y de su libertad, a la vez política y religiosa, y la aquiescencia tácita o expresa de todos los gobiernos, hizo pasar muy pronto al dominio universal este dogma radicalmente incompatible con el principio del derecho divino en que hasta entonces se habían fundado los gobiernos.

Así es que, cuando durante la revolución inglesa surgió la otra base de las repúblicas modernas —la igualdad de los derechos— no pudo encontrar seria contradicción, a pesar de haber abortado en esta vez su aplicación práctica, sin duda por haber sido prematura; pero este nuevo

dogma era una consecuencia tan natural y un complemento tan indispensable del anterior, que no obstante su insuceso, los colonos que de Inglaterra partieron para América, lo llevaron grabado, así como su precursor, en el fondo de sus corazones y ambos dogmas sirvieron de simiente y de preparación para el desarrollo de ese coloso que hoy se llama Estados Unidos, y que en la terrible crisis porque acaba de pasar, crisis suscitada por la necesidad de deshacerse de elementos heterogéneos y deletéreos ha demostrado un vigor asombroso y una virilidad, que los que maquinaban contra ella han visto con espanto y que sus más ardientes admiradores estaban lejos de imaginar.

Pero si la soberanía popular es contraria al derecho divino de la autoridad regia y al derecho de conquista, la igualdad social es, además, incompatible con los privilegios del clero y del ejército. De suerte que con esos dos axiomas, se encontraba, en lo político, minado desde sus principios el edificio social que España venía a construir.

Ya lo veis, señores, todos los veneros de ese poderoso raudal de la insurrección estaban abiertos; todos los elementos de esa combustión general estaban hacinados; la comprensión continua y cada día mayor que se ejercía sobre éstos y el aislamiento en que se quiso siempre tener a México, para impedir la corriente de aquéllos, no podían producir y no produjeron otro resultado que el de hacer más terrible la explosión de los unos, en el instante en que la combustión comenzase por un punto cualquiera y el de aumentar los estragos del otro, luego que los diques con que quería contenerse su curso llegasen a ceder.

Una conducta más prudente, que hubiese permitido un ensanchamiento gradual y una gradual disminución de los vínculos de dependencia entre México y la Metrópoli,

de tal modo que se hubiese dejado entrever una época en que esos lazos llegasen a romperse, como la naturaleza misma parecía exigirlo, interponiendo el inmenso océano entre ambos continentes, habría sin duda evitado la necesidad de los medios violentos que la política contraria hizo necesarios. Sería, sin embargo, injusto echar en cara a España una conducta que cualquiera otra nación en su caso habría seguido y que, la falta de una doctrina social positiva y completa, hacía tal vez necesaria en aquella época. Pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que en la época de la insurrección, los elementos de esa combustión estaban ya reunidos y estaban además, en plena efervescencia determinada por la noticia de la independencia de los Estados Unidos y de la explosión francesa: sólo se necesitaba ya una chispa para ocasionar el incendio.

Esta chispa fue lanzada por fin la memorable noche del 15 al 16 de septiembre de 1810, por un hombre de genio y de corazón; de genio para escoger el momento en que debía dar principio a la grandiosa obra que meditaba: de corazón, para decidirse a sacrificar su vida y su reputación, en favor de una causa que su inspiración le hacía ver triunfante y gloriosa en un lejano porvenir. El conocimiento pleno que tenía de la fuerza física de los opresores, no le podía dejar ver otra cosa en el presente, que la derrota en el campo de batalla y la difamación en el de la opinión. Él no podía racionalmente contar con el glorioso episodio del Monte de las Cruces; y la sangrienta escena de Chihuahua era de pronto su único porvenir. A él se lanzó resuelto y decidido, porque en la cima de esa escala de mártires, de la cual él iba a formar la primera grada, veía la redención de su querida patria, veía su libertad y su engrandecimiento; porque en la cima de esa escala de sufrimientos y de

combates, de cadalsos y de persecuciones, veía aparecer radiante y venturosa una era de paz y de libertad, de orden y de progreso, en medio de la cual los mexicanos, rehabilitados a sus propios ojos y a los del mundo entero, bendecirían su nombre y el de los demás héroes que supieran imitarlo, ora sucumbiesen como él en la demanda, ora tuviesen la inefable dicha de ver coronado con el triunfo el conjunto de sus fatigas.

Once años de continua lucha y de sufrimientos sin cuento, durante los cuales las cabezas de los insurgentes rodaban por todas partes, y en que para siempre se inmortalizaran los nombres de Morelos, de Allende, de Aldama, de Mina, de Abasolo y tantos otros, dieron por resultado que en 1821, el virtuoso e infatigable Guerrero y el valiente y después mal aconsejado Iturbide, rompieran por fin la cadena que durante tres siglos había hecho de México la esclava de la España. El pabellón tricolor flameó por primera vez en el palacio de los virreyes y la nación entera aplaudió esta transformación, que parecía augurar una paz definitiva. Pero por otra parte, los errores cometidos por los hombres en quienes recayó la dirección de los negocios públicos y, por otra, los elementos poderosos de anarquía y de división que como resto del antiguo régimen quedaban en el seno mismo de la nueva nación, se opusieron y debían fatalmente oponerse, a que tan deseado bien llegase todavía. ¡No se regenera un país, ni se cambian radicalmente sus instituciones y sus hábitos, en el corto espacio de dos lustros! ¡No se apagan ni enfrían, luego que tocan la tierra, las ardientes lavas del volcán que acaba de estallar!

En el regocijo del triunfo, se creyó fácil la erección de un imperio, se creyó que las instituciones que parecían tener más analogía con las que acababan de ser derrocadas, serían las que podían convenirnos mejor. El caudi-

llo que, halagado por el brillo del trono se dejó seducir desconociendo en esto la verdadera situación que la ruptura de todos los lazos anteriores había creado, cometió un inmenso error que pagó con la vida, y hundió a la nación en la guerra civil. Ésta pudo tal vez evitarse; pero una vez iniciada, no debía esperarse que concluyese por una transacción; los elementos que se agitaban y se combatían eran demasiado contradictorios, para que una combinación fuese posible; era necesario que uno de los dos cediese radicalmente de sus pretensiones; era preciso que uno de los dos, reconociendo su impotencia, se resignase a ceder el campo a su contrario, y a seguir, aunque con trabajo y sólo pasivamente, una corriente que no podía contrarrestar.

Por una fatalidad, tan lamentable como inevitable, el partido a quien el conjunto de las leyes reales de la civilización llamaba a predominar, era entonces el más débil; pero, con la fe ardiente del porvenir, con esa fe que inspiran todas las creencias que constituyen un progreso real en la evolución humana, él se sentía fuerte para emprender y sostener la lucha, y ésta debía continuar encarnizada y a muerte.

Un partido, animado tal vez de buena fe, pero esencialmente inconsecuente, pretendió extinguir esta lucha y de hecho no logró otra cosa que prolongarla; pues, por falta de una doctrina que le sea propia, ese partido toma por sistema de conducta la inconsecuencia, y tan pronto acepta los principios retrógrados como los progresistas, para oponer constantemente unos a otros y nulificar entrambos. Proponiéndose, a su modo, conciliar el orden con el progreso, los hace en realidad aparecer incompatibles, porque jamás ha podido comprender el orden, sino con el tipo retrógrado, ni concebir el progreso, sino emanado de la anarquía, teniendo que pasar mientras go-

bierna, alternativamente y sin intermedio, de unos partidos a otros. Este partido, repito, haciendo respectivamente a cada uno de los contendientes concesiones contradictorias e inconciliables, halagaba las ilusiones de cada uno sin satisfacer sus deseos y prolongaba así el término de la contienda que quería evitar.

Por una parte el clero y el ejército, como restos del pasado régimen y por otra, las inteligencias emancipadas e impacientes por declarar el porvenir, entraron en una lucha terrible que ha durado cuarenta y siete años; lucha sembrada de sangrientas y lúgubres escenas que sería largo y doloroso referir; lucha durante la cual el partido progresista, unas veces triunfante y otras también vencido, iba cada vez creando mayor fuerza, aun después de los reveses, pero en la que su contrario, a medida que sentía desvanecerse la suya, apelaba a medios más reprobados, desde la felonía de Picaluga hasta la *Sainte Barthelemy* de Tacubaya, y desde allí hasta la traición en masa consumada en 1863, y premeditada muchos años antes.

Conciudadanos: la palabra *traición* ha salido involuntariamente de mis labios. Yo habría querido en este día de patrióticas reminiscencias y de cordial ovación, no traer a vuestra memoria otros recuerdos que los muy gratos de los héroes que se sacrificaron por darnos patria y libertad; yo habría querido no evocar en vuestro corazón otros sentimientos que los de la gratitud, ni otras pasiones que las del patriotismo y de la abnegación de que supieron darnos ejemplos los grandes hombres que hoy venimos a celebrar; y he visto en estos momentos pintada en vuestros rostros la indignación y he visto salir de vuestros ojos el rayo, que, quemando la frente de esos mexicanos degradados, dejará sobre ella impreso el sello de la infamia y de la execración...

Pero al salir de la espantosa crisis suscitada por su criminal error; al tocar afanosos y casi sin aliento la playa de ese piélago embravecido que ha estado a punto de sepultarnos bajo sus olas, no hemos podido menos que volver el rostro atrás para mirar, como Dante, el peligro de que nos hemos librado y tomar lecciones en ese triste pasado, que no puede menos que horrorizarnos...

Las clases privilegiadas que en 1857 se habían visto privadas de los fueros y preeminencias, que en 1861 vieron por fin sancionada con espléndido triunfo esta conquista del siglo y ratificada irrevocablemente la medida de alta política, que arrancaba de manos de la más poderosa de dichas clases, el arma que le había siempre servido para sembrar la desunión y prolongar la anarquía, derribando, por medio de la corrupción de la tropa a los gobiernos que trataban de sustraerse a su degradante tutela: estas clases privilegiadas, repito, llegaron por fin a persuadirse de su completa impotencia, pues, por una parte, el antiguo ejército, habiéndose visto vencido y derrotado por soldados noveles y generales improvisados, perdió necesariamente el prestigio y con él la influencia que un hábito de muchos años le había sólo conservado; y por otra, el clero comprendió su desprestigio y decadencia, al ver que había hecho uso sin éxito alguno, de todas sus armas espirituales —únicas que le quedaban— para defender a todo trance unos bienes que él aparenta creer que posee por derecho divino, y sobre los cuales le niega por lo mismo, todo derecho a la sociedad y al gobierno, que es su representante. ¡Como si algo pudiese existir dentro de la sociedad que no emanase de ella misma! ¡Como si la propiedad y demás bases de aquélla, por lo mismo que están destinadas a su conservación y no a su ruina, no debiesen estar sujetas a reglas que les hagan conservar siempre el carácter de protectoras, y no de enemigas de

la sociedad! ¡Como si alguna vez el medio debiera preferirse al fin para el cual se instituye!

Acabo de decir que las armas espirituales eran las que le quedaban al clero y debo añadir también que a estas armas, el vencedor no sólo no había tocado, sino que las había aumentado en realidad, con la severa lógica que presidió a la formación de las leyes llamadas de Reforma. Porque al separar enteramente la Iglesia del Estado, al emancipar el poder espiritual de la presión degradante del poder temporal, México dio el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar, en el camino de la verdadera civilización y del progreso moral y ennobleció, cuanto es posible en la época actual, a ese mismo clero que sólo después de su traición y cuando Maximiliano quiso envilecerlo, a ejemplo del clero francés, comprendió la importancia moral de la separación que las Leyes de Reforma habían establecido. Y protestó, tarde como siempre, contra la tutela a que se le sujetó. Y suspiró por aquello mismo que había combatido...

Cuando el clero y el ejército y algunos hombres que los secundaban cegados por el fanatismo o por la sed de mando, se vieron privados de todas sus ilusiones, como el árbol que al soplo del otoño deja caer una a una las hojas que lo vestían, se acogieron con más ahinco al único medio que parecía quedarles, para prolongar aún por algún tiempo su dominación o al menos, ver a sus vencedores sepultados también en las ruinas de la nación.

Hay en Europa, para mengua y baldón de la Francia, un soberano cuyas únicas dotes son la astucia y la falsía y cuyo carácter se distingue por la constancia en proseguir los perversos designios que una vez ha formado.

Este hombre meditaba, de tiempo atrás, el exterminio de las instituciones republicanas en América, después de haberlas minado primero y derrocado por fin en Francia,

por medio de un atentado inaudito, el 2 de diciembre de 1851.

A este hombre recurrieron, de este soberano advenedizo se hicieron cómplices los mexicanos extraviados que, en el vértigo del despecho, no vieron tal vez el tamaño de su crimen; en manos de ese verdugo de la República francesa entregaron una nacionalidad, una independencia y unas instituciones que había costado ríos de sangre y medio siglo de sacrificios y de combates.

Y, el que se había introducido en Francia deslizándose como una serpiente para ahogar a su víctima; el que, cubierto con una popularidad prestada, había logrado alucinar al pueblo y seducir al ejército, para arrancarle al uno su libertad y convertir al otro, el 2 de diciembre, en asesino de sus hermanos indefensos, aceptó gustoso esa misión de retroceso y de vandalismo, y guiado por la traición y azuzado por fraudulentos agiotistas y por su digno intérprete Saligny, se lanzó sobre su presa y con la innoble voracidad del buitre, se propuso hartarse de una víctima que se imaginó muerta.

Desde los primeros pasos, la actitud imponente que tomó toda la nación, aprestándose a rechazar tan inicua agresión, hizo ver a la España y a la Inglaterra el tamaño de la iniquidad que se habían prestado a secundar y la Francia quedó sola en su tenebrosa empresa.

Su primer acto como beligerante fue una villanía.

Negándose a cumplir los tratados de la Soledad y haciéndose dueña por medio de la felonía, de unas posiciones fortificadas que no se atrevió a atacar, se identificó más con la causa que venía a defender y dejó ver con toda claridad cuál sería el espíritu que debía animarla en esta inmunda guerra, que comenzaba por conculcar un compromiso sagrado y acabaría por abandonar y vender cobardemente a sus propios cómplices.

Cuando el cuerpo expedicionario se creyó bastante fuerte, y cuando habiendo salvado, a precio de su honor, los primeros obstáculos se proporcionó los recursos y bagajes que le faltaban, emprendió su marcha sobre la capital seguro del triunfo, lleno de pueril vanidad, llevando en los pechos de sus soldados como garantes infalibles de la victoria, esculpidos en preciosos metales, los nombres de Roma y Crimea, de Magenta y Solferino. Mientras que en las llanuras de Puebla los esperaba un puñado de patriotas armados de improviso, bisoños en la guerra, pero resueltos a sacrificarlo todo por su independencia, y trayendo en sus pechos una condecoración que vale más que todas y que los reyes no pueden otorgar a su antojo: el amor de la patria y de la libertad, grabado en su corazón.

El jefe que mandaba a este puñado de héroes, no era un general envejecido en los campos de batalla; no llevaba sobre sus sienes el laurel de cien combates; era sólo un joven lleno de fe y de patriotismo; era un republicano de los tiempos heroicos de la Grecia que, sin contar el número ni la fuerza de los enemigos, se propuso como Temístocles salvar a su patria y salvar con ella unas instituciones que un audaz extranjero quería destruir y que contenían en sí todo el porvenir de la humanidad.

Conciudadanos: vosotros recordáis, en este momento, que el sol del 5 de mayo que había alumbrado el cadáver de Napoleón I alumbró también la humillación de Napoleón III. Vosotros tenéis presente que, en ese glorioso día, el nombre de Zaragoza, de ese Temístocles mexicano, se ligó para siempre con la idea de independencia, de civilización, de libertad y de progreso, no sólo de su patria, sino de la humanidad. Vosotros sabéis que haciendo morder el polvo en ese día a los genízaros de

Napoleón III, a esos persas de los bordes del Sena que más audaces o más ciegos que sus precursores del Éufrates, pretendían matar la autonomía de un continente entero y restablecer en la tierra clásica de la libertad, en el mundo de Colón, el principio teocrático de las castas y de la sucesión en el mando por medio de la herencia; que venciendo, repito, esa cruzada de retroceso, los soldados de la República en Puebla, salvaron como los de Grecia en Salamina, el porvenir del mundo al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad. Vosotros sabéis que la batalla del 5 de mayo fue el glorioso preludio de una lucha sangrienta y formidable que duró todavía un lustro, pero cuyo resultado final quedó marcado ya desde aquella época. ¡Los que habían alcanzado la primera victoria debían también obtener la última! ¡Y los que habían penetrado sin honor por las cumbres de Acultzingo, debían salir cubiertos de infamia por el puerto de Veracruz!

No es éste el momento ni la ocasión de trazar la historia de la época de represalias y asesinatos, que sucedió al triunfo del 5 de mayo de 1862. Una voz más robusta y caracterizada que la mía, una pluma muy más experta y elocuente, os ha hecho estremecer desde esta misma tribuna, refiriéndonos los crueles episodios y las sangrientas y devastadoras escenas de este terrible periodo en que México luchó solo y sin recursos, contra un ejército formidable que de nada carecía y contra la traición que le ayudaba en todas partes.

En este conflicto entre el retroceso europeo y la civilización americana, en esta lucha del principio monárquico contra el principio republicano, en este último esfuerzo del fanatismo contra la emancipación, los republicanos de México se encontraban solos contra el orbe entero. Los que no tomaron abiertamente cartas en su contra, simpa-

tizaron con el invasor y secundaron sus torpes miras, reconociendo y acatando el simulacro de imperio que quiso constituir; los que no imitaron a la Bélgica y a la Austria mandando sus soldados mercenarios, prestaron, por lo menos, su apoyo moral para sostener al príncipe malhadado que tuvo la debilidad, por no decir la villanía, de prestarse a hacer su papel en esta farsa, que merecería el nombre de ridícula mojiganga si no hubiera sido una espantosa tragedia.

La gran República misma se vio obligada en virtud de la guerra intestina que la devoraba, a mantenerse neutral y aun a prestar alguna vez, con mengua de su dignidad, servicios a esa misma invasión, que pretendía entrar por México a los Estados Unidos.

¿Qué extraño es, pues, como resultado y como síntoma de ese conjunto de circunstancias adversas, que los reveses se multiplicasen para los verdaderos mexicanos, en todo el ámbito de la República? ¿Qué extraño puede ser que por algún tiempo la causa de la libertad pareciese perdida y que mexicanos, tal vez de recto corazón, pero débiles e ilusos, se dejasen sobrecoger por el desaliento y creyesen que ya no quedaba otro recurso sino plegarse al lado que parecía contrario? ¿Qué mucho que el benemérito e inmaculado Juárez, que se había abrazado al pabellón nacional levantándolo siempre en alto para que, como la columna de fuego de los israelitas, sirviese de guía y de prenda segura de buen éxito a los dignos mexicanos que sostenían aquella lucha, tan desigual como heroica y tenaz, qué mucho, repito, que Juárez y sus dignos compañeros se viesen obligados a recorrer centenares de leguas, sin hallar un punto en que la bandera de la independencia pudiese descansar segura, ni flotar con libertad? ¿Qué mucho que nuestros más valientes adalides, se viesen por un momento obligados a buscar en la aspe-

reza de nuestros montes, en la inmensidad de nuestros desiertos y en las mortíferas influencias climatéricas de la tierra caliente, los fieles aliados que no podían encontrar en otra parte?

Pero la tierra prometida debía aparecer alguna vez; la aurora comenzó a brillar después de aquel denso nublado: Díaz por el Oriente y Corona por el Occidente; Escobedo y Régules por el Norte y por el Sur Riva Palacio, Treviño, Jiménez y otros mil, obtuvieron por todas partes victorias señaladas sobre la conquista y sobre la traición reunidas o separadas.

La horrible ley de 5 de octubre, imaginada por el general francés y sancionada cobardemente por el nefando imperio; esa ley en que se pagaba con la vida hasta el delito de respirar el aire que habían respirado los defensores de la independencia, lejos de amedrentarlos, no hizo sino enardecer su valor y aumentar su actividad.

Los millares de patriotas que caían víctimas de esa máquina infernal puesta en manos de las cortes marciales y disparada sin interrupción; los sangrientos cadáveres del inmaculado Arteaga y del heroico Salazar, se presentaban sin cesar a sus ojos, pero vivificados y resplandecientes de gloria, para animarlos al combate anunciándoles el próximo triunfo y conducirlos así a la victoria...

Una voz se levantó entonces en favor de México, voz poderosa y largo tiempo esperada; pero que se había tenido la dignidad de no querer mendigar.

Al tremendo estallido de millares de balas tiradas a la vez sobre centenares de prisioneros desarmados en Puruándiro y en otros puntos; a los plañideros ayes de tantas familias dejadas en la orfandad y en la miseria, el águila del Norte despertó en fin de su letargo. Los Estados Unidos pidieron cuenta a la Francia de este atentado contra las leyes de la civilización y de la humanidad, in-

timándole, en nombre de su propia dignidad, que hiciese cesar tan espantosa carnicería: el dictador de Francia, con el cinismo propio de los Bonaparte, dejó toda la responsabilidad de estos hechos a Maximiliano; pero las contestaciones entre Francia y los Estados Unidos se cruzaban sin cesar; las de éstos cada día más apremiantes; las de aquélla cada vez más y más flojas y plagadas de contradicciones e inconsecuencias.

Por una parte, el temor de una guerra insostenible con la colosal República, a cuyo lado se encontraría todo el Continente; por otra, la posición cada día más falsa y precaria del ejército expedicionario en México, que no podía ya ni defender el terreno que pisaba; y la completa impopularidad de la expedición en Francia, decidieron por fin a su autor a arrancar esa página que, en días más felices, cuando llegó a creer que en México habían muerto el amor a la patria y a la libertad, osó llamar *la más bella de su reinado*.

El abandono del imperio, que a tanta costa y por medio de tantas infamias y calumnias se había querido fundar, se decidió por fin. La grandiosa obra de reconstrucción de razas y de influencias europeas en América, que con tan vivos colores se había pintado al Senado francés, se abandonó también; y la orden para la retirada del ejército y con ella la humillación de Napoleón y el desprestigio de la Francia, se firmó por fin.

Éste fue el servicio que México debió a la República vecina. Servicio grande sin duda, pero que en nada rebaja el mérito de nuestra heroica defensa; y antes bien, lo pone más de manifiesto, porque sin esta indomable resistencia prolongada por cerca de seis años; sin la constancia de Juárez y de los demás jefes que, diseminados en el país, sostuvieron sin interrupción el combate, levantando en todas partes la enseña de la República, la tan

demorada resolución de interponer en esta cuestión sus respetos y su influjo, o no habría tenido lugar, o habría llegado demasiado tarde, no sólo para México, sino también para los Estados Unidos, a quienes se quería asestar el tiro desde las fortalezas del imperio.

La calumnia y la maledicencia se han apoderado de este hecho, en el que si los Estados Unidos prestaron un servicio a México, también éste se lo hizo a ellos, prolongando la lucha y conservando un gobierno con quien pudiesen mantener relaciones que les permitieran, luego que hubiesen dominado su guerra civil, tomar la iniciativa en una negociación cuyo resultado debía ser: acabar con la influencia europea en América y aumentar la suya propia.

La calumnia, digo, se ha apoderado de ese hecho queriendo presentarlo como deshonroso para nosotros. Se ha supuesto que fuimos a mendigar la intervención armada de los Estados Unidos y que el gobierno nacional, personificado en Juárez, no buscaba otra cosa sino que el país cambiase de señor.

Esta infame calumnia, como las demás de que sin cesar ha sido el blanco México, ha sido desmentida con hechos irrefragables.

La nación habría tenido, sin duda, el incuestionable derecho de llamar en su auxilio, para desembarazarse de una influencia extraña y opresora, las armas de otra potencia amiga, sin comprometer con esto ni su autonomía ni su dignidad, pero la conciencia de su propia fuerza y esa clara visión del porvenir que animó siempre al Primer Magistrado de la República, y que sostuvo su valor y su constancia en aquellos aciagos días de prueba y de persecución, hizo que se desechara siempre ese medio de salvación que, lo repito, nada tenía de deshonroso ni de inusitado.

La Holanda, llamando a los ingleses para emanciparse de la tiranía española; los Estados Unidos, admitiendo los servicios de la Francia para obtener su independencia; la España, lanzando de su seno con ayuda de los ingleses, a esa Francia que entonces como ahora, había logrado penetrar en el territorio ajeno por la puerta de la felonía y de la traición: a esa Francia que, entonces como ahora, pretendió hacer una colonia de una nación independiente y fundar un simulacro de trono que le sirviese de escabel para sentar su planta y de apoyo para extender su influencia y su dominación; a esa Francia que entonces como ahora, era víctima y cómplice, a la vez, de la tiranía de un Bonaparte; de un Bonaparte, señores, cuyo nombre sólo es un programa completo de usurpación y de retroceso, de guerras y de conquistas, de tronos improvisados y hundidos en la nada, de bambolla y de charlatanismo y, por último y como resultado final, de baldón y oprobio para su nación. La España, repito, los Estados Unidos y la República Holandesa no mancillaron su nombre ni comprometieron su autonomía, ni siquiera empañaron el brillo de sus heroicos esfuerzos, por haber utilizado el socorro armado de naciones amigas y que estaban interesadas en sus respectivos triunfos.

Pero la gloria de México ha sido todavía más esplendente. ¡Ni un solo sable del ejército norteamericano se ha desnudado en favor de la República, ni un solo cañón de la Casa Blanca se ha disparado sobre el Alcázar de Chapultepec! ¡Y, sin embargo, el triunfo ha sido espléndido y completo! ¡Tres meses habían pasado apenas desde que los invasores abandonaron nuestro suelo, y nada existía ya de ese imperio que había de extinguir la democracia en América!

Todo se ensayó para sostenerlo y arraigarlo; a todas las puertas se llamó para encontrarle adictos; todo lo que

la intriga, la hipocresía y la fuerza pueden sugerir, todo se puso en práctica para aclimatar una institución que el instinto popular repugna.

Al penetrar en el interior del país el ejército invasor y más tarde al venir el Archiduque a tomar posesión de su trono, no pudimos menos de reconocer que el partido que los había llamado y que fundaba en ellos sus esperanzas, era en realidad el menos numeroso, el menos ilustrado y el menos influyente de los que se disputaban en México la supremacía. Un clero ignorante y que se imagina vivir en plena Edad Media; que no comprende ni sus intereses ni los de la nación; que maldiciendo el presente y el porvenir sin comprender que son una consecuencia forzosa del pasado, no tiene otro programa que la imposible retrogradación de ocho siglos, para volver a los tiempos de Hildebrando: un clero a quien la nación nada debe sino el no haber podido constituirse; que en 1847 no tuvo siquiera el fanatismo suficiente para imitar el heroico ejemplo que 40 años antes le había dado el clero español, y que vio impasible la humillación de su patria, la profanación de sus templos y la irrisión de sus imágenes por un ejército extranjero y protestante; un clero que facilitó y contribuyó a estos mismos atentados suscitando en la capital el mas inmoral de los pronunciamientos, en los momentos mismos en que el enemigo desembarcaba en Veracruz, era el primero y principal elemento de ese partido que solicitó la intervención.

Los restos de un ejército desmoralizado y corrompido, acostumbrado a medrar en las revueltas políticas y a considerar el tesoro nacional como patrimonio propio y que en la invasión americana probó que si sabía ensañarse con los mexicanos indefensos, sabía mejor volver la espalda ante el extranjero armado, era el segundo elemento de los aliados de la Francia y del imperio.

Con éstos y con algunos fanáticos ilusos o perversos, ayudados de ciertos capitalistas que por egoísmo o por el deseo de lucrar con los fondos de las arcas públicas se unieron a ellos, debía contar el Archiduque para fundar su soñada dinastía.

Pero él y sus tutores los franceses, al mirar de cerca a los cómplices de su crimen; al ver por sus propios ojos todo el tamaño de su abyección y de su infamia, no pudieron menos que avergonzarse de esa compañía y renegaron de ellos y les escupieron el rostro.

Toda la política, todo el ahínco de Maximiliano y de Napoleón, fue desde luego captarse la voluntad y procurarse el apoyo, o al menos la aquiescencia, del único partido nacional, del gran Partido Liberal.

Pero tanto cuanto el partido de la tiranía se había manifestado ruin y degradado, tanto se mostró grande y digno el resto de la nación: por todas partes se multiplicaban los halagos y se sucedían sin interrupción las invitaciones y las promesas, con objeto de corromper a los patriotas que habían dado pruebas de valer alguna cosa, o que habían ocupado puestos públicos de la República; no hubo género de seducción que no se emplease, no hubo medio a que no se recurriese para lograr que los buenos liberales aceptasen los empleos con que se les brindaba en todas partes. La vanidad, el orgullo, el interés y hasta el terror, todo se ensayó, de todo se echó mano para lograr un resultado al que con razón se daba tanto precio.

Todo fue inútil, sin embargo. Por todas partes se sucedían las tentadoras proposiciones y por todas también se multiplicaban las honrosas repulsas de mexicanos dignos que preferían la oscuridad, la miseria o el ostracismo, al brillo y la opulencia comprados al precio de su conciencia y de su patriotismo.

Unos cuantos indignos mexicanos, que antes habían medrado a la sombra del partido progresista, pero en cuyos criminales pechos había tal vez latido siempre el corazón de Judas, se dejaron arrastrar por la vanidad a la codicia y se prestaron a tirar del dogal que debía acabar con el aliento de la patria.

Fuera de estas tristes excepciones, más dignas de despreciarse que de sentirse, el gran partido nacional se mantuvo inflexible, y se abstuvo de toda participación que pudiera sancionar de algún modo los actos de la intervención y del gobierno intruso; causándoles con esta muda pero enérgica protesta una derrota constante que no pocas veces costó más y hubo menester, de parte de los combatientes pacíficos, más energía de carácter y un valor no menos grande y sí más sostenido que el que se ha menester para presentarse en los campos de batalla.

He aquí, señores, por qué, cuando el ejército francés huyó despavorido y abandonó su temeraria empresa, Maximiliano, que sabía por experiencia que no podía contar con el partido liberal, cualesquiera que fuesen las promesas con que quisiese atraérselo, y que no pudo tampoco resolverse a abandonar un trono que a pesar de sus espinas halagaba su vanidad y su ambición, se vio forzado a echarse en brazos de aquellos mismos a quienes poco antes había juzgado indignos de estar a su lado.

Señores: aquí tocamos con la mano los acontecimientos a que me refiero; aquí oímos aún tronar el cañón que se dispara a la vez en Querétaro y en Puebla, en México y en Veracruz; aquí asistimos a ese último combate, en que nuestra patria obtendrá por fin el complemento indispensable de su independencia, la emancipación de la tutela de todo gobierno extraño.

En efecto, no fue sólo la reacción y sus gastados generales; no fue el clero y sus desprestigiados jefes, lo que

decidió al Archiduque a intentar este último esfuerzo; lo que sin duda pesó más en su ánimo, fue ese enjambre de extranjeros armados que la Francia, la Bélgica y Austria habían enviado para defensa de su candidato; fue esa falange de ministros diplomáticos y sus respectivos gabinetes, que prontos a calumniar a México cuando para ello media su interés, han tenido voto decisivo en nuestras cuestiones y han sido hasta aquí el padrastro de todos los gobiernos, fundados en unos tratados leoninos arrancados a nuestra inexperiencia y a nuestra vanidad y al deseo de conservar una paz que sólo para ellos existía.

Al haber triunfado del príncipe aventurero y de estos elementos con que contaba todavía para su apoyo; al haber aplicado con justicia y severidad, pero sin encono ni pasión, el condigno castigo al principal cómplice de tantos crímenes, al que no vaciló en echar sobre sus hombres todo el peso de seis años de matanzas y de incendios, de devastaciones y de ruina, México ha cortado la última cabeza a la hidra venenosa que por tanto años había emponzoñado su existencia y ha asegurado su futuro reposo.

Negando a Maximiliano el indulto que solicitó, ha podido creerse por algunos, principalmente de fuera del país, que el gobierno y la nación entera, que unánimemente aprobó su conducta, obraban con mayor severidad de la que su estricto deber exigía; ha podido sostenerse por algunos escritores más brillantes que profundos, que México pudo y debió perdonar al Archiduque, sin que por esto se comprometiese su tranquilidad, ni se diese mayor aliento al partido vencido. Sin duda, señores, el triunfo ha sido más grandioso y espléndido de lo que era preciso para que toda idea de un nuevo trono erigido en México sea desde luego desechada como una empresa de orates; sin duda, los Gutiérrez Estrada y los Almonte aca-

baron para siempre su infame papel y no serían ya escuchados aun cuando se propusiesen empezar de nuevo; sin duda el clero y los restos del antiguo ejército están suficientemente desarmados para que la paz pública no tenga mucho que temer de estos irreconciliables pero impotentes enemigos; sin duda el corazón de los mexicanos es bastante grande para que en él pueda caber, sin rebasarlo, el perdón generoso otorgado a un hijo de cien reyes, por más que éste se haya manifestado indigno de esa noble prosapia y se haya prestado a ser, si no el principal autor, por lo menos el principal instrumento de execrables atentados. Pero cuando se trata de autonomía de la nación, de su porvenir y de su independencia, cuando ha llegado el momento de sentar la clave de esa delicada construcción que se elabora hace ya 57 años, toda idea que no conduzca al fin deseado debe abandonarse, todo movimiento del corazón que nos desvíe del sendero y nos haga perder nuestro punto de mira, debe sofocarse.

¡Maximiliano humillado y perdonado por Juárez!

¡Un emperador viviendo por galardón de una República...! Es sin duda, un magnífico golpe de teatro en un melodrama; es un soberbio desenlace para una novela. Pero ni ese melodrama ni esa novela hubieran cimentado la paz de la República, ni afirmado la respetabilidad y completado la emancipación de la nación.

Maximiliano desterrado en Europa, hubiera sido con su voluntad o sin ella, la bandera de todos los descontentos, la esperanza continua de los vencidos, el amago constante de la tranquilidad pública y el pábulo que mantuviese viva la llama secreta de la rebelión, pronta a la menor oportunidad, a encender de nuevo la guerra civil, como la encendió Santa Anna después de haber caído prisionero en Jico y recibido un generoso perdón...

Maximiliano perdonado no hubiera creído jamás que

debía su vida a la generosidad de México, sino al miedo a Francisco José o a la presión de los Estados Unidos.

Maximiliano perdonado, después del insolente memorándum de Widembrok y de la inoportuna intromisión de Seward, hubiera sido un perpetuo padrón de infamia para México y una prueba que se habría creído irrecusable, de que vivía siempre bajo la tutela de las otras naciones.

Maximiliano perdonado en los momentos en que, por ese memorándum y por esa intromisión de los Estados Unidos, estaba justamente sobreexcitado el sentimiento de la dignidad nacional, hubiera indudablemente provocado una escisión entre nuestros jefes y un grito de universal reprobación. Y ni México se había rendido ni el país se habría pacificado.

Que aquellos filántropos de gabinete, que han osado dar su fallo en contra de esa inevitable ejecución, echen una mirada sobre el país un mes después de llevarla a cabo y que nos digan con el corazón en los labios, si creen que con esa generosidad tan decantada se habría obtenido una pacificación tan general y tan completa.



¡Ahora bien! ¿Sería posible vacilar un momento, entre el perdón de un delincuente y la pacificación de un pueblo? Dejemos a la Francia y a la Europa entera; dejemos, digo, a los gobiernos de la Europa que vociferen y declamen contra un acontecimiento que pone sus tronos a merced de la democracia y que da el último golpe al derecho divino de las castas, a ese resto de las instituciones teocráticas; dejemos que, en la rabia de su impotencia y en la impotencia de su rabia, se desaten en improperios y calumnias contra una nación que, si ha sabido ser superior en la guerra que le obligaron a sostener, lo sabrá también ser en la paz que ha sabido conquistar.

Conciudadanos: hemos recorrido a grandes pasos toda la órbita de la emancipación de México; hemos traído a la memoria todas las luchas y dolorosas crisis porque ha tenido que pasar, desde la que lo separó de España, hasta la que lo emancipó de la tutela extranjera que lo tenía avasallado. Hemos visto que ni una sola de esas luchas, que ni una sola de esas crisis, ha dejado de eliminar alguno de los elementos deletéreos que envenenaban la constitución social. Que del conjunto de esas crisis, dolorosas pero necesarias, ha resultado también, como por un programa que se desarrolla, el conjunto de nuestra plena emancipación y que es una aserción tan malévola como irracional, la de aquellos políticos de mala ley, que demasiado miopes o demasiado perversos, no quieren ver en esas guerras de progreso y de incesante evolución, otra cosa que aberraciones criminales o delirios inexplicables.

Hemos visto que dos generaciones enteras se han sacrificado a esta obra de renovación y a la preparación indispensable de los materiales de reconstrucción.

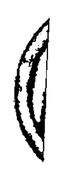
Mas hoy esta labor está concluida, todos los elementos de la reconstrucción social están reunidos; todos los obstáculos se encuentran allanados; todas las fuerzas morales, intelectuales o políticas que deben concurrir con su cooperación, han surgido ya.

La base misma de este grandioso edificio está sentada. Tenemos esas Leyes de Reforma que nos han puesto en el camino de la civilización, más adelante que ningún otro pueblo. Tenemos una Constitución que ha sido el faro luminoso al que, en medio de este tempestuoso mar de invasión, se han vuelto las miradas y ha servido a la vez de consuelo y de guía a todos los patriotas que luchaban aislados y sin otro centro hacia el cual pudiesen gravitar sus esfuerzos; una Constitución que, abriendo la

puerta a las innovaciones que la experiencia llegue a demostrar necesarias, hace inútil e imprudente, por no decir criminal, toda tentativa de reforma constitucional por la vía revolucionaria.

Hoy la paz y el orden, conservados por algún tiempo, harán por sí solos todo lo que resta.

Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa Libertad, Orden y Progreso; la libertad como *medio*; el orden como *base* y el progreso como *fin*; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas.



Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea el garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización.

LA ERA ACTUAL

por JUSTO SIERRA

EL PAÍS estaba desquiciado; la guerra civil había, entre grandes charcos de sangre, amontonado escombros y miserias por todas partes; todo había venido por tierra; abajo, para el pueblo rural, se había recrudecido la leva, una de las enfermedades endémicas del trabajo mexicano (las otras son el alcohol y la ignorancia), que dispersaba al pueblo de los campos en el ejército, como carne de cañón; en la guerrilla, como elemento de regresión a la vida de la horda salvaje, y en la gavilla, la escuela nómada de todos los vicios antisociales. El pueblo urbano o en las fábricas, paradas por el miedo a la guerra o por la inutilidad de producir para mercados atestados, o en los talleres sin ocupación, de las ciudades, se entregaba a la holganza o se escapaba rumbo a la bola o se dejaba llevar en cuerda al cuartel. La burguesía, exprimida sin piedad o por los régulos locales o por los gobiernos en lucha, escondía su dinero y retraía sus simpatías; había visto la caída del gobierno central con gusto (exceptuando en dos o tres estados en que el lerdismo significaba la emancipación de odiadas tiranías locales); pero había sido indiferente a la tentativa del señor Iglesias, que le parecía una sutileza constitucional con todas las apariencias de un pronunciamiento de abogados y literatos, y se sentía asaltada de recelos y temores hondos ante aquella masa heterogénea de apetitos insaciables, de resentimientos implacables y de intereses inconfesables, señoreada de la República con el nombre de revolución

tuxtepecana, en que se habían resumido todos los elementos de desorden removidos por la guerra civil. Creía en la buena fe del jefe de la revolución, creía en su probidad, pero lo suponía, entonces como antes, irremediablemente subalternado a las ambiciones muy enérgicas, pero muy estrechas, de un grupo de sus consejeros; y si le concedía dotes administrativas, persistía en negarle dotes políticas; este hombre, se repetía en los grupos urbanos, en nuestra guisa familiar de condensar las opiniones, este hombre "no sacará al buey de la barranca".

Eso era la sociedad. Los factores oficiales eran pésimos: el ejército federal que, desorientado, perplejo, descontento de sí mismo, se había dividido entre las dos banderas que se apellidaban constitucionales, pero que en su inmensa mayoría se había mantenido fiel al deber, ahora ingresaba en masa en el ejército de la victoriosa revolución y se sentía humillado, comprimido, impaciente, pronto a sacudir lo que reputaba una cadena y un yugo; sus principales jefes, o lo habían abandonado, o veían desdeñosos la turba que los rodeaba con el secreto deseo del desquite. El tropel revolucionario se disponía a despojar al ejército legal de todos sus grados y prerrogativas y lanzarlo a la calle desarmado, desnudo y castigado, y exigía del jefe de la revolución este botín de guerra.



En cuanto a la falange burocrática, mínimamente pagada, cuando lo estaba, apenas cumplía con su deber; hacía la censura despiadada de las costumbres y la ignorancia de los vencedores, organizaba la gran conspiración inferior de los servidores infieles, o desertaba; los jefes improvisados del gobierno efímero que había surgido de la revuelta, solicitaban públicamente empleados para los puestos administrativos y solían recibir despectivas repulsas.

En el exterior, las peripecias y el final de la guerra civil habían causado una penosa impresión. Estaba probado; México era un país ingobernable, los Estados Unidos debían poner coto a tanto desmán, ya que Europa era impotente para renovar la tentativa. Los sociologistas nos tomaban como ejemplo de la incapacidad orgánica de los grupos nacionales que se habían formado en América con los despojos del dominio colonial de España, y el ministro de los Estados Unidos asumía una actitud de tutor altivo y descontento ante el Ejecutivo revolucionario.

La Constitución había quedado sepultada bajo los escombros de la legalidad: las reformas que la revolución había proclamado eran netamente jacobinas: ni Senado ni reelección, es decir, omnipotencia de la Cámara popular, debilitación del Poder Ejecutivo por la forzosa renovación incesante de su jefe. Quedaba la Corte para proteger el derecho individual. Pero ¿cuándo un tribunal ha servido de valladar positivo al despotismo del poder político, si ese tribunal está también sometido a la elección popular, perennemente suplantada en México por los prestidigitadores oficiales?

Y para colmo de inconvenientes, la prensa, o hacía cruelmente la oposición, o regañaba y aleccionaba incesantemente al gobierno cuando le era adicta, convergiendo ambas en la exigencia del cumplimiento estricto de las promesas de los planes revolucionarios, entre las dos que descollaban como supremas aspiraciones del país: el respeto al sufragio libre, es decir, el abandono de las elecciones locales y generales a los gobernadores y sus agentes, y la abolición del impuesto del "timbre", promesa popularísima, cuyo cumplimiento equivaldría al suicidio financiero de la administración.

El deseo verdadero del país, el rumor que escapaba de

todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo a otro de la República, en el taller, en la fábrica, en la hacienda, en la escuela, en el templo, era el de la paz. Ese sentimiento fue en realidad el que desarmó la resistencia del vicepresidente de la República, a pesar de su autoridad constitucional. Nadie quería la continuación de la guerra, con excepción de los que sólo podían vivir del desorden, de los incalificables en cualquier soituación normal. Todo se sacrificaba a la paz: la Constitución, las ambiciones políticas, todo, la paz sobre todo. Pocas veces se habrá visto en la historia de un pueblo una aspiración más premiosa, más unánime, más resuelta.

Sobre ese sentimiento bien percibido, bien analizado por el jefe de la revolución triunfante, fundó éste su autoridad, ese sentimiento coincidía con un propósito tan hondo y tan firme como la aspiración nacional: hacer imposible otra revuelta general. Con la consecución de este propósito, que consideraba, ya lo dijimos antes, como un servicio y un deber supremo a un tiempo, pensaba rescatar ante la historia la terrible responsabilidad contraída en dos tremendas luchas fratricidas: la sangre de sus hermanos le sería perdonada si en ella y de ella hacía brotar el árbol de la paz definitiva.

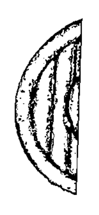
Complicar en esa obra, que parecía irrealizable ensueño, todos los intereses superiores e inferiores, era el camino para lograrla; el caudillo creía que para eso era preciso que se tuviera fe en él y que se le temiera. La fe y el temor, dos sentimientos que, por ser profundamente humanos, han sido el fundamento de todas las religiones, tenían que ser los resortes de la política nueva. Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá

ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz; ha fundado la religión política de la paz.

A raíz de la desaparición del Estado legal, parecía imposible la vuelta a un régimen normal; todos, lo repetimos, fiaban en la energía, en el ascendiente, en la rectitud del caudillo triunfante; nadie le suponía verdaderas aptitudes políticas y de gobierno; si se seguía con interés la marcha de tres de sus consejeros, los tres oráculos del gobierno nuevo (los señores Vallarta, Benítez y Tagle); a éstos se concedía mucho talento pero mucha pasión. La vuelta al orden constitucional era el primer paso político; urgía para ello reconstruir los órganos legales del gobierno. Sólo un poder había sido respetado a medias, la Suprema Corte de Justicia; para los demás era precisa la renovación.

Una elección hecha bajo los auspicios de las autoridades revolucionarias y en medio de la abstención real del país político, dio, si no legitimidad, sí legalidad al caudillo; fue presidente de la República: su acción fue más desembarazada y más firme. Pero al mismo tiempo se dibujó bien el peligro; los partidarios del presidente derrocado, explotando el prestigio de nombres venerados en el ejército, promovieron, fuera y dentro del país, conspiraciones que en todas partes chispeaban connatos de incendio, para el cual había en todas ellas inmenso combustible acumulado. Los amagos exteriores en la frontera americana fueron neutralizados a fuerza de buena suerte: todos se condensaron dentro y, a punto de estallar en terrible conflagración, fueron apagados en sangre: el siniestro estaba conjurado. La emoción fue extraordinaria: hubo protestas y dolor; muchos inocentes perecían sacrificados, pero la actitud del presidente sorprendió; el temor, gran resorte de gobierno, que no es lícito confundir con el terror, instrumento de despotismo puro, se ge-

neralizó en el país. La paz era un hecho; sería duradera? En este país, ya lo dijimos, propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y la buena educación; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores. En éstos comprendemos lo que podría llamarse una plebe intelectual. Esta plebe, desde el triunfo definitivo de la Reforma, quedó formada: con buen número de descendientes de las antiguas familias criollas, que no se han desamortizado mentalmente, sino que viven en lo pasado y vienen con pasmosa lentitud hacia el mundo actual; y segundo, con los analfabetos. Ambos grupos están sometidos al imperio de las supersticiones, y, además, el segundo, al del alcohol; pero en ambos la burguesía hace todos los días prosélitos, asimilándose a unos por medio del presupuesto, y a otros por medio de la escuela. La división de razas, que parece compilar esta clasificación, en realidad va neutralizando su influencia sobre el retardo de la evolución social, porque se ha formado entre la raza conquistada y la indígena una zona cada día más amplia de proporciones mezcladas que, como hemos solido afirmar, son la verdadera familia nacional; en ella tiene su centro y sus raíces la burguesía dominante. No es inútil consignar, sin embargo, que todas estas consideraciones sobre la distribución de la masa social serían totalmente ficticias y constituirían verdaderas mentiras sociológicas, si se tomaran en un sentido absoluto; no, hay una filtración constante entre las separaciones sociales, una ósmosis, diría un físico; así, por ejemplo, la burguesía no ha logrado emanciparse ni del alcohol ni de la superstición. Son estos microbios sociopatogénicos que pululan por colonias en donde el medio de cultivo les es propicio.



Esta burguesia que ha absorbido a las antiguas oligarquías, la reformista y la reaccionaria, cuya génesis hemos estudiado en otra parte, esta burguesía tomó conciencia de su ser, comprendió a dónde debía ir y por qué camino, para llegar a ser dueña de sí misma, el día en que se sintió gobernada por un carácter que lo nivelaría todo para llegar a un resultado; la paz. Ejército, clero, reliquias reaccionarias; liberales, reformistas, sociólogos, jacobino, y bajo el aspecto social, capitalista y obrero, en el orden intelectual como en el económico, formaron el núcleo de un partido que, como era natural, como sucederá siempre, tomó por común denominador un nombre, una personalidad: Porfirio Díaz. La burguesía mexicana, bajo su aspecto actual, es obra de este repúblico, porque él determinó la condición esencial de su organización: un gobierno resuelto a no dejarse discutir, es, a su vez, la creadora del general Díaz; la inmensa autoridad de este gobernante, esa autoridad de árbitro, no sólo político, sino social, que le ha permitido desarrollar y le permitirá asegurar su obra, no contra la crisis, pero sí acaso contra los siniestros, es obra de la burguesía mexicana.

Nunca la paz ha revestido con mayor claridad, que al día siguiente del triunfo de la revuelta tuxtepecana, el carácter de una primordial necesidad nacional. He aquí por qué el desenvolvimiento industrial de los Estados Unidos, que era ya colosal hace veinticinco años, exigía como condición obligatoria el desenvolvimiento concomitante de la industria ferroviaria, a riesgo de paralizarse. El *go ahead* americano no consentiría esto, y por una complejidad de fenómenos económicos que huelga analizar aquí, entraba necesariamente en el cálculo de los empresarios de los grandes sistemas de comunicación que se habían acercado a nuestras fronteras, completarlos en México, que, desde el punto de vista de las comunicaciones,

era considerado como formando una región sola con el suroeste de los Estados Unidos. El resultado financiero de este englobamiento de nuestro país en la inmensa red férrea americana, se confiaba a la esperanza de dominar industrialmente nuestros mercados.

Esta ingente necesidad norteamericana podía satisfacerse, o declarando ingobernable e impacificable al país y penetrando en él en son de protección para realizar las miras de los ferrocarrilistas, o pacífica y normalmente si se llegaba a adquirir la convicción de que existía en México un gobierno con quien tratar y contratar, cuya acción pudiera hacerse sentir en forma de garantía al trabajador y a la empresa en el país entero y cuya viabilidad fuera bastante a empeñar la palabra de varias generaciones. La guerra civil era, pues, desde aquel momento, no sólo un grave, el más grave de los males nacionales, sino un peligro, el mayor y más inmediato de los peligros internacionales. El señor Lerdo trató de conjurarlo acudiendo a la concurrencia del capital europeo; era inútil; el capital europeo sólo vendría a México en largos años, endosado a la empresa americana. La virtud política del presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales, nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora *yankee* y partir rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la policía y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y para hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso.

Muchos de los que han intentado llevar a cabo el análisis psicológico del presidente Díaz, que sin ser ni el arcángel apocalíptico que esfuma Tolstoi, ni el tirano de melodramática grandeza del cuento fantástico de Bunge,

es un hombre extraordinario en la genuina acepción del vocablo, encuentran en su espíritu una grave deficiencia: en el proceso de sus voliciones, como se dice en la escuela, de sus determinaciones, hay una perceptible inversión lógica: la resolución es rápida, la deliberación sucede a este primer acto de voluntad, y esta deliberación interior es lenta y laboriosa, y suele atenuar, modificar, nulificar a veces la resolución primera. De las consecuencias de esta conformación de espíritu, que es propia quizás de todos los individuos de la familia mezclada a que pertenecemos la mayoría de los mexicanos, provienen las imputaciones de maquiavelismo o perfidia política (engañar para persuadir, dividir para gobernar) que se le han dirigido. Y mucho habría que decir, y no lo diremos ahora, sobre estas imputaciones que, nada menos por ser contrarias directamente a las cualidades que todos reconocen en el hombre privado, no significan, en lo que de verdad tuvieren, otra cosa que recursos reflexivos de defensa y reparo respecto de exigencias y solicitaciones multiplicadas. Por medio de ellas, en efecto, se ponen en contacto con el poder los individuos de esta sociedad mexicana que de la idiosincrasia de la raza indígena y de la educación colonial y de la anarquía perenne de las épocas de revuelta, ha heredado el recelo, el disimulo, la desconfianza infinita con que mira a los gobernantes y recibe sus determinaciones; lo que criticamos es, probablemente, el reflejo de nosotros mismos en el criticado.

Sea de eso lo que se quiera, será siempre una verdad que la primitiva resolución del caudillo revolucionario en el asunto de los ferrocarriles internacionales, fue pronta, fue segura, no se desnaturalizó luego, fue el primer día lo que ahora es, y se necesitaba por cierto sobreponerse a la angustia del porvenir con ánimo inmensamente audaz y sereno y tener inquebrantable fe en el destino de

la patria, y pedir con singular energía moral una fuente de fuerza y de grandeza a lo que parecía el camino obligado de nuestra servidumbre económica, para haber abierto nuestras fronteras al riel y a la industria americana. ¡Y en qué momentos! Uno de los invencibles temores del señor Lerdo, y justificado y racional a fe, era el semillero de peligrosísimos conflictos con los Estados Unidos que acaso surgirían del compromiso de pagar subvenciones que el estado de nuestro erario jamás podría cumplir. El señor Díaz, fiando la seguridad de evitar esos conflictos precisamente a la transformación económica, por ende financiera, que el país sufriría a consecuencia de la realización de los ferrocarriles proyectados, se atrevió a contraer obligaciones nacionales que importaban muchos millones de pesos, en momentos en que nuestro erario estaba exhausto y no había dinero en las arcas para pagar los haberes del ejército.

Efectivamente, la cuestión financiera amenazaba paralizar todo el impulso del presidente hacia las mejoras materiales de carácter nacional; desorganizada completamente la frontera del norte por la complacencia o debilidad de las autoridades locales para con los reyes del contrabando, éste tomaba proporciones colosales, las plazas del interior de la República se inundaban de efectos mercantiles fraudulentamente importados, y el *krac* de las rentas aduanales había producido una especie de pavoroso malestar, porque se juzgaba irremediable. Vino a complicarlo todo la lucha política, no la que buscaba el favor del país elector, ni alfabeta ni inteligente, que vota en segundo grado, sino la que disputaba la preponderancia en el ánimo del presidente, que tenía ya suficiente autoridad moral para que una indicación suya fuese acatada por los colegios electorales. Pero el término presidencial se acercaba; el general Díaz tiró entonces las muletas de Sixto V,

rompió resueltamente con sus consejeros íntimos que querían imponerle un candidato; escogió el suyo, lo puso de hecho a la cabeza del ejército, y en medio de una situación preñada de amenazas, pero no exenta de esperanzas, dejó el poder a uno de los más audaces, de los más bravos, de los más leales de sus colaboradores revolucionarios. La nación estaba perpleja ante el nuevo presidente. El general González era todo un soldado. ¿Era un hombre de gobierno?

Hubo una gran esperanza; el nuevo ministerio se componía de ciudadanos probos, el ex presidente Díaz formaba parte de él; hubo claramente un movimiento de ascensión. Las grandes empresas ferroviarias internacionales parecían sembradoras de *dollars* en el surco inmenso que acotaban los rieles desde la frontera al centro del país; la cosecha inmediata consistía en el trabajo remuneratorio como jamás lo había sido para el bracero y el obrero mexicano; observóse, a compás de la plenitud de las arcas fiscales, a los empleados contentos, al ejército mimado y al espíritu de empresa subido al rojo-blanco por el foco de calor, de patriotismo, de amor a la fortuna y amor al progreso que el nuevo ministro de Fomento, Pacheco, llevaba en el alma. Al arrimo de esa situación se proyectó todo: colonizaciones, irrigaciones, canalizaciones, quiméricos ferrocarriles interoceánicos en Tehuantepec, formación artificial de puertos que no existían en el Golfo, esbozos de marinas nacionales, creadas de golpe, y poderosas instituciones bancarias en que parecía que el capital mexicano debía afluir para abrir a la industria y al comercio en el nuevo periodo que apuntaba en el horizonte. Por desgracia, al hecho positivo de la construcción de las vías férreas, que, para ser productivas, exigían otras y otras, y una red entera que fuese cubriendo el suelo nacional, se aunaba lo precario, por transitorio,

del auge creado por el dinero americano invertido en las construcciones, auge que a algunos financieros pareció indefinido. A la sombra de esa engañosa bonanza, el desorden y la imprevisión administrativa se hicieron habituales; el interés del país fue, en manos de los especuladores, un instrumento de medro personal; un vértigo de negocios se apoderó de muchos y hubo más de un funcionario público que realizase, como por ensalmo, pingüe fortuna, poniendo al servicio de los negociantes sus influencias y sus codicias. A nada de esto era extraño el presidente nuevo: hombre de perfecto buen sentido, incapaz ni de temor ni de duplicidad, se sobreponía en él, no sé qué espíritu de aventura y de conquista que llevaba incorporado en su sangre española, y que se había educado y fomentado en más de veinte años de incesante brega militar en que había derrochado su sangre y su bravura. El general González es, en el sentir del que esto escribe, aunque todos estos juicios sobre acontecimientos de ayer son revisables, un ejemplar de atavismo: así debieron ser los compañeros de Cortés y Pizarro y Almagro: física y moralmente así. De temple heroico, capaces de altas acciones y de concupiscencias soberbias, lo que habían conquistado era suyo y se erizaban altivos y sañudos, ante el monarca, así fuese Carlos V o Felipe II, para disputar su derecho y el precio de su sangre. El presidente creía haber conquistado a ese precio, en los campos de Tecoac, el puesto en que se hallaba; era suyo y lo explotaba a su guisa.



Concluyó el periodo de gastos de las construcciones ferroviarias, cesó el Pactolo de correr, vino la escasez del erario y luego su impotencia para pagar los más necesarios servicios administrativos, crecieron las tergiversaciones, los expedientes, el recurso cotidiano a maniobras inconfesables; y los negocios, sin embargo, no cesaban. La protesta de que se hacía la prensa eco, bien reflexivo y victorioso

y desmandado más allá de todo límite de pudor y de equidad, partía del fondo de esa especie de irreductible honradez de la conciencia social mexicana. No cabía negarlo; cuando se abrió el periodo electoral ya no fue posible tomar medida alguna; una moneda nueva que acaso tenía sus ventajas, fue considerada como moneda falsa, y en rabiosa asonada popular, que parecía más bien un arqueo, una náusea social, fue regurgitada y tornada imposible; un contacto necesarísimo en principio, aunque censurable en sus cláusulas, pero que era condición *sine qua non* del restablecimiento de nuestro crédito exterior, el reconocimiento de la deuda inglesa, fue juzgado como indenominable atentado; suponiéronse, con evidente exageración, negocios fabulosos hechos a la sombra del convenio, y como era en las postrimerías administrativas de aquella situación, y como el presidente electo era el general Díaz, y todos consideraban rotos los compromisos con los que se iban y no volverían, porque efectivamente no podían volver, una oposición parlamentaria nació y creció como el mar al soplo del huracán, la sociedad se arremolinó encrespada en torno de los tribunos parlamentarios, ahogó las explicaciones de los defensores del gobierno con la elocuencia de los oradores, que a veces fue admirable, con los gritos sin término de imberbes energúmenos que arrastraban a las masas estudiantiles y populares, y con el ruido de los aplausos y las exclamaciones de entusiasmo de las señoras y los hombres de orden.

En medio de esta lección dada al gobierno que salía y al que iba a entrar que mostraba cuán rápidamente podía alejarse el poder de la conciencia pública y cuán lejos estaba todavía el pueblo de la educación política, comenzó la nueva administración del general Díaz, desde entonces indefinidamente refrendada, más que por el voto, por la voluntad nacional.

Algo así como una colérica unanimidad había vuelto al antiguo caudillo de la revolución al poder; los acontecimientos de la capital parecían indicio cierto del estado precario de la paz y de la facilidad con que podría caerse en las viejas podadas de la guerra civil; la anarquía administrativa y la penuria financiera daban a la situación visos de semejanza con la del periodo final de la legalidad en 76, y a todos parecía que se habían perdido ocho años y que habría que recomenzarlo todo; la opinión imponía el poder al presidente Díaz como quien exige el cumplimiento de un deber, como una responsabilidad que se hacía efectiva.

En la enorme bancarrota política de ochenta y cuatro, el pasivo era abrumador; había que rehacer nuestro crédito en el exterior, sin el cual no habríamos podido encontrar las sumas necesarias para llevar a cabo las grandes obras del porvenir, haciendo recaer la obligación principal sobre el porvenir así favorecido, y esa obra parecía imposible vista la impopularidad ciega del reconocimiento de la deuda inglesa, clave de ese crédito; había que rehacer la desorganizada Hacienda y era preciso comenzar por una suspensión parcial de pagos; había que prestigiar la injusticia, que imponer el respeto a la ley, que deshacer ciertas vagas coaliciones de los gobiernos locales, señal segura de debilidad morbosa en la autoridad del centro; había que dar garantías serias, tangibles, constantes al trabajo en su forma industrial, agrícola, mercantil... tal era el pasivo. En su activo contaba la nueva administración con los grandes ferrocarriles hechos y con el nombre del general Díaz. Pero para que el presidente pudiera llevar a cabo la gran tarea que se imponía, necesitaba una máxima suma de autoridad entre las manos, no sólo de autoridad legal, sino de autoridad política que le permitiera asumir la dirección efectiva de los cuerpos políticos, cá-



maras legisladoras y gobiernos de los Estados; de autoridad social, constituyéndose en supremo juez de paz de la sociedad mexicana con el asentimiento general, ese que no se ordena, sino que sólo puede fluir de la fe de todos en la rectitud arbitral del ciudadano a quien se confía la facultad de dirimir los conflictos; y de autoridad moral, ese poder indefinible, íntimamente ligado con eso que equivale a lo que los astrónomos llaman la ecuación personal, el modo de ser característico de un individuo que se exterioriza por la claridad absoluta de la vida del hogar (y el del general Díaz ha estado siempre iluminado por virtudes profundas y dulces, capaces de servir de mira y ejemplo) y por la condición singularísima de no llegar jamás al envanecimiento ni al orgullo a pesar del poder, de la lisonja y de la suerte; tales fueron los elementos inestimables de esa autoridad moral.

Con estos factores, la obra marchó no sin graves tropiezos; la exigencia general en el país y fuera del país, en cuantos habían entrado en contacto con los asuntos nuestros, en los tenedores de obligaciones mexicanas, en los anticipadores del ya enorme capital invertido en las vías férreas, era clara, apremiante, imponente; exigíase la seguridad plena de que el general Díaz había de continuar su obra hasta dejarla a salvo de accidentes fatales. A esta seguridad dio satisfacción, dentro de lo humanamente previsible, el restablecimiento, primero parcial y luego total y absoluto del primitivo texto de la Constitución, que permitía indefinidamente la reelección del presidente de la República.

Con esta medida había quedado extinguido el programa de la revolución tuxtepecana: sus dogmas que, bajo la apariencia de principios democráticos, envolvían, como todos los credos jacobinos, la satisfacción de una pasión momentánea, satisfacción propicia a calentar la lucha y

precipitar el triunfo, y el desconocimiento absoluto de las necesidades normales de la nación, habían muerto uno por uno: era un programa negativo fundamentalmente compuesto de tres aboliciones: el Senado, el timbre, la reelección; ninguna había podido quedar en pie. Ni siquiera había suscitado un grupo dominante de hombres nuevos, sino muy a medias: vencidos y vencedores se distribuían en paz el presupuesto. No había resultado de aquella honda y sangrienta conmoción, más que una situación nueva; pero, esta situación nueva era una transformación: era el advenimiento normal del capital extranjero a la explotación de las riquezas amortizadas del país, y era ésta, no huelga decirlo aquí, la última de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de la Independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional; la de la Reforma que dio vida a nuestra personalidad social, y la de la Paz que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total. Para realizar la última, que dio todo su valor a las anteriores, hubimos de necesitar, lo repetiremos siempre, como todos los pueblos en las horas de las crisis supremas, como los pueblos de Cromwell y Napoleón, es cierto pero también como los pueblos de Washington y Lincoln y de Bismarck, de Cavour y de Juárez, un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; este hombre fue el presidente Díaz.



Una ambición, es verdad, ¿capaz de subalternarlo todo a la conservación del poder? Juzgará la posteridad. Pero ese poder que ha sido y será en todos los tiempos el imán irresistible, no de los superhombres del pensamiento quizás, pero sí de los superhombres de la acción, ese poder era un *desideratum* de la nación; no hay en México un solo ciudadano que lo niegue ni lo dude siquiera. Y esa

nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicitase, pero sin que equivocase esta formidable responsabilidad ni un momento; ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. Pero México tiene confianza en ese porvenir, como en su estrella el presidente; y cree que realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. ¡Que no se equivoque!...

Sin violar, pues una sola fórmula legal, el presidente Díaz ha sido investido, por la voluntad de sus conciudadanos y por el aplauso de los extraños, de una magistratura vitalicia de hecho; hasta hoy por un conjunto de circunstancias que no nos es lícito analizar aquí, no ha sido posible a él mismo poner en planta su programa de transición entre un estado de cosas y otro que sea su continuación en cierto orden de hechos. Esta investidura, la sumisión del pueblo en todos sus órganos oficiales, de la sociedad en todos sus elementos vivos, a la voluntad del presidente, puede bautizársele con el nombre de dictadura social, de cesarismo espontáneo, de lo que se quiera, la verdad es que tiene caracteres singulares que no permiten clasificarla lógicamente en las formas clásicas del despotismo. Es un gobierno personal que amplía, defiende y robustece al gobierno legal, no se trata de un poder que se ve alto por la creciente depresión del país, como parecen afirmar los fantaseadores de sociología hispanoamericana, sino de un poder que se ha elevado en un país que se ha elevado proporcionalmente también, y elevado, no sólo en el orden material, sino en el moral.

porque ese fenómeno es hijo de la voluntad nacional de salir definitivamente de la anarquía. Por eso si el gobierno nuestro es eminentemente autoritario, no puede, a riesgo de perecer, dejar de ser constitucional, y se ha atribuido a un hombre, no sólo para realizar la paz y dirigir la transformación económica, sino para ponerlo en condiciones de neutralizar los despotismos de los otros poderes, extinguir los cacicazgos y desarmar las tiranías locales. Para justificar la omnímoda autoridad del jefe actual de la República, habrá que aplicarle, como metro, la diferencia entre lo que se ha exigido de ella y lo que se ha obtenido.

En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada a las otras fases de su evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa. Cuantos pasos se han dado por estos derroteros, se han detenido al entrar en contacto con el recelo del gobierno y la apatía general: eran, pues, tentativas ficticias. El día que un partido llegara a mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía un órgano.

Pero si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto no anticipamos con firme seguridad el fallo de nuestros posteros, en que la transformación ha sido sorprendente. Sólo para los que hemos presenciado los sucesos y hemos sido testigos del cambio, tiene éste todo su valor; las páginas del gran libro que hoy cerramos lo demuestran cumplidamente: era un ensueño —al que los más optimistas asignaban un siglo para pasar a la reali-

dad—, una paz de diez o veinte años; la nuestra lleva largo un cuarto de siglo; era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario que uniera los puertos y el centro con el interior y lo ligara con el mundo, que sirviera de surco infinito de fierro en donde arrojado como simiente el capital extraño, produjese mieses opimas de riqueza propia; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se ha realizado, y todo se mueve, y todo está en marcha y *México: su evolución social* se ha escrito para demostrarlo así, y queda demostrado.

La obra innegable de la administración actual, por severamente que se juzgue, no consiste en haber hecho el cambio, que acaso un conjunto de fenómenos exteriores hacían forzoso y fatal, sino en haberlo aprovechado admirablemente y haberlo facilitado concienzudamente. En esta obra nada ha sido más fecundo para el país —y la historia lo consignará en bronce— que la íntima colaboración de los inquebrantables propósitos del presidente y de las convicciones y aptitudes singulares del que en la gestión de las finanzas mexicanas representa los anhelos por aplicar a la administración los procedimientos de la ciencia. A esa colaboración se debe la organización de nuestro crédito, el equilibrio de nuestros presupuestos, la libertad de nuestro comercio interior y el progreso concomitante de las rentas públicas. A ella se deberá, se debe ya quizás, que se neutralicen, y por ventura se tornen favorables para nosotros, los resultados del fenómeno perturbador de la depreciación del metal blanco, que fue el más rico de nuestros productos consumibles y exportables, fenómeno que si por un lado ha sido, con la facilidad de las comunicaciones y la explotación de las fuerzas naturales, un factor soberanamente enérgico de nuestra vida industrial, por otro amenazaba, por las fluctuaciones

del cambio, aislar, circunscribir y asfixiar nuestra evolución mercantil. El haber es, pues, imponderable en el balance que se daba de las pérdidas y ganancias al fin de la era actual.

Existe, lo repetimos, una evolución social mexicana; nuestro progreso, compuesto de elementos exteriores, revela, al análisis, una reacción del elemento social sobre esos elementos para asimilárselos, para aprovecharlos en desenvolvimiento e intensidad de vida. Así nuestra personalidad nacional, al ponerse en relación directa con el mundo, se ha fortificado, ha crecido. Esa evolución es incipiente sin duda: en comparación de nuestro estado anterior al último tercio del pasado siglo, el camino recorrido es inmenso; y aun en comparación del camino recorrido en el mismo lapso por nuestros vecinos, y ése debe ser virilmente nuestro punto de mira y referencia perpetua, sin ilusiones, que serían mortales, pero sin desalientos, que serían cobardes, nuestro progreso ha dejado de ser insignificante.

Nos falta devolver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que han sabido fecundarla, por medio de irrigación; nos falta, por este medio con más seguridad que por otro alguno, atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha crecido a otro medio inferior, lo que no sería una evolución, sino una regresión. Nos falta producir un cambio completo en la mentalidad del indígena por medio de la escuela educativa. Ésta, desde el punto de vista mexicano, es la obra suprema que se presenta a un tiempo con caracteres de urgente e ingente. Obra magna y rápida, porque o ella, o la muerte.

Convertir al terrígena en un valor social (y sólo por

nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de una patria grande y feliz; crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspire a realizarlo, y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo.

El enemigo es íntimo; es la probabilidad de pasar del idioma indígena al idioma extranjero en nuestras fronteras, obstruyendo a la lengua nacional; es la superstición que sólo la escuela laica, con su espíritu humano y científico, puede combatir con éxito; es la irreligiosidad cívica de los impíos que, abusando del sentimiento religioso inextirpable en los mexicanos, persisten en oponer a los principios, que son la base de nuestra vida moderna, los que han sido la base religiosa de nuestro ser moral; es el escepticismo de los que, al dudar de que lleguemos a ser aptos para la libertad, nos condenan a muerte.

Y así queda definido el deber; educar quiere decir fortificar: la libertad, médula de leones, sólo ha sido, individual y colectivamente, el patriotismo de los fuertes; los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad.

CARACTERES GENERALES O UNIDAD DEL MÉTODO POSITIVO O CIENTÍFICO

por Porfirio Parra

1. El conocimiento científico, coordinado y arreglado convenientemente, resume la sabiduría humana, o conjunto de verdades así del orden teórico, como del práctico, que el hombre ha llegado a poseer acerca de sí mismo y de los fenómenos que le rodean. Tal conjunto de conocimientos nos da a conocer lo que la Naturaleza es, y nos enseña además a obrar sobre ella para modificar, en ventaja nuestra, el curso espontáneo de los fenómenos.

Cuando sabemos lo que la Naturaleza es, adquirimos el don de prever los sucesos, pues estando los hechos enlazados por leyes de coexistencia y sucesión que constituyen sus condiciones de producción, conociendo estas condiciones, conoceremos también el producto de ellas, o sea el fenómeno o fenómenos que de su seno surgieren.

Estando muchas veces en nuestra mano modificar esas condiciones, modificaremos asimismo, en el sentido de nuestros deseos, los fenómenos que deben producirse, ya impidiéndolos, ya favoreciéndolos, ya modificándolos. Tal es la clave de la intervención sabia del hombre en la Naturaleza, tal es el vínculo entre la teoría y la práctica, la primera enseñándonos simplemente a conocer, y por tanto a prever: la segunda enseñándonos a obrar, basando siempre nuestra acción en el conocimiento positivo y real de los fenómenos, en los cuales queremos intervenir. Augusto Comte condensó las relaciones entre la teoría y la

práctica en los siguientes sapientísimos apotegmas: Saber para prever. Prever para obrar.

2. El carácter común a los conocimientos coordinados en el método científico es referirse a hechos positivos, basarse en ellos, comprobarse por ellos, propender a ellos. La palabra positivo suele, por un abuso de su acepción usual, ser tomada de mala parte, sugiere en tal caso la idea de que el método positivo sólo se compone de hechos. Esto es grande y capital error, sobre todo si por hecho se entiende sólo aquello que puede afectar nuestros sentidos. No, el método positivo no sólo comprende hechos, sino las relaciones, las ideas, los conceptos, las leyes que resulten de la conveniente interpretación de los hechos. Y suele suceder con mucha frecuencia, como lo hemos hecho notar en páginas anteriores, que la parte ideal o intelectual de la operación predomine tanto sobre la parte sensorial o material que, a primera vista, se tomarían tales elaboraciones por productos puramente subjetivos.

3. Augusto Comte en su magnífico *Discurso sobre el espíritu positivo*, se ocupa en fijar la acepción de la palabra a que nos referimos. La Metodología debe apropiarse las investigaciones del gran filósofo, pues lo sano de las ideas por él emitidas nada deja que desear, y como son la más fiel interpretación de la labor científica, se hermanan con aquélla a maravilla.

El fundador de la Filosofía Positiva expresa varios de los caracteres consignados en este calificativo, haciéndolos resaltar por el fecundo método de los contrastes. Nos fijaremos en dos de ellos. Lo positivo, según el gran pensador, es lo que se opone a lo negativo, quiere decir, es lo que afirma, no lo que niega; lo que construye y no lo que destruye, lo que edifica y no lo que arrasa.

El saber positivo es, pues, esencialmente constructor, el material del conocimiento debe elaborarse para llegar

a una afirmación que engendre el convencimiento, el cual decide a la acción. El punto de vista afirmativo es de tal manera dominante en la ciencia, que muchas veces se conserva una hipótesis o una ficción representativa, no obstante sus marcadas deficiencias, mientras no se la pueda reemplazar convenientemente por otra, para no perder los elementos de coordinación, enlace y cohesión que proporciona al espíritu.

El viejo sistema de Ptolomeo estaba tan recargado de epiciclos y excéntricas, que su extrema complicación saltaba ya a la vista; conocida es a este propósito la frase del rey don Alfonso de Castilla, llamado por antonomasia el Sabio; pues bien, tal sistema, con todas sus imperfecciones, fue cuidadosamente conservado hasta que el de Copérnico estuvo dispuesto a reemplazarlo.

No significa esto que el método científico se oponga a la innovación, al contrario, la prescribe y aun la impone, pues estando continuamente a caza de hechos y de relaciones de hechos, los viejos moldes llegan a ser, en ocasiones, insuficientes y estrechos, y se siente la necesidad de reemplazarlos; pero para ejecutar este reemplazo, impone el método científico la mayor cautela, los mayores miramientos, la mayor prudencia, en fin, prescribiendo formalmente no desechar una idea, una concepción o una hipótesis, sino cuando se tenga la certeza de reemplazarla por otra mejor.

Tal modo de proceder garantiza en el orden científico el verdadero progreso, el que se realiza sin sacrificios y por el solo curso de las cosas, el que no desecha más que lo decrépito y lo inútil, teniendo en la mano, para sustituirlo con ventaja, lo que es lozano, fresco y útil. El método científico condena, pues, la revolución, sustituyéndola con la evolución, imitando así los procedimientos de la Naturaleza: la flor no se marchita sino cuando se ha

consumado la fecundación del germen y está garantizada la madurez del fruto.

4. Otro carácter del espíritu positivo, puesto vigorosamente en relieve por Augusto Comte, consiste en propender sin cesar a los hechos. Dijimos ya, que es un error grosero acusarle de que sólo busca hechos, de que sólo se compone de hechos. No es verdad, los hechos son simplemente el punto de partida del conocimiento, su punto de llegada o el término a que el saber tiende, y el medio de comprobar continuamente el conocimiento.

En buena Metodología se admite ya, salvo contadas y en verdad obstinadas disidencias, que los hechos son el origen del conocimiento. Desde el viejo de Estagira hasta los psicólogos de nuestros días, que han estudiado la cuestión, desentendiéndose de los intereses de cierta doctrina, han propendido a reconocer, y hoy se reconoce ya, que en el comercio continuo e incesante del objeto y el sujeto, la impresión objetiva es el excitante de la actividad subjetiva, las ideas y todos los productos del pensamiento proceden siempre de hechos, reconociéndolos, ostensiblemente o no, como materia prima. Sin los hechos, que la despiertan y ponen en actividad, la inteligencia sería una energía en estado latente, que no entraría en acción por no haberse presentado para ello la ocasión propicia.

El espíritu positivo propende también incesantemente a los hechos; ya lo dijimos, conocemos, para operar, para intervenir, la práctica, o sea la mejora de la condición humana por medio de la sabia intervención del hombre, se encuentra siempre como en un término lejano en el horizonte científico.

Sin embargo, la aplicabilidad, siempre posible, de todo conocimiento positivo no debe preocupar al investigador, quien debe proseguir sus labores, aunque por lo pronto no alcance qué utilidad práctica pueda sacarse de ellas.

ugusto Comte recomienda con insistencia este punto, cordando las palabras del ilustre Condorcet, en que éste ıcía notar que las investigaciones puramente especulavas de los geómetras griegos sobre las secciones cónicas, ın llegado a ser hoy la garantía del marino que surca s mares.

5. Conforme al método positivo, el conocimiento debe ›nstantemente ser comprobado por los hechos. El funıdor de la Filosofía Positiva, echando mano de un conaste, luminoso como todos los suyos, hace ver que el píritu positivo se funda en hechos y no en creaciones ıramente subjetivas del espíritu. Significa tal sentencia ıe la experiencia debe ser la piedra de toque del conomiento, el cual sólo es verdadero cuando una experiena, convenientemente instituida, lo declara tal, protesındo así contra una tendencia opuesta del espíritu umano, que, datando desde la cuna de la Filosofía, y :niendo en el siglo XVII por representante al muy ilustre)escartes, conserva todavía partidarios en nuestros días. sta tendencia, que, sin vacilar, calificamos de viciosa y ılaz, consiste en dotar a nuestro espíritu de la facultad e adivinar, por decirlo así, a la Naturaleza; de llevar en mismo, antes de toda experiencia, independientemente e toda experiencia y por encima de toda experiencia, un :iterio que le permitiese distinguir lo verdadero de lo ılso.

Ninguno proclamó con tanta franqueza y energía como)escartes semejante modo de ver; para ese gran filósofo ›do lo que era absurdo era falso, todo lo que era evidente ra cierto; la Naturaleza se sometería como dócil vasallo las decisiones de nuestro espíritu, ataría lo que nuestro spíritu ata, no podría atar lo que nuestro espíritu repuga asociar.

En el desenvolvimiento general del espíritu humano,

el sistema de Descartes fue un elemento activo de progreso, porque, proclamando abiertamente el libre examen en materias filosóficas, como lo había proclamado Lutero en asunto de fe, infundió al hombre audacia para romper las pesadas trabas de la tradición y de la autoridad.

Mas la ciencia contemporánea, si bien reconoce en el sistema cartesiano la virtud de animarnos a salir de un error, no puede admitir en él la eficacia necesaria para conducirnos siempre a la verdad. En lo que se refiere al orden de la Naturaleza, sólo el estudio de la misma Naturaleza puede ilustrarnos, y no la opinión que sobre ese orden hayan tenido los genios más esclarecidos. Colón, que había estudiado objetivamente la cuestión de la forma de la Tierra, tuvo razón contra la junta de Salamanca que le condenaba en nombre de los Padres de la Iglesia, es decir, invocando un criterio subjetivo. Asimismo Galileo, fundado en la autoridad de los hechos, estaba en lo cierto, mientras que la Inquisición de Roma estaba en lo falso, porque se apoyaba simplemente en textos. No se invoque el ejemplo de la Matemática contra lo que venimos diciendo. En el curso de esta obra creemos haber demostrado que los axiomas matemáticos, que la demostración misma, tienen por fundamento y garantía la experiencia. Por tanto, aunque parezca otra cosa, la Matemática es también ciencia de origen experimental y de criterio experimental.

6. El enlace, que nuestro espíritu percibe en los hechos, constituye casi en su mayor parte el método positivo; sea de un modo provisional, sea definitivamente, los hechos que forman el material del saber se presentan casi siempre enlazados. Los hechos aislados, y desprendidos, por decirlo así, de los otros, forman una verdadera excepción, y sólo se encuentran ejemplos de ellos en las primeras investigaciones que, sobre alguna sección poco co-

nocida de fenómenos naturales, se emprenden. Apenas esta investigación avanza, aunque sea muy poco, cuando los hechos se enlazan, ya sea porque se descubren relaciones entre ellos y los de otro orden, o entre esos fenómenos mismos.

Cuando en el siglo XVIII comenzaron a estudiarse los fenómenos eléctricos, la chispa fue un hecho *sui generis*, sin parentesco ni parecido con los otros, a medida que avanzó el estudio de tan importante energía, esa su manifestación fue poco a poco catalogándose y clasificándose, mediante ordinaciones, coordinaciones, análisis y síntesis, y hoy no es ya un hecho destacado y suelto, sino incorporado, incrustado en el conjunto del saber y asimilado a él.

Algo semejante se observó por muchos siglos con los monstruos. Fueron considerados como hechos aislados, no sometidos a ley alguna, como verdaderos caprichos o juegos de la Naturaleza, así lo declaraba el vocablo latino compuesto *lusus naturae* con el cual se pretendía explicar su procedencia. Mas, desde las luminosas investigaciones de Geofroy Saint-Hilaire, tales hechos recibieron plena y total elaboración, es decir, fueron catalogados, luego clasificados, y por último, explicados.



7. El método se compone, pues, de hechos que forman su material, y del enlace de los hechos que arregla y determina la estructura del conjunto; las operaciones metodológicas se refieren, pues, al acopio o modo de recoger los hechos, o al modo de enlazarlos.

En todas las ciencias, sean del orden que fueren, pueden notarse, desempeñando un papel activo, estas dos clases de operaciones. En la Matemática, por el carácter especial de los hechos que le son propios, la parte relativa al acopio y a la confrontación de hechos es de muy poco bulto al lado de las operaciones de elaboración, que ocu-

pan, llenándolo casi, el recinto de esta ciencia; mas existe, sin embargo, esa parte del método, y es muy visible en las aplicaciones de la Matemática, cuando se realiza el paso de lo concreto a lo abstracto o de lo abstracto a lo concreto: sucede lo primero al poner el problema en ecuación, lo segundo al interpretar y aplicar a cierta categoría de hechos la solución del problema. Casi toda la técnica del arte del ingeniero se reduce a operaciones que se refieren, no a elaborar los hechos, operación confiada a la Matemática pura, sino a tomar nota de ellos, a identificarlos, a confrontarlos.

En las ciencias que se ocupan de fenómenos muy complejos sucede lo contrario, allí la parte del método que se refiere al acopio o anotación de los hechos, adquiere un desarrollo tan grande que muchos la toman por la ciencia toda, resultando de aquí el sofisma de tomar por verdadera ciencia a un instrumento de ella. En los estudios de Patología y en los de Sociología se nota muy a las claras este fenómeno, y la mala interpretación que a él puede darse, pues la estadística, simple medio de contar ordenadamente los hechos es para muchos una ciencia completa.

8. Inútil sería extenderse mucho sobre lo muy importante que es, para el progreso de la ciencia, la mejora en los medios destinados a tomar nota de los hechos, a identificarlos, o a reconocerlos. La Astronomía ha caminado con pasos de gigante, desde que los progresos de la Óptica permitieron construir anteojos y telescopios. Las ciencias biológicas han progresado también enormemente desde la aplicación sistemática del microscopio a los fenómenos correspondientes, y el análisis espectral ha permitido a la ciencia tener datos positivos y ciertos sobre la composición química de los cuerpos celestes.

La parte de método que se refiere a la elaboración de

los hechos tiene, como ya lo hemos visto, más importancia todavía; esta parte pone en ejercicio dos formas fundamentales de la inteligencia, la facultad de abstraer, que nos conduce a la generalización simple, y la facultad de razonar que nos lleva a la formación de inferencias.

9. Apenas los hechos se someten a esta elaboración sufren las más radicales transformaciones; desde luego pierden su carácter concreto e individual, para tomar la forma abstracta y general. La ciencia no consigna hechos particulares, que sólo le sirven de materia prima, consigna hechos generalizados, ideas, nociones, conceptos y leyes. Platón lo había expresado ya, diciendo que los individuos no son objetos de ciencia.

En la parte de elaboración de los hechos que depende de la facultad de abstracción, debe notar el preceptista que los hechos, aunque disimulados, aunque velados, aunque transformados, existen allí sin embargo, como existen en la llama las partículas de carbón del cuerpo combustible, y se hacen visibles si se coloca en la llama una superficie metálica. Un círculo celeste que, a primera vista parecería una idealización pura, no es, sin embargo, más que el lugar geométrico de un conjunto de posiciones materiales, y ocupadas de hecho, ya simultáneamente por varios astros, ya sucesivamente por uno solo.

Debe notarse aún que las nociones basadas en la abstracción deben, para ser válidas y positivas, corresponder a una generalización real, con los dos elementos esenciales de ésta, el que expresa el acuerdo o semejanza reconocida entre los hechos, y el que representa el contraste entre el grupo de hechos abarcados por la generalización y el grupo opuesto de hechos que corresponde a otra generalización distinta.

A menudo se ha desconocido la importancia de este requisito por sabios y filósofos, ciertas palabras como la

Naturaleza, el ser, el ente, la esencia, lo absoluto, han sido tomadas como verdaderas generalizaciones, más aún, como generalizaciones supremas, que reducían a un concepto monístico nuestras ideas sobre el mundo, cuya forma más simple sería a lo sumo un concepto dualístico.

Es un error, la palabra Naturaleza, por ejemplo, no abrevia más que el lenguaje, no representa dos conceptos fundidos en uno por una generalización más vasta, es por consecuencia un pseudo-concepto y no un concepto real; pues carece de término opuesto que le dé realidad. Es verdad que podemos oponer la Naturaleza a alguna porción de ella, y en tal caso sí existe entre ambos términos un contraste efectivo, caso particular del que se verifica entre el todo y cada una de sus partes. Mas no es así como los filósofos monistas han entendido y usado este concepto, cuando quisieron reducir a él los correspondientes a una generalización menor, como cuando en la idea de objeto se funden y resumen los conceptos de fuerza y materia.

La parte del método que se refiere a la elaboración de los hechos por medio de las operaciones que implican la abstracción, está destinada a ejecutar lo que en el estudio analítico del método hemos llamado ordinación y coordinación de los hechos. Su importancia es muy grande, mas por mucha que sea no puede por sí sola formar ciencia, pues necesita para ello ser completada por las operaciones que le siguen, las que dependen del razonamiento, y haber tenido como preliminares las que tienen por objeto el acopio o anotación de los hechos.

El objeto capital de la parte del método que estudiemos es disponer los hechos de tal suerte que resulten sus analogías o semejanzas, sus contrastes o diferencias, que se pueda advertir cómo, en los hechos así arreglados, crece y decrece algún elemento de estudio. Por tanto, si

después de someter los hechos a esta primera elaboración, se ha logrado ordenar lo desordenado, aclarar lo confuso, desenredar lo enmarañado, encasillar lo revuelto, la labor no está aún terminada, como la tela no está tejida cuando el tejedor ha puesto los hilos en orden en el telar. Aún falta, para coronar la obra, ligar por leyes, acto del razonamiento, los hechos paralelamente dispuestos.

A la verdad en Zoología y en Botánica, ciencias concretas de las formas vivas, se dio un paso de gigante cuando se clasificaron éstas conforme al método natural; las animadas y vivas descripciones que Buffon había hecho de cada especie animal, si bien interesantes y ejecutadas con maestría, no podrían desde el punto de vista de la coordinación de los hechos, suplir a una buena clasificación; con esta última se abarca de una ojeada, por decirlo así, el conjunto de los reinos, animal y vegetal, las semejanzas y diferencias de los seres son reveladas por el sitio que en la clasificación les corresponde. Se puede ver cómo, a través de un reino orgánico, se desarrolla tal o cual aparato, se reducen algunos otros, se puede adquirir una idea clara del modo como la vida se perfecciona a medida que el organismo se diversifica y se complica.

Pero ningún naturalista sostendrá que la clasificación, por mucho que sea, lo sea todo; al ejecutarla no se ha hecho más que preparar el terreno para las grandes inducciones, necesario preliminar de las deducciones, y esta última elaboración de los hechos, por medio de operaciones que dependen del raciocinio, es la que convierte en ciencia lo que primero fuera masa confusa, y luego masa ordenada de hechos.

10. La generalización inductiva, la que asocia en una ley los hechos previamentes grupados en nociones por la generalización simple, es el alma de esta elaboración, que constituye por excelencia la labor científica. Antes de

llegar a ella la ciencia ha hecho labor preparatoria, cuando formula las leyes ejecuta labor definitiva. La elaboración preliminar, ejecutada por medio de la generalización simple, nos permite sólo contemplar la Naturaleza en su orden y armonía, percibiendo las semejanzas y advirtiendo los contrastes. La labor definitiva, que consiste en formular leyes por inducción, nos permite, no sólo contemplar, sino comprender y obrar; por medio de ella podemos prever, y la capacidad de acción, permitiéndonos intervenir.

La Naturaleza deja de ser un conjunto de conceptos, para trocarse en un vasto laboratorio, cuyo agente es el hombre, empleando como medios los resortes conocidos que producen o impiden la aparición de los fenómenos.

Mas para llegar a este resultado feliz, no basta la inducción sola, requiérese el auxilio de la deducción, su necesario complemento. Vedado está a la inteligencia del hombre adquirir el conocimiento intuitivo o directo, que sólo tiene por esfera la sensibilidad; por tanto, tiene que hacer un rodeo, que valerse de un intermedio, que consiste en las relaciones, generalizaciones o leyes, colocadas entre los hechos que son el estímulo de la acción, y los hechos que son su deliberado término.

Nos es, pues, forzoso, por una especie de movimiento ascensional, pasar primero de los hechos a la ley, y en seguida por un *procesus* opuesto, que figuradamente hablando llamaremos movimiento de descenso, pasar de la ley o de las leyes a los hechos. Y esta necesidad no sólo se hace sentir en el orden práctico, sino que también se realiza en el orden puramente especulativo.

Las grandes inducciones astronómicas nos han permitido elevarnos de los movimientos particulares de los astros, a las grandes leyes que son el resorte de la Mecánica Celeste; mas cuando se nos presenta un astro nuevo, o

queremos aplicar a la ciencia de un astro el conjunto de nuestros conocimientos, nos vemos obligados a desandar el camino, por decirlo así, y a aplicar al caso particular las grandes generalizaciones astronómicas. Si las leyes quedan privadas de fundamento y sostén cuando se las priva de los hechos que les sirvieron de apoyo, carecen de objeto, perdiendo, en consecuencia, toda su importancia, si, prescindiendo de los hechos a cuyo conocimiento deben aplicarse, quedan reducidas a simples fórmulas sabias, destinadas a permanecer en los archivos del saber humano, como ejemplos curiosos de la paciencia del hombre.

Así, pues, la parte de método ejecutada por el raciocinio no sólo comprende la inferencia inductiva, sino también la deductiva. Ni los partidarios más ardientes de la inducción, ni el mismo Bacon, que como todos los espíritus vigorosos propendía al exclusivismo, y que podía gloriarse de haber descubierto el método inductivo, que los antiguos, incluso el egregio Aristóteles, habían ignorado, osó desconocer la deducción.

Por lo demás, el vasto y variado panorama de las ciencias, nos muestra que ninguna de ellas es exclusivamente inductiva, ni exclusivamente deductiva, sino que en cada una, según la índole de los fenómenos que abarca, la inducción y la deducción se mezclan en variables proporciones. Las Matemáticas, deductivas en sus procedimientos, son inductivas en sus fundamentos; la Química y la Biología, inductivas en sus procedimientos, son deductivas en sus tendencias, y habrán llegado a un alto grado de perfección cuando lo sean más de hecho.

La inducción incorporada a la Metodología y sistematizada por ella, constituye la operación analítica, poderoso instrumento de estudiar la Naturaleza; la deducción, formando cuerpo del método científico, constituye la operación sintética, que, llevándonos de nuevo a los casos par-

ticulares, completa y remata felizmente el estudio de la Naturaleza iniciado por el análisis.

El método formado de hechos debidamente observados y anotados, arreglados de un modo preliminar y previo por el ejercicio de la generalización simple, y de una manera definitiva y eficaz por el análisis y la síntesis, constituye el saber positivo distribuido en las diferentes ciencias.

Hemos considerado en este capítulo su unidad, estudiaremos en el capítulo que va a seguir sus variantes.

PANEGÍRICO DE BARREDA

Homenaje al maestro don Gabino Barreda, en el Teatro Arbeu, la noche del 22 de marzo de 1908

por JUSTO SIERRA

CON su espíritu lleno siempre de plácida curiosidad, inmutablemente sereno, como que su serenidad era del mismo mármol que la ciencia, pero apremiado constantemente por el afán de conocer cualquier fenómeno social en cualquiera de sus manifestaciones, aun las más microscópicas, el doctor Barreda se inclinaría con atención profunda, y no menos profunda aunque inquieta simpatía, hacia este movimiento que hoy presenciamos, este llegar atropellado y tumultuoso de la nueva generación, que en pos de quienes están parados ya en los umbrales de la virilidad y aun más acá, invoca con vocablos de guerra civil y anatemas de contienda religiosa, los ideales santos de nuestros padres, en gran parte realizados ya, y golpea sonoramente los broqueles del sentimiento juvenil con espadas descolgadas del arsenal de las bravas luchas de antaño por la Reforma y la emancipación social, tremolando como estandarte de batalla su nombre, el nombre de Barreda, del pensador, del fundador tranquilo que creyó cimentar sobre inconmovibles bloques la paz espiritual de la República.

¿Era ensoñar muy alto, era ponerse fuera de las condiciones de lo real acariciar este anhelo superhumano de concordia intelectual? ¿O era la intuición hondísima que hace percibir a los hombres geniales necesidades lógicas

que escapan a nuestros ojos vulgares y enciende ante los escogidos del pensamiento visiones radiosas en horizontes que las sombras del presente nos ocultan, visiones que surgirán indefectiblemente de la noche como esos astros vagabundos que a los ignorantes se nos antojan fulgentes aventureros del espacio y que el sabio, absorto en sus cálculos, mira venir al campo de su telescopio desde el abismo del tiempo, al través del infinito? ¡La paz en el mundo de las ideas no sólo es posible, es fatal, pensaba Barreda; las verdades que la ciencia ha demostrado, en que todos están conformes, abrazan todo el conocimiento: desde la matemática, en que las leyes son axiomas, hasta las leyes que rigen la inmensa complejidad de los fenómenos sociales que la ciencia reducirá a axiomas también; ellas proporcionan una base segura, indiscutida, a toda actividad mental; ahí ya no hay batalla, ahí no hay más que saber; todo es luz, ahí el espíritu, único dios de lo relativo, ha puesto su tabernáculo como el Dios de la Biblia erigió el suyo sobre la esfera rutilante del sol!

Dudemos; convengamos con el gran creyente cuyas enseñanzas, cuyos actos más bien, estaban llamados a trascender a todo el porvenir del intelecto mexicano, en que lo rigurosamente lógico sería esa fraternidad bajo la tienda de la ciencia en que todos caben como bajo la tienda de Isaías; lo indiscutible forma una religión de verdad que no puede tener herejes; ¡la ciencia, eso es lo indiscutible!... Dudemos; en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua escisión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos? La geometría

está al debate y varios de sus postulados son tenidos como opuestos a toda objetividad, a toda realidad; la ley de la atracción universal, base de la física del universo, la teoría cosmogónica de Laplace, explicación total del sistema planetario, si no han sido negadas, sí han sido sindicadas de deficientes para explicar grandes fenómenos del mecanismo universal; la ley fundamental de la física moderna: nada se crea, nada se pierde, todo se transforma, la ley de la conservación de la energía, parece destinada a modificaciones sustanciales, gracias a nuevas experiencias sobre la disociación y desvanecimiento de la materia; la química, que sólo pudo nacer cuando la alquimia, cuando la piedra filosofal, cuando la transmutación de los metales pasaron a la categoría de irrealizables quimeras y de recetas de charlatanes, se tropieza hoy, gracias a una aplicación de la actividad del *radium*, con la conversión de unos metales en otros, es decir, con la alquimia resucitada, y no por un brujo, sino por Ramsay, uno de esos taumaturgos de laboratorio que, a los ojos de los no iniciados, parecen elaborar lo sobrenatural en sus retortas. Las ciencias de la vida, que se gloriaban de tener por base su absoluta independencia de lo inorgánico; las que, según el apotegma de uno de los más ilustres biólogos, tenían por punto de partida la necesidad de lo vivo para producir lo vivo, se acercan cada día más al mundo físico-químico y comienzan a columbrarse en éste relámpagos fugitivos de vitalidad, bosquejos del puente que colmará ese abismo, que parece un reto a la lógica de la ley de evolución. Allí, en la biología, se detenía Barreda y su maestro Comte: ¿mas no basta esta especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías científicas, para hacer comprender que la bandera de la ciencia no es una enseña de paz? Y no lo es, no. Sobre las ciencias se han erigido esos inmensos edificios de ideas que, al intentar

explicar el universo y el destino del hombre, han tomado en los sistemas metafísicos todos los aspectos, y han servido de fortaleza y reparo a todas las pasiones; porque la suerte de las ideas es y será siempre que, al convertirse en sentimientos, único medio de conmover el alma de los pueblos, se humanicen por decirlo así, y tomen el color de todos los temperamentos y se enciendan con el calor de todos los corazones, y floten como pendones en todas las bregas y se llamen espiritualismo, positivismo, y hoy agnosticismo, y pragmatismo mañana. Y es que en sus formas metafísicas esas grandes síntesis completamente hipotéticas y probablemente quiméricas, porque en manos de la experimentación, el espíritu se ha vuelto complejo y la materia se ha desvanecido en fuerzas, confinan con la religión y son su alma en realidad, y las religiones matan a sus disidentes moralmente cuando materialmente no pueden; matan la palabra con el anatema; matan la resistencia, con la excomunión; matan con la hoguera la herejía; son estupendos organismos vivos que, como todo lo que vive, necesitan de la refacción perenne de la muerte.

Vedlo hoy mismo: para estos efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia, que es bueno mantener encendido en ellos, porque sólo así podrán ascender intrépidos la dura y alta escala de pórfido del conocimiento, para esta juventud, la obra de Barreda es un ideal religioso casi, un ideal de emancipación y libertad; un negador no sin inteligencia, un heresiarca de la ciencia, no sin bravura, sonó el clarín de la disidencia; fue sólo un toque de atención, todas las cabezas inclinadas sobre los libros se levantaron curiosas; pero al llamamiento del clarín de protesta siguió el coro de ángeles caídos en el infierno periodístico, de los que creen servir su fe, mostrando lo imposible que es para el mundo moderno volver a ella sin

negarse a sí misma; de los que subrayan con la línea de sangre la difamación y el insulto todos sus comentarios a las palabras del manso divino que predicó las bienaventuranzas; a este ejemplo de insensatez estupenda que mantiene al elemento religioso, indispensable factor de la vida nacional, en alta presión, amenazando con desbaratar, por medio de súbitas explosiones, cada movimiento de la sociedad hacia la realización de su destino, era natural que contestase el grito de coraje, de indignación, de ira, de cuantos sentían más con el corazón, más con el entusiasmo que con el análisis, que Barreda era el completador mental de la Reforma, era el Juárez de las inteligencias emancipadas, no por el odio político, como las de muchos de los próceres de nuestra libertad civil, sino por la fe en la ciencia, por la transformación de las bases mismas de nuestro ser intelectual.

Y dudemos, señores, que el maestro hoy glorificado por la juventud y en cuya ara votiva mezcla su corona hecha de almas en primavera y de anhelos en flor, a la corona cívica que ahí ha depositado la patria, dudemos que haya sido un pacificador, pero pensemos siempre en que ha sido uno de los fundadores del tiempo nuevo.

¡Fundador! ¿Cuál fue su obra? La Escuela Preparatoria. La Escuela Preparatoria es la piedra fundamental de la mentalidad mexicana. La Reforma triunfante había puesto su mano demoledora sobre la enseñanza y había desbaratado algo, pero no había tenido tiempo de rehacer nada; los colegiales cantábamos las canciones de guerra reformistas, urdíamos para las sabatinas toscos argumentos patrióticos en latín de seminario— ¡perdón, padre Horacio, padre Virgilio, perdón!— y todo ello andaba mezclado con jirones viejos de metafísicas escolásticas aprendidos de coro, y un poco de matemática incomprendida y un poco de física desencuadernada: esa reliquia de otras eda-

des se llamaba un curso de filosofía. ¡La Reforma incubaba sus polluelos en el viejo nido hecho por las golondrinas de los tiempos devotos en los recovecos del campanario! Al triunfar la República, Juárez y Barreda se entendieron y desapareció como por ensalmo toda reliquia escolástica, toda filosofía de rutina, todo vestigio de la seudo-ciencia, que fue el azote de las enseñanzas de segundo grado durante los siglos coloniales, y que sobrevivía a sí misma. Un fundador hemos dicho, porque ese hombre, al hacerlo desaparecer todo, al dejar el campo docente, no sembrado de ruinas, sino barrido y limpio de reliquias de lo pasado, en el acto sembró y su ademán fue augusto; sembraba una simiente fecunda, la verdad, la sola verdad que es dado afirmar al hombre como verdad, la ciencia; lo relativo, es cierto; la ciencia, ya lo dijimos y todos lo han dicho, no es más que el conocimiento de las relaciones entre las cosas. Y este bloque era firme; era inconmovible; los hechos existían, eran; por eso resisten, por eso cimentan. Discútanse y niéguense las hipótesis que interpretan los hechos que generalizan los fenómenos, que proyectan la luz de los reflectores intelectuales hacia ese mar sin límites para el que no tenemos ni barco ni velas, como Littré dijo en una página sublime, pero de cuyas ondas emergen islotes, islas, Américas, mundos hacia los cuales se tienden puentes desde la tierra firme que algunas veces llegan en su otro extremo a encontrar quimeras, a pretender apoyarse en espejismos, a desvanecerse en sombras; esos puentes caen al abismo como han caído la teoría de las creaciones sucesivas para explicar los periodos geológicos, y el animismo y el vitalismo y el sistema de Ptolomeo y tantas teorías que llenan con los restos, con los trágicos restos de naufragios intelectuales, las playas del mar de lo Desconocido.

Sobre esa base de verdad, Barreda erigió una filosofía;

es decir, un sistema que daba la explicación cierta de las cosas explicables, y la organizó en serie y le infundió su alma.

¿Qué filosofía era ésa? La filosofía positiva; no hay que acobardarse ante los vocablos, latinos como somos; hay que aceptarlos en lo que significan y en lo que valen, si expresan lo que creemos cierto, y si lo expresan todo; lo positivo, lo real, lo que no está ya expuesto a negaciones, eso es lo que informó la filosofía de la Preparatoria. Y al llegar el niño del campo de lo puramente concreto, pero dotado ya de la facultad de abstraer, se inició en la matemática, en lo abstracto, en una forma de lo abstracto que necesita para adquirir su poder de asimilación referirse perennemente a lo concreto, y el niño se tornó adolescente cuando adquirió en la contemplación del cielo la noción capital de ley, de ley inquebrantable, de armonía infinita de lo existente, y siguió su marcha a través de los fenómeneos capitales del mundo que nos revela la experiencia hasta llegar, joven ya y consciente de su crecimiento mental a través de la ciencia organizada, a la parte más alta, a la más intelectual de aquel vasto cuerpo, a la lógica, y conoció entonces que lo que había estudiado era un método, era un método en sus formas capitales, que todo lo demás en el campo del saber era subciencia, era submétodo; y por eso se llamó el plan de la escuela nueva una disciplina, y por eso el joven que hasta allí asciende resulta un hombre mentalmente formado.



Permitidme un paréntesis. Cuantos han censurado la creación que Barreda tomó para hacerla vividera de su maestro Augusto Comte (uno de los más excelsos pensadores del siglo pasado); cuantos han censurado porque no es pedagógica quizás, puesto que hace entrar al niño en la zona de la deducción pura antes de iniciarlo

en la observación de la naturaleza, y lo obliga a abstraer cuando el régimen inductivo no ha fortificado aún su cerebro; cuantos así piensan y tienen razón en buena parte de lo así pensado, y será motivo de constante responsabilidad para el cuerpo docente de la escuela, el no mezclar en íntimo consorcio en sus enseñanzas lo concreto y lo abstracto, como lo están en el mundo real; cuantos así piensan, lo repetimos, olvidan ¡no lo olvido yo! que el régimen que pulverizó para siempre el cimentador que aquí conmemoramos, tenía por base una abstracción mayor y más fría que la de la matemática: la enseñanza gramatical; que esta abstracción no se dirigía, como la matemática, a la inteligencia para desenvolverla por medio de una gimnástica incomparable y dotarla de un instrumento de mensuración maravilloso, precisamente en la edad en que es más plástico y adquiere mejor lo que adquiere el espíritu humano; no, sino que se dirigía sólo a la memoria y la atestaba de reglas, casi siempre incomprendidas, con el objeto de dar a conocer un idioma que no se llegaba a conocer. Y esta enseñanza gramatical no era más que el preámbulo de otra, de la latina, que los niños recorrían a grandes pasos y a grandes castigos, desde el "musa, musae", hasta las fábulas de Fedro y las oraciones de Cicerón y los versos de la *Eneida*, cuya elocuencia, cuya poesía jamás conocían los educandos, en la disección dolorosa, en el análisis absurdo que hacían de ellas los gramáticos. Y yo os aseguro que mi generación y las anteriores de que puedo hablar, supieron gramática, pero no supieron castellano; allí están nuestros escritos vagamente franceses, que lo demuestran. Quienes excepcionalmente lo conocieron fue porque tuvieron voluntad y tiempo para entrar en contacto íntimo con los maestros eternos de la poesía y la prosa españolas, de la poesía y de la prosa latinas; y todo aquel que se

atreva a ser franco, os dirá que ha conocido más la riqueza estupenda de nuestra habla, leyendo los libros actuales de los Galdós, los Valera, los Menéndez, los Pereda, que meditando todas las gramáticas de la Academia.

¡Es verdad que en esa lengua incorrecta se expresaron soberbios y generosos sentimientos en las horas magnas de la República, y es verdad que esto suele bastar en las palpitaciones supremas de la vida de los pueblos, y es verdad que antes que las letras y las ciencias están la libertad y la patria!

Cuando Barreda hubo llevado su idea a la existencia real; cuando cada cláusula de su ley vivió la vida premiosa y vacilante de todo magno ensayo; cuando en la gigantesca colmena de San Ildefonso, en donde los estudiantes de derecho, incrédulos, ceñudos, hostiles, veíamos acudir en susurrante tropel los enjambres juveniles atraídos, más que por la novedad del intento, por el prestigio de los profesores, entre quienes descollaban altas inteligencias del clero y el partido conservador, entonces el creador de aquel mundo pequeño le comunicó su alma.

De él, como de su venerado amigo Littré, espíritus moralmente religiosos, que habían dejado la creencia en los límenes del laboratorio, de él parece haber dicho Nietzsche sus frases memorandas: "Los positivistas son los últimos idealistas del saber; en ellos se encarna la conciencia intelectual de nuestro siglo. Su voluntad de verdad a toda costa, su fe en el valor absoluto, incondicional, de la verdad y la ciencia, no son, sin embargo, sino una forma infinitamente refinada, sutil, sublime del espíritu ascético y cristiano. Siempre resulta fundada sobre una creencia metafísica, nuestra fe en la ciencia; también nosotros los pensadores de hoy, los ateos, los antimetafísicos, también nosotros tomamos esta fe que nos anima del incendio suscitado por una creencia milenaria ya, por esa fe cristia-

na, que fue también la de Platón y que enseña que Dios es la verdad y que la verdad es divina".

Y sí, ésa era el alma que inspiró el fundador en el naciente organismo, esa alma era una fe, ésta: hay una verdad aunque relativa; esa verdad, lo es, tiene un pleno valor objetivo; si no lo tuviese, le sería imposible prever, y la ciencia prevé. Fundad en esa previsión que caracteriza lo mismo a la astronomía que a la sociología, aún en vía de constituirse; fundad en esa previsión vuestros actos, y no sólo llegaréis a ser sabios, sino seréis buenos, porque partiréis de esta noción superior que será la conciencia misma de vuestro ser intelectual; todo está sometido a leyes, nada está gobernado por el azar; el universo revelado por la ciencia, es la revelación de una armonía; para formar parte de ella, poned vuestra vida en armonía con todo lo existente, contribuid a la vida de los demás para intensificar la vuestra. El cristiano más grande quizás de los tiempos modernos, Blas Pascal, ha dicho: "toda la dignidad del hombre está en el pensamiento; trabajemos, pues, en pensar bien; es el primer principio de la moral". Estas palabras resumen toda la enseñanza de Barreda: la enseñanza de su palabra y de su vida.

La simiente arrojada al surco germinó, creció, y hoy puebla el campo intelectual de la República. ¿En qué han disminuido la mentalidad o la moralidad mexicana con las cosechas nuevas? Al contrario; sólo los ciegos subjetivos no ven qué cantidad de lastre, en contacto íntimo con la ciencia organizada metódicamente, ha puesto como suprema compensación de razón y buen sentido, en el fondo de nuestro ser hispano-latino medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo. Y para combatir el egoísmo, que es el medio supremo de moralizar a un pueblo, ¿cómo no ha de haber prestado inmenso servicio social un sistema que, como lo habéis visto, como

lo estáis viendo, hace palpitar de entusiasmo y de amor por altísimos ideales a los grupos escolares que se levantan, que se conciertan, que se alistan y marchan bajo los sagrados lábaros del progreso humano?

El crimen mental de vuestro santo laico, dicen los sofistas de todas las túnicas, consiste en haber intentado apagar la lámpara del altar que, encendida un día en el vaso de arcilla de las catacumbas, no se ha extinguido hasta hoy; en haber apagado el cielo, en haber descoronado de Dios al universo. No es justo, jamás lo será, este reproche. No; todos besamos con profunda piedad la mano de la mártir cristiana que encendió la lámpara de las catacumbas; todos sabemos que si la ciencia apagó los luminares del cielo, pobló el espacio de soles y de mundos, entre los cuales nuestro mundo es un átomo, y adivinó las leyes del maravilloso equilibrio de los universos que pueblan lo ilimitado y las redujo a una ley que nosotros los poetas podemos llamar el verbo mismo de Dios, más allá de la cual se adivina el mar del misterio, en cuyas playas la ciencia abre los brazos estremecida de aspiración y de impotencia. Y eso jamás lo negó el fundador; jamás negó que pudiera excluirse del orden del cosmos a una inteligencia que lo regenteaba; lo que negó siempre fue que eso fuera materia de ciencia; lo que afirmó siempre fue que lo que no era ciencia no era materia de enseñanza, porque materia de enseñanza para el periodo del crecimiento mental sólo puede ser lo científicamente comprobado. La creencia, la fe, velas del barco que surca impávido lo desconocido y encuentra la verdad de un sistema metafísico o la luz de una religión, de una esperanza, de un consuelo (las que no son ni esperanzas, ni consuelos, no son religiones), la creencia, la fe, constituyen el derecho sagrado de todo el que piensa, de todo el que siente; que son individuales, tienen sus moti-



vos en lo íntimo de cada ser, tal como el heredismo y la ambiencia moral que respira, lo han formado; sus fundamentos son "esas razones del corazón que la razón no comprende"; pero sólo lo que la razón comprende puede asentarse en el libro de la escuela como texto de ciencia y de verdad.

No hay que pretender lapidar a este incólume portaluz de la breve, pero clara verdad relativa que está puesta al alcance de todos los hombres, con estas dolorosas añoranzas de las creencias perdidas, de las plegarias olvidadas; quien ha causado esto no es él, es un mundo que se ha transformado en otro mundo, es la gran vibración reaparecida en el crepúsculo del Renacimiento y comunicada al través de las reformas y las revoluciones y las doctrinas y los descubrimientos hasta nosotros, y que ha colocado una interrogación ante cada sistema, una protesta ante cada credo, una negación rebelde ante cada tradición. ¿Y adónde, si no a abrir nuevos abismos, han llevado las resistencias, desde las que se opusieron al primer grito de reforma religiosa, brotada, por cierto, de la conciencia de un pontífice, hasta las que formula la encíclica *Pascendi domini gregis*, frente al grupo más ilustrado del clero católico, frente a los "modernistas" empeñados en ver los textos evangélicos, no a la luz del razonamiento puro, sino de la ciencia misma de la exégesis eclesiástica? De todo esto, de mucho más, tenía conciencia el glorioso patrono de la Escuela Preparatoria, porque no había una sola manifestación del saber que se ocultase a sus miradas y escapase a su juicio prodigioso; lo que quería era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más temerosas y más negras y más angustiosas que las del océano, o a los que

volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

León Gambetta, el nunca bastante llorado ponderador de los anhelos democráticos del mundo latino, dijo que la enseñanza positiva era "médula de leones"; vio claro que por la perseverancia en el esfuerzo de adquirir el conocimiento, se nutrían y desenvolvían las facultades y se organizaba el *training* de la voluntad, exteriorización del carácter, y que por la práctica del método se adquiría la noción y la necesidad del orden, y por la iniciación científica el amor a la verdad, y el amor a la verdad, la preparación del amor al bien.

Y resumo así la obra de Barreda: he aquí toda su ambición; era inmensa, era difícil, parecía imposible, lo parece todavía después de una batalla titánica para hacerse comprender, como lo demuestran las negaciones sugeridas o espontáneas de cuantos no aciertan a comprenderlo; pero persistió, pero triunfó, pero triunfará. He aquí toda su ambición; fundar la educación nacional; para ello creó un tipo de escuela laica; sólo la escuela laica puede realizar la educación nacional; sólo ella puede respetar todas las creencias; sólo ella puede ser neutral frente a todas las filosofías; sólo ella puede educar a la República en el respeto a la libertad suprema, la libertad de conciencia; sólo ella puede fundar la única religión compatible con todas las religiones, porque no es trascendente, porque es únicamente humana: la religión cívica, el amor a las instituciones, el alma de la nación.

Sólo ella, y por eso es un órgano necesario, indispensable del Estado, que por medio de ella va creando y formando la continuidad entre lo presente y lo futuro, la perennidad de la patria. Barreda deseó formar en este

plantel de educación algo así como el cerebro nacional: los que allí se educaran eran los que debían influir más de cerca en los destinos de México, y por eso quiso que su escuela fuera fundamental, típicamente laica. Sólo así podía llenar lentamente su misión. Y la llenará, porque vivirá. La nación la ha hecho definitivamente suya; basta a probarlo que cualquier absceso de reacción que se forma en el periódico, en el libro, en la escuela, toma el aspecto de una protesta contra la obra de Barreda. A este hombre lo ha embalsamado, lo ha marmorizado, lo ha eternizado el odio de los secretos u ostensibles enemigos de la plena emancipación del espíritu humano. Así se ha formado sola y espléndidamente la estatua del maestro; las generaciones nuevas, las que vienen sanas de inteligencia y corazón, con la vista fija en el divino ideal de Barreda —la libertad y la paz social, por la verdad y por la ciencia—, esas generaciones erigen hoy esa estatua sobre un pedestal de almas.

¡Oh, maestro!, permíteme llamarte así; no soy tu alumno, fui el más oscuro de tus conquistados colaboradores; mas quien fue tu colaborador era tu discípulo. ¡Oh, maestro!, tu memoria, que entra laboriosa y dolorosamente en el corazón de la posteridad (por eso se grabará en él hondamente), encuentra, cerrándole el paso, a los mismos enemigos que encontró tu designio y que te ultrajaron y negaron cuando levantabas tu primera cosecha, cuando por algún tiempo abandonaste tu labor fecunda, cuando agonizante de nostalgia tornabas a los cielos natales para expirar en brazos de la noble y fiel compañera de tu suerte.

En cambio, quienes jamás olvidarán que el ideal, que el deber, que la patria, fueron tu indisoluble, tu supremo amor, seguirán rodeando tu recuerdo en legión innúmera, en todos los ámbitos de la República, levantando en alto las manos cargadas de ramas de encino y palmas de oro,

como en las antiguas panegyrias. Puede tu biografía condensarse en esta inscripción de una lámpara medieval (recientemente recordada por un académico francés): *aliis in serviendo consumor*, "me consumo en servicio de los demás". Por eso, por haberte consagrado entero al servicio de tus conciudadanos, logrando dar vida perdurable a una idea, mereces esta ovación a que ha venido a asociarse el gran mexicano que la preside.

Maestro: Yo, en mis años juveniles, saturado el espíritu de adoraciones revolucionarias, quise medir contigo mis armas, te creí injusto; tú pulverizaste mis argumentos y sonreíste con augusta bondad de mis frases irrespetuosas. Hoy, el viejo y un poco fatigado luchador, coloca en los peldaños de tu altar su espada rota, y el vencido se confunde venturoso en el grupo inmenso de los que te admiran, de los que te bendicen, de los que te aman.



¿DE QUÉ LADO ESTÁ EL VERDADERO PATRIOTISMO?

por Francisco G. de Cosmes

El estudio de la filiación legítima de la actual nación mexicana no es un vano problema histórico filosófico propuesto con el objeto único de ejercitar la dialéctica y de proporcionar algún alimento intelectual a este nuestro periodismo cretino privado desde hace muchos años de la vida del espíritu. Tiene el referido estudio su importancia capital y está llamado a ejercer decisiva influencia en los futuros destinos de la raza que puebla esta parte del Continente americano.

Para llevar a buen término una misión, los pueblos, lo mismo que los individuos, necesitan saber previamente en qué consiste esa misión, cuáles son los motivos que imponen su cumplimiento; y no pueden comprenderse tales motivos, si no se les busca en el estudio del organismo especial que está llamado a desempeñar determinada tarea y de las condiciones que le son características. ¿Quién podrá negar que esas condiciones reconocen, en gran parte, por causa determinante el origen del organismo de quien se exigen estas o aquellas funciones?

Hace un año lo decía yo, al concluir la campaña que emprendí en reivindicación de los legítimos derechos que Cortés, fundador y verdadero padre, dígase lo que se dijere, de la sociedad humana a que pertenecemos, tiene a la gratitud, más aún, a la veneración del pueblo mexicano: una raza latina, en parte por la sangre, pero completamente latina por el espíritu, esto es, por la civilización,

las costumbres, el carácter, los ideales, el modo de ser moral, la manera propia de concebir la existencia, la religión, el idioma, el idioma sobre todo, esa alma de las nacionalidades, una raza latina, repetimos, colocada en América como centinela avanzado frente al sajonismo desbordante, tiene el deber imperioso de templar su fe y la conciencia de sus altos deberes en la verdadera fuente de donde provino su existencia, de cobrar, bebiendo en sus aguas, el vigor necesario para no desmayar en la terrible lucha con que continuamente se la amenaza, y de la cual está obligada a sacar incólume y con honra su personalidad independiente de todo yugo, lo mismo material que moral. ¿Y habríamos, para cumplir esa misión altísima, de inspirarnos, los representantes actuales de esa raza, en otro espíritu distinto del que nuestra madre la España nos infundió, habríamos de buscar fuerzas y aliento en esa fuente exhausta casi de nuestro dudoso abolengo indígena, que, además del raquitismo cerebral y de la barbarie, representa la abyección de una servidumbre incurable, nacida desde tiempo inmemorial, bajo el yugo de la teocracia idólatra y del cacicazgo, y que los principios de igualdad del Evangelio, y la influencia de la civilización española, y la misma Independencia no han logrado redimir?

Si la noción de patriotismo es algo más que una ridícula cuestión de campanarios en competencia, si ella debe inspirar sentimientos nobles y elevar la mente a concepciones altas y de trascendencia para el porvenir, si está llamada a alentar a los pueblos en la realización de ideales generosos, pregunto: ¿en dónde está el verdadero patriotismo, en el campo de los que, torciendo el concepto del deber que el destino y la ley de los orígenes imponen al pueblo mexicano, quieren inclinarlo con ideas falsas hacia la degradación y la esclavitud en que vivían los primi-

tivos pobladores de nuestro suelo, o en el de aquellos que, nutriéndose en ideas de verdad y de criterio recto, aspiran a que su patria represente con honra y con brillo el papel que le corresponde entre los pueblos independientes y civilizados?

Si mis adversarios prescindiesen un momento de su irremediable manía de querer simplificar demasiado, por odio al estudio y a la meditación, los arduos problemas de la sociología, si renunciasen a generalizar, en un abrir y cerrar de ojos, las primeras observaciones superficiales que se les presentan, se fijarían en que hay dos elementos componentes de la actual nacionalidad mexicana: uno de ellos apto para la civilización, el descendiente, por la sangre o por el espíritu, de los españoles; y el otro completamente inepto para el progreso, el indígena.

No se me citen excepciones; no se me hable de indios ilustrados, ni de indios que fueron grandes hombres, como Juárez, por ejemplo: de lo particular no pueden deducirse consecuencias lógicas con relación a lo general. Estudiemos a la masa indígena en conjunto, y dígaseme en dónde están sus aptitudes para la civilización. ¿Acaso el indio de nuestros días se distingue en algo del indio del tiempo de la Conquista? Por ventura ha sacudido el yugo de esa rutina, o mejor dicho, de esos instintos, que apenas le dan un lugar un poco más elevado que el de las bestias de labor? ¿Puede prestar a la patria y a la causa del progreso otro contingente que el de sus brazos, dirigidos por una inteligencia escasísima e incapaz de generalización? Se me dirá: "El yugo de la Conquista atrofió sus facultades intelectuales." ¿Y eran grandes esas facultades antes de Cortés? ¿En dónde están los restos de esa civilización prodigiosa de que hablaban tanto los conquistadores, para dar mayor realce a su empresa? Lo que yo veo es que, en el orden moral, los pobladores de esta región de América,

eran fetichistas y antropófagos, y carecían por completo de la verdadera noción de patria: no se explica de otro modo, así la ayuda que prestaron a Cortés los tlaxcaltecas contra los mexicanos, como la rápida y resignada sumisión de éstos, luego que Cuauhtémoc cayó en manos de los españoles. En el orden material, apenas conocían la agricultura, y los instrumentos de labranza más rudimentarios; vivían casi desnudos y en chozas infelices, iguales a las que sus descendientes habitan hoy todavía. En una palabra, acababan de pasar de la vida nómade a la vida sedentaria, y se encontraban, al realizarse la Conquista, en la edad de la piedra pulimentada. ¿Cuáles fueron, pues, las facultades intelectuales del indio que atrofió el yugo del conquistador? Aun concediendo que esas facultades hubiesen existido, es indudable que el contacto de los primeros pobladores con una civilización más adelantada, como lo era la española, las hubiera desarrollado poniéndolas en condiciones mejores de progreso. Pues, ni moral, ni materialmente hablando, las repetidas facultades pudieran desarrollarse. En religión, que es la primera manifestación moral de la humanidad, la Conquista no logró más que sustituir los ídolos de piedra con imágenes, a las cuales los indios rendían y siguen tributando el mismo culto supersticioso y casi idólatra. Y en cuanto a progreso material, ¿qué adelantos ha realizado la raza indígena de nuestro suelo? No ha dado un paso por sí sola, después que la civilización de España le enseñó a labrar groseramente la tierra, y a vestirse con telas más groseras todavía. ¡Ah! Pero la esclavitud en que vivía...

Vamos a ver: el indio mexicano era casi esclavo; pero no lo fueron los aliados de Cortés. Los tlaxcaltecas, por ejemplo, vivieron, después de la Conquista, en libertad relativa, y gobernándose casi por sí solos, bajo la tutela del gobierno español: los tlaxcaltecas no fueron distribui-

dos en encomiendas. Pues bien: tómese a un indio de Tlaxcala, de aquellos que no vivieron un solo día bajo el yugo de fierro del conquistador y, comparándolo con otro indio cualquiera del Valle de México, dígaseme qué diferencia intelectual, moral y material existe entre uno y otro. Vino después la Independencia: los indios son ciudadanos libres, en el pleno ejercicio de sus derechos. ¿Qué ventajas ha producido tal cambio de estado en el desarrollo intelectual de la raza indígena? ¿Pueden darse pruebas más patentes de que aquellos a quienes llaman sus ascendientes los hispanófobos carecen por completo de aptitudes para el progreso?

En la lucha por la existencia que sostienen dos elementos sociales, uno más apto y otro menos apto para la civilización, uno que adelanta y otro que permanece estacionario, es ley sociológica que el segundo esté llamado a desaparecer. La humanidad marcha incesantemente, y cuando una fracción de ella se detiene en el movimiento y se queda atrás, está condenada a morir sin remedio. Ahora bien, si el patriotismo verdadero consiste en el amor al progreso indefinido y constante de la nación a que se pertenece, ¿merece tal nombre el que profesan aquellos escritos que ponen en práctica los medios para que el referido progreso se detenga? ¿Y qué otra cosa hacen los que consagran sus inteligencias y sus plumas a la tarea insensata de presentar como origen y como ideales del pueblo a que pertenecen las tradiciones bárbaras de una raza falta de inteligencia y destinada a desaparecer, por carencia de condiciones de adelanto, en un espacio de tiempo más o menos largo? ¿Acaso no equivale esto a poner trabas al progreso de la patria? Favorecer las tendencias de retroceso a la barbarie, pretender convencer al pueblo mexicano de que no es más que el heredero y continuador de los derechos de una raza incapaz, no sólo de

adelantar, sino de vivir, colocar sus ideales de perfeccionamiento en un pasado de salvajismo, a fin de marcar el rumbo de la patria hacia horizontes que tienen por límite sociedades primitivas renuentes a toda civilización; y hacer esto a expensas de otras tendencias más conformes a la ley del progreso, sacrificando ideales cultos, que son los de los pueblos modernos todos, sin excepción, equivale a tanto como a traicionar la causa del verdadero patriotismo, la cual, en México muy especialmente, está encarnada únicamente en el elemento social que es latino por su espíritu y latino por sus ideales. Los que así proceden, no tienen derecho a invocar el sagrado nombre de la patria, al cual va unida estrechamente toda idea de civilización y de progreso: cuando mucho, tendrán derecho a invocar el nombre de tribu.



VUELTA A LA CARGA

por FRANCISCO G. DE COSMES

ENTRE todas las ciencias concurrentes de la sociología, la biología es la que más auxilio presta para fijar el verdadero concepto filosófico que de la independencia mexicana debe tenerse, porque es, en realidad, un fenómeno biológico el acto en virtud del cual un organismo humano, llámese individuo o sociedad, se separa del ser de quien procedió, para hacer vida propia.

Desde luego se comprende que, siendo condición indispensable de toda emancipación la realización del fin con que se ejecuta, esto es, la existencia por sí del organismo emancipado, debe éste haber adquirido todos los elementos necesarios para cumplir el expresado fin. Si carece de ellos, la emancipación no es viable, y será loco o criminal todo intento que, en el sentido de ella, se ejercite. Mientras tales elementos no existan en el organismo nacido de otro, debe permanecer dependiente de éste, recibir su dirección, y completar sus deficiencias con los recursos vitales que le proporciona el organismo que le dio el ser.

Parece increíble que una verdad tan evidente, que es no sólo común, sino hasta vulgar, necesite ser repetida hasta la saciedad al hablarse de la independencia de un pueblo. Los ideólogos, como llamaba Napoleón a esos individuos que, olvidando que toda sociedad es una entidad real, pretenden regirla con fórmulas abstractas y con principios metafísicos nunca vistos en la práctica, los ideólogos, que se indignarían de que a un niño en la lactancia

se le desprendiese del seno de la madre para lanzarlo al camino de la vida a que buscase la subsistencia, se imaginan que, tratándose de un pueblo, las leyes biológicas ningún valor tienen; y lo mismo que creen en la eficacia maravillosa de la palabra libertad, la cual, una vez pronunciada, tiene el don de convertir a los países más miserables y débiles en ricos y poderosos, piensan que la idea de *independencia* basta por sí sola para dar a una agrupación humana todas las condiciones de existencia propia de que carece en el momento en que proclama su emancipación.

En la filogenia de una sociedad, lo mismo que en la ontogenia de un individuo (diré para la inteligencia de mis ilustrados contradictores, que la primera palabra significa el génesis de la especie, y la segunda el génesis del ente individual) la formación y el desarrollo del organismo consiste en la consistencia que van adquiriendo los elementos heredados de la paternidad. El hombre, lo mismo que la sociedad, no nacen de un golpe, y armados, como Minerva del cerebro de Júpiter, de una simple concepción intelectual. No son entes de razón, producidos por el pensamiento, sino que tienen una existencia real, en virtud de la que, desde el momento en que nacen, tienen que recorrer toda la serie de estados característicos de la especie a que pertenecen, y en esa serie van dando fuerza al patrimonio recibido por la herencia, hasta que, poseyéndolo con verdadero vigor, pueden conservarlo íntegro, para transmitirlo con toda integridad también a las generaciones que les suceden. Necesita, por consiguiente, todo pueblo para ser independiente, haber llegado a su formación completa, poseer en toda su plenitud el patrimonio heredado, patrimonio que consiste en cuantos elementos son necesarios para llevar existencia propia como nación soberana.



La independencia, pues, de nuestra patria tuvo por causa la formación definitiva, después de tres siglos de vivir bajo la tutela de la nación que le dio el ser con la conquista (lanzando a la vida de las agrupaciones humanas un organismo nuevo con sus condiciones características de diferenciación), la formación definitiva, repito, de una nacionalidad dotada de todos los elementos de que necesitaba para vivir por sí y sin ayuda extraña. Todas aquellas pomposas frases que oímos anualmente en los discursos patrióticos de septiembre, *ominoso yugo, gobierno tiránico, servidumbre,* etc., son palabras y nada más que palabras, huecas, como burbujas de jabón, que nada encierran de verdad, porque, ni hubo ese yugo, como me será fácil demostrarlo, ni aun cuando lo hubiese habido, y peor cien veces que el que nos describen los oradores cursis, si México no hubiera adquirido bajo el dominio español los elementos de vida necesarios para ser un organismo social con vida propia; la independencia no se hubiera llevado a cabo, como no se realizó cuando la conjuración de los hijos de Cortés, de la cual dice el sabio Mora, que, de haber triunfado, "habría sido totalmente efímero su resultado, volviendo el país en breve tiempo a la dominación española".

Problema histórico no resuelto aún es si México estaba o no maduro para la independencia en 1821. En sentido negativo hablan las mil convulsiones políticas de que fue víctima durante el medio siglo siguiente a la proclamación del plan de Iguala. Pero, prescindiendo de que tales convulsiones tuvieran por verdadera causa, más que carencia de elementos de vida propia en la nación, falta de práctica política en los hombres que la gobernaron y, además, el espíritu revolucionario que sobre el mundo entero se agitaba a la sazón, el examen detenido de la obra ejecutada por España aquí demuestra suficientemen-

te que la colonia había llegado a un grado de desarrollo tal, que podía vivir y gobernarse por sí sola.

El régimen colonial supo aprovechar hábilmente aquellos elementos capaces de ser parte de la constitución de una nacionalidad, elementos que encontró la Conquista en nuestro suelo. Me refiero a la población indígena principalmente, a cuya fusión con la raza europea se debió la obra de diferenciación realizada entre nosotros. La mezcla de blancos e indios dio nacimiento a un pueblo nuevo, que ni era del todo español, ni tampoco era indígena, aunque sobreponiéndose en la fusión los caracteres intelectuales y morales de la raza superior. ¡Qué enorme diferencia entre lo que aconteció en México en este sentido y lo ocurrido en las Antillas! Allí, por causas que sería largo explicar, figurando mucho, en mi concepto, entre ellas, por una parte, la falta de experiencia en materia de colonización, de los primeros ocupantes europeos, y por la otra la menor aptitud para resistir en la lucha por la vida de la raza aborigen que poblaba esas islas, la mencionada raza desapareció completamente. No había, pues, en ellas base de población para que de la fusión de indios con europeos naciese un nuevo organismo social con caracteres de diferenciación; y siendo exclusivamente españoles los pobladores de las Antillas, España no pudo, ni debió hacer otra cosa en ellas que asimilárselas. Cuba, desde los primeros tiempos de su ocupación por los españoles, carecía de elementos de vida propia como organismo social diferente del de la Metrópoli, no constituyó nunca una verdadera nacionalidad aparte, ni la constituirá jamás, según parece; y, por consiguiente, siendo únicamente miembro del cuerpo español y no pueblo nuevo creado por España, no podrá ser nunca otra cosa que provincia española, parte integrante del territorio de la nación que la ocupó. Y prueba de ello es que los partidarios de la inde-

pendencia de Cuba, no considerando a esta isla capaz de llevar existencia propia como nación, no pueden concebirla, una vez independiente de España, más que como un nuevo territorio de los Estados Unidos. Con la verdadera independencia, esto es, con la existencia propia de nación soberana, no se atreven a soñar siquiera. Hablan de República Cubana, como en Texas se proclamó la República Texana; pero, para anexarse, como Texas, a la Unión Americana, en el momento en que la causa de la insurrección haya triunfado.

Mas, en cuanto a México se refiere, tanto la formación de un pueblo nuevo por la fusión de la raza conquistadora con la conquistada, como el gran amor que España manifestó a esta predilecta hija suya, a quien, al darle su mismo nombre, dotó de todos los elementos constitutivos de una gran nación, su independencia obedeció a la ley natural del progreso, en virtud de la cual el organismo nuevo que tiene suficiente vigor para vivir y regirse por sí, debe separarse del tronco de donde procedió. Esta es la verdadera razón de nuestra independencia: no absurdas reinvindicaciones de derechos indígenas, que nunca existieron, ni odio a la nación a quien debemos cuanto somos.

Y ya que hemos llegado a este punto de nuestra tesis, ocurre preguntar: ¿Cuáles son los deberes que a este organismo social nuevo, creado por España, educado y robustecido por ella, le impone su constitución especial? O, en otros términos: averiguado de dónde venimos, ¿hacia dónde estamos obligados a enderezar nuestro rumbo como sociedad independiente?

LAS TRES RAZAS HUMANAS

por FRANCISCO BULNES

COMO lo prueban los hechos y razonamientos que expongo en este trabajo, la humanidad, de acuerdo con una severa clasificación económica, debe dividirse en tres grandes razas: la raza del trigo, la raza del maíz y la raza del arroz. ¿Cuál de éstas es indiscutiblemente superior?

Debo, ante todo, decir lo que entiendo por superioridad de una raza.

La diferencia radical, completa, entre el hombre y las demás especies zoológicas, consiste en que el hombre es un animal progresista, mientras que los demás animales son estrictamente conservadores. Los cambios progresivos, que tienen lugar en las especies animales inferiores al hombre, se verifican sin la intervención de la conciencia de los individuos de cada especie.



En la humanidad, las especies conservadoras experimentan en su organismo una especie de mineralización que las inclina hacia la inmutabilidad y pasivismo de las rocas; las razas progresistas favorecen sin cesar la evolución que necesariamente las mejora bajo el punto de vista material, intelectual y moral.

Las razas superiores son las resueltas a no conservar más que la verdad en la esfera intelectual. La justicia es variable en el terreno de la moral evolucionista y en el dominio económico nada se puede conservar, pues todo en él es susceptible de indefinido progreso. La tradición en una sociedad civilizada sólo puede tener vida en nombre del arte, pero ante el derecho no puede valer, sin

la depuración que la convierte en verdades históricas. Los pueblos exageradamente tradicionalistas, como el español, prueban un incurable agotamiento mental.

1. El trigo en la civilización moderna

La historia nos enseña que la raza del trigo es la única verdaderamente progresista. Los grandes imperios de la Antigüedad se fundaron sin excepción sobre los campos de trigo. Donde el trigo se ha producido en abundancia, ha hecho alto la humanidad para legar en una vida de siglos un gran recuerdo y una gran herencia de virtudes domésticas o heroicas. El imperio egipcio lo hizo el Nilo fertilizador de un valle de mil leguas de largo. La India védica nació en la cuenca de otro río fertilizador, a veces cruel, el Hindou, que recorre el Sapta Sindhou (país de los siete ríos), productor admirable de trigo, y denominado por este motivo desde hace más de 3 mil años, "¡la región sagrada!"

Pero el creador de trigo, superior, inimitable, de la Antigüedad, donde según Marius Fontane, un grano sembrado producía trescientos, fue el Asia Menor. Aún hoy, este hermoso pedazo del mundo entregado a la barbarie turca figura entre los primeros productores de trigo del planeta.

En el año 1897 hubo:	*Bushells*
Cosecha de trigo en los Estados Unidos	490 millones
Cosecha de trigo en Rusia	387 millones
Cosecha de trigo en Asia Menor	316 millones

En Asia Menor la producción de trigo fue muy superior a la de Egipto y la India védica. El trigo del Asia

Menor hizo el imperio asirio, el imperio persa, el imperio macedónico, el imperio mahometano, el imperio musulmán moderno, y dio fuerza de carácter invencible a Grecia y Roma. La cuna de la civilización moderna está formada en la historia clásica con las potentes espigas de trigo de Asia Menor. Los fundadores de nuestra vida y de nuestra alma libre, inclinada siempre hacia la luz, fueron esos ríos sagrados llamados Nilo, Tigris, Éufrates, Hindú y Ganges.

2. Características de dos culturas

El arroz fundó dos tenebrosos imperios, animalizados por su espíritu conservador, como por un instinto de tortuga inmóvil, en el fondo de los fangos de sombrías ignorancias. Estos imperios fueron: la India de los brahamas y China.

En los tiempos modernos la vieja India brahámica se desmembró como todo organismo en putrefacción, resultando pequeños estados moribundos, que fueron dominados fácilmente hasta su completa conquista, por los dependientes y mancebos de una compañía mercantil de abarrotes, lencería y venenos, organizada en Inglaterra. Esta conquista pone en evidencia la debilidad de las naciones que se alimentan exclusivamente de arroz.

El imperio chino se ha conservado entre los colmillos de los conquistadores, sin ser totalmente devorado, por la misma razón que una virgen casta puede conservar su virginidad ante la lujuria de una reunión de sátiros. Los cuatrocientos millones de chinos, significan menos para la conquista que el millón de cubanos o las chusmas mal armadas de los tagalos. China es el imperio que presenta menos energía para conservarse independiente.

El maíz fundó en América dos imperios: el azteca y el

inca, en apariencia poderosos, pero débiles al grado de caer para siempre vencidos por insignificantes gavillas de bandoleros españoles. No se puede ya contar con seriedad que los imperios inca y azteca fueron fácilmente vencidos a causa de la superioridad de las armas, táctica y arrojo español, y sobre todo por el susto que inspiraban a los indios las armas de fuego, las armaduras y los caballos. Contra los araucanos hubo los mismos elementos en número muy superior y esta raza no se dejó vencer y se ha mantenido altiva, obligando a España y a la República de Chile a tratar con ellos de potencia a potencia, no obstante ser muy pequeño el número de sus individuos en comparación de los millones de súbditos de Atahualpa y Moctezuma.

3. Debilidad y cobardía, dos elementos distintos

La historia nos enseña también que con extremada facilidad, la raza del trigo conquistó a la del maíz y con mucha mayor facilidad aún, ha subyugado a la raza del arroz. Hay que observar que la raza del maíz podría a su vez dominar sin grave resistencia a la raza del arroz, que expresa la debilidad suprema.

Las personas poco afectas a estudiar, meditar y razonar, confunden bárbaramente la debilidad con la cobardía. Todo cobarde es débil para la lucha armada, pero esto no quiere decir que todo débil sea cobarde. La debilidad de las razas del maíz y del arroz, no se puede atribuir al factor numérico, pues han sido conquistados millones de individuos por pequeños puñados de feroces bandoleros dotados de épica audacia y asombrosa energía. Puede decirse de la América imperial aborigen, que se la llevaron los ladrones como a una yegua o como los objetos de un bazar comercial. Las razas del maíz y del

rroz han tenido, en sus guerras de conquista, siempre a u favor el factor numérico.

¿De qué depende, pues, esa debilidad? ¿Del clima? China es la nación más poblada y más débil, y goza del clima de Europa, con excepción de su pequeña zona tropical.

Los imperios inca y azteca poseen inmensas extensiones de terrenos elevados, cuyo clima está lejos de ser enervante. La debilidad de las razas del maíz y del arroz no ha dependido de falta de densidad en su población. Tampoco dependió la debilidad de los aztecas y de los incas de falta de recursos, pues mostraron disponer de riquezas metálicas muy superiores a las de la nación más poderosa de Europa en el siglo XVI.

4. En la guerra no basta saber morir; es necesario saber destruir

La debilidad de las razas del maíz y del arroz no consiste en que sus soldados no sepan morir, sino en que no saben matar en cantidad suficiente para destruir a sus enemigos. Precisamente a los pueblos bárbaros o salvajes corresponde el arte de saber morir como moscas, según la expresión vulgar; arte desgraciado de los pueblos débiles. Los pueblos fuertes saben matar militarmente, es decir, economizando lo más posible la sangre propia y derrochando lo más que se pueda la del enemigo. Los pueblos fuertes entienden y pueden hacer práctica la ciencia de matar y dejan para los casos excepcionales hacer uso de la ciencia de saber morir fundada por una rigurosa disciplina militar.

El arte de saber morir en los pueblos débiles sirve a veces para salvar su honra y en otras ocasiones para que todo se pierda: patria y honra; pues las innumerables

huestes persas derrotadas en Arbelles por Alejandro el Grande, aun cuando derrocharon su sangre, se hicieron despreciables por su ineptitud. En las batallas navales últimas, acaecidas en 1898, los españoles se portaron con valor, sin haber podido salvar la honra de sus armas por haber demostrado más ineptitud que los chinos en sus recientes batallas navales contra los japoneses. El arte de saber morir vale muy poco frente a frente de la alta ciencia de saber matar, ciencia exclusiva de pueblos ricos y progresistas. En los tiempos antiguos, el triunfo en la guerra era del más bárbaro, hoy el triunfo definitivo es del más civilizado, salvo el caso de prodigiosa diferencia numérica.

Saber matar y saber reducir la vida nacional en una fórmula jurídica, fue la única ciencia de los romanos que les entregó el mundo para ser explotado como un panal. Saber matar militarmente es en los tiempos modernos una ciencia tan precisa, tan profunda, como la astronomía y la mecánica celeste; aplicar y perfeccionar los medios más ineludibles para que en el menor tiempo posible, con el menor gasto posible, con la menor fatiga posible y con un mínimo de empleo del arte de morir exterminar al enemigo obligándolo a que luzca todo su talento en el arte de saber morir.

Para saber morir cuando no hay disciplina en los combatientes, basta con la voluntad personal; para que un pueblo sepa matar como lo exige la guerra moderna, necesita de jefes muy hábiles y muy instruidos, de oficiales instruidos, de soldados artistas para manejar sus armas, sus movimientos, sus emociones, y sobre todo, mucha disciplina en los soldados, muchísima más en los oficiales, exageradamente más en los jefes, y todo esto debe hacerse derramando oro como el sol luz por todas partes, y por lo bajo durante doce horas diarias. Para saber matar a

fines del siglo XIX es indispensable haber sobresalido como gigante en la paz, dominando su propio medio con admirable ciencia y exuberante trabajo.

Esto no quiere decir que yo confunda el militarismo con la civilización, y que crea que la nación más civilizada es la que mejor se arruina sosteniendo millones de soldados y millones de alguna moneda como deficiente perenne de su presupuesto, sacrificando así el trabajo de su pueblo, la moral internacional, la justicia patria y los derechos del hombre, privado de su libertad en los mejores años de su vida, para servir más bien a tiranías interiores que a la defensa nacional. La mayor parte de los grandes ejércitos europeos existen contra el socialismo o sea contra la desesperación del trabajo expoliado y engañado por la utopía. Ha sido la paz armada, la madre afectuosa del socialismo representante de ulceraciones cavernosas en el cuerpo social, engendradas por espantosas crisis económicas.



En una nación civilizada, el Estado debe educar jefes y oficiales, y la sociedad formar espontáneamente a sus soldados voluntarios, del mismo modo que forma admirables nadadores, cazadores, tiradores de florete, espada, pistola, jugadores de billar, toreros aficionados, jinetes atrevidos, campeones de box y de ejercicios gimnásticos. Un buen soldado debe ser un hombre vigoroso, sano, con mucho amor propio dentro de su profesión, inteligente para obedecer como un jesuita y conocedor en la esfera puramente de arte, que le encomienda la ciencia militar. Toca al buen ciudadano formarse a sí mismo un buen soldado, aun cuando no haya guerra, pues las cualidades de un buen soldado son altamente higiénicas y útiles para el desarrollo máximo del trabajo muscular.

En su oportunidad trataré de las deficiencias militares de la América española...

El indio va desapareciendo lo mismo que el criollo, reemplazados ambos por el mestizo. ¿Cuál es el valor del mestizo como unidad social? Examinemos un poco sus componentes: el elemento español y el indígena.

No hay un tipo español que responda fielmente, por sus caracteres, del pueblo ibero que aparece como una galantina de razas; el español original es el celtíbero puro que Tácito describe como el guerrero pequeño, ágil, valiente, adusto, profundamente mercenario y ladrón. Sobre este fondo, el cartaginés depositó su pasión fenicia por el oro, su tendencia a especular con todo y para todo; su diplomacia de sirena y su hipocresía de divinidad caldea. El romano dejó caer durante quinientos años su frialdad para tiranizar, su necesidad de parasitismo, su rapacidad jurídica, su grosería de elefante, su hambre de plebe perezosa y su podredumbre para ungir césares. El godo trajo sus grandes virtudes privadas; el gusto por la monogamia, la ternura en la familia, la fidelidad conyugal, la lumbre limpia para el hogar, la aspereza en la patria potestad; la indigencia de facultades intelectuales, la credulidad bestial, la terquedad sin límite. El berberisco dio su superstición de nubio, su teología zoolátrica, su ferocidad, su rapiña, su sobriedad, su horror por el trabajo. El árabe dio una gran civilización, desgraciadamente con alma teocrática y espíritu aventurero. Pero sobre todos esos sedimentos de diversos espesores, densidades y matices, el catolicismo asentó sus grandes vicios; las órdenes monásticas encerraron a ese pueblo dentro de las mas espesas tinieblas, le atrofiaron el cerebro, lo enseñaron a sucio, a perezoso, a limosnero, a parásito de todas las cocinas; la del Estado, la de la Iglesia, la de las colonias, la de las herederas ricas; le quitaron lo militar a fuerza de nombrarle

vírgenes del paraíso católico como generales en jefe, y de guiarlo en los combates por la grupa del caballo blanco del Apóstol Santiago.

Con tan diversos elementos étnicos e históricos, fuera de todas las combinaciones posibles sociológicas, el pueblo español, para equilibrarse, hizo explosión y formó un siglo de grandes caracteres trágicos. El español modesto no pudo pasar de ser un potruco famélico con pretendidos relinchos de héroe, fabricante al menudeo tradicional de hazañas inverosímiles. Pero es de rigor en todo laboratorio social, los pueblos más vanidosos son los que producen a los hombres más enérgicos para aterrorizarlos y humillarlos. En esos momentos los términos medios desaparecen, los extremos se ponen en contacto realizando una acción eminentemente artística. El valor de Pizarro asombra, pero impresiona más su infamia, cuando asesina al emperador Inca, después de haberle hecho pagar su rescate y haberlo embolsado; Sófocles pudo manejar a Edipo, pero su genio no alcanzó hasta concebir la maldad de Pizarro. Edipo es criminal por cuenta del fatalismo; Pizarro lo es por cuenta de la rapiña.

En la España del siglo XVI, después que la tiranía de Carlos V exterminó a Sancho Panza y su raza, la lógica sin clima cerebral fue para siempre proscrita. El español industrioso y honrado desapareció para dar lugar al imbécil feroz y al héroe furibundo; ambos con la vanidad de monarca de cafres. La gran talla del español, fue la del bandido que conquista y pone los pies de los príncipes en la lumbre para robarlos; fue la del poeta con lenguaje de maravilloso pájaro y con pensamiento de insecto, ensalzando el terror; la del teólogo haciendo matemáticas con horrendos suplicios; la del pintor revoleando la estética entre gesticulaciones de réprobos, vientres destripados y serruchos que cortan huesos y dividen tendones. To-

dos, grandes y pequeños, tenían más ambiciones que los reyes y más demencia que los hidrófobos. La nota artística nacional era tan sonora, tan grande, tan explosiva por el contraste, tan potente por su conmoción, que mezclados en una misma época con Cortés, Almagro, Torquemada, Carvajal, Felipe II, Calderón, Lope de Vega, Loyola, Rivera, Alva, aparecen Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Murillo, Velázquez; monstruos y artistas, pero ni un solo hombre de ciencia; lo que prueba que toda aquella memorable acción la engendraba la mentira.

Sobre esas olas del poderío español que chocan contra todas las naciones, que hunden todas las libertades, sujetan al naufragio la altivez feudal, y que cubren la vida europea con una capa de escoria que durará siglos, se levanta al fin la teocracia que derriba al gigante con el esfuerzo de tenia virulenta, de longitud interminable. Después de producir España a sus héroes, dio otra forma más impúdica, más desleal y más funesta a su energía y produjo a los jesuitas.

España, desde que se dedicó a la gloria, hizo como todas las naciones conquistadoras, un pueblo andrajoso, hambriento, repleto de vicios. En los países militares que viven del parasitismo de las conquistas, no hay más que dos clases sociales: alcornoques famélicos y dioses sin virtudes.

España vio que con gobernantes militares desarrollaba en América el condotierismo y quiso que gobernase un funcionario en nombre del rey, apoyado por la hez del clero español, que a su vez era la hez de la sociedad europea; pero no debían gobernar a América, ni el rey, ni el papa, ni los burócratas, el verdadero emperador de las colonias fue el abarrotero.

El comercio es una profesión inmoral en que se hacen prodigios de honorabilidad con la mala fe. Un comer-

ciante es honrado cuando lleva sus libros con limpieza, paga a sus acreedores puntualmente y estafa vilmente al público cuanto puede, no siendo raro que también sea contrabandista. El comerciante al menudeo, de artículos que fácilmente se pueden adulterar o falsificar, es un pontífice en materia de rapiña. Todas las legislaciones civilizadas castigan el abuso de confianza, excepto cuando lo comete un comerciante en artículos que no son de alimentación.

¡Cuán grandes son las preocupaciones en el mundo civilizado! Comerciantes acribillados de multas como falsificadores de comestibles al grado de vender venenos, fungen en la sociedad sin restricciones, como tipos de exquisita honorabilidad.

Los hombres que hacen honradamente su fortuna en el comercio al menudeo me inspiran el mismo género de respeto que los piratas chinos.

En el comercio colonial, el abarrotero representa la hipocresía andrajosa de la maldad. Los comerciantes siguen a los conquistadores como los cuervos a las epidemias; mas el cuervo es correcto, espera que la epidemia mate. El abarrotero colonial es más que el inspirador de los asesinatos políticos, él es delator profesional de los que resisten a su propia rapiña e imbécil petulancia. Es el cuerpo abarrotero el que sirve en cubo de cloaca la cantárida de todas las lujurias, al voluptuoso pretor de la Colonia; es el cuerpo abarrotero el que excita a la tiranía, el que perfecciona verdugos, el que se rebela para hacer fusilar niños, el que inventa crueldades que horrorizarían a un inquisidor, el que traiciona a su patria a la hora de la rebelión, vendiendo armas y municiones a los rebeldes; es el que corrompe a los pretores, contrata para su nación desgracias, humillaciones, derrotas y el que no tiene más pasión, ni más fe, ni más dios, ni más patriotismo, que

la busca del oro con el crimen y fundando vicios inauditos con tal de que puedan explotarse.

Cuando el fraile se conmueve al fin ante una gran desgracia, cuando el pretor soldado llega a llorar sobre un dolor sobrehumano, cuando hasta las serpientes se desarman de su dardo mortífero sintiendo atacados sus nervios por alguna exclamación del sufrimiento, el abarrotero colonial permanece firme con la mirada en el oro, con la crueldad por todo sentimiento, con la bestialidad carnicera por toda idea. Este tipo sórdido, grasoso, maloliente, bruto, agusanado por una avaricia sin fin, se le presenta a los colonos como el tipo caballeresco de la leyenda heroica española.

Cuando después de toneladas de memoriales, de súplicas respetuosas, de estadísticas elocuentes, de libros abrumadores, de censuras que surgen de todos los países civilizados, la metrópoli llega a comprender que el régimen colonial es el régimen del deshonor para ella y la colonia, cuando en virtud de esa convicción la corona imperial decide hacer a sus colonias una pequeña concesión de justicia, cuando decide refrescar las humillaciones con un débil soplo de benevolencia, cuando proyecta disminuir en un millonésimo de atmósfera la presión colonial, el abarrotero ennegrecido por una cólera de reptil y radiante de salvajismo, se opone firmando en su insolencia ¡Yo el Rey! y entonces la metrópoli tiembla, su gobierno pide perdón, sus agentes en la colonia hacen una hecatombe para aplacar al dios irritado y el abarrotero triunfante gira algunos kilos de oro para comprar en la metrópoli la cantidad de ministros, arzobispos, generales, legisladores y príncipes, necesaria para destituir al pretor, ratificar la opresión y aumentar los privilegios por medio de nuevas leyes, que prohiban en la colonia la agricultura, la industria, la decencia, el arte, la dignidad y, sobre todo, que

prohiban saber leer escribir, pensar y que hay en el mundo otras naciones además de España.

Más que el clero, más que los funcionarios ineptos o corrompidos, más que todos sus vicios tradicionales, más que las armas de todos los capitanes que han vencido a España, la han aniquilado sus abarroteros coloniales. Horrible tipo subhumano cuya paleontología se encuentra en el terreno volcánico de la conquista encomendada por la suerte a pueblos bárbaros.

Es el abarrotero con todos los vicios de su pasado, más los adquiridos por el hecho de la conquista, y sin ninguna de las grandezas legendarias de la España militar, quien se encargó de civilizar la América. Ni las Leyes de Indias, ni los frailes virtuosos como Las Casas, ni virreyes inteligentes y honrados como Gasca y Mendoza, pudieron hacer cosa alguna contra el abarrotero.



Los latinoamericanos debemos sólo un gran servicio al abarrotero; al obligarnos a odiarlo, nos enseña a amar la libertad con furor, con pasión, yendo hasta la anarquía. El abarrotero es culpable de la sangre que aún se derrama en nuestra América.

La tiranía del abarrotero es un hecho especial, moderno, extensamente sensacional. En la Antigüedad se conocieron como despotismo el teocrático, el cesáreo, el oligárquico y el demagógico. El despotismo teocrático tuvo imperante fundamento en los dogmas de ardiente fe; el cesarismo vive con el poder de la victoria que impregna a los pueblos de fuerza efímera y de glorias dolientes; la oligarquía emana de la riqueza industrial de una clase, dotada de elevadísima ilustración; la demagogia es un relámpago de autoridad producido por un choque deslumbrador de utopías y palabras que ilumina siempre el caos de siniestras anarquías. Detrás de cada despotismo clásico, hay algo grande, algo de verdadero,

algo de suntuosamente humano, algo de impulsivo hacia un objeto noble, lógico o fantástico.

Pero el despotismo abarrotero colonial tiene de horrible que está formado por una plebe pastoril y agrícola, sin ideas, ni sentimientos inspirados por tribunos sabios o artistas de palabras, que modelan paraísos. Las plebes tempestuosas que aterraban a la república romana senatorial y las que querían comprar en Francia, a fuerza de sangre, la libertad en 1793 eran muy superiores a esas manadas de pastores o jornaleros españoles que emigraban a las colonias broncos, sin idioma, sin conciencia de hechos generales, sin imaginación, sin instintos de progreso, sin belleza en sus aspiraciones, sin inteligencia para concebir alguna utopía opaca, sin haber escuchado grandes mentiras ni grandes verdades políticas; sin haber sido frotados por doctrinas y excitados con promesas de universal justicia y bienestar. Si las plebes demagógicas son horribles, las plebes de bestias campestres son ignominiosas, lastiman la vista en la historia y el corazón cuando se las recuerda. Las plebes demagógicas duran en acción lo que las tempestades, mientras las plebes abarroteras han gobernado más de trescientos años a España con la corrupción y a la América Latina con el terror y toda clase de prostituciones. Una plutocracia de palurdos feroces, reinando siglos sobre millones de hombres, es una mancha indeleble para esos hombres. La Roma imperial no conoció la humillación de ser gobernada ella y sus colonias por la clase bestial de la sociedad que llega a la fortuna no por el deber y la inteligencia, sino por privilegios enormes y maniobras criminales capaces de convertir a un sapo en un semidiós. La Edad Media tampoco conoció ese cetro de grasa, de sangre, de basura, de rapiña desvergonzada, que arregla los pliegues de la púrpura imperial del abarrote; en ninguno de los círculos de la *Divina Comedia*, la hu-

manidad sufre por la avaricia inmunda de los abarroteros coloniales. Ni en la dominación española en Flandes, en Italia y en Portugal aparece el abarrotero imperial como señal de abyección de los dos pueblos que tiraniza: el conquistador y el conquistado. Ninguno de esos pueblos hubiera sufrido la tiranía abarrotera seis meses; por mucha menos vergüenza hicieron su independencia. Sólo las razas tropicales, las del maíz y las del arroz, han podido aguantar siglos un gobierno de bestias podridas y sanguinarias; la peor tiranía para un hombre es la de un animal salvaje. Mientras en el mundo no se conoció el maíz y el arroz, la humanidad no pudo deshonrarse por un despotismo que las hordas africanas monárquicas no han sufrido, ni hubieran aceptado sufrir. Manelik tiene algo de noble, tiene la piel de un gobernante y la gloria limpia de un guerrero; los títulos de gobierno de los abarroteros, significan el último grado de abyección en los pueblos que los soportan; es imposible que un pueblo sometido por centurias al cetro abarrotero pueda hacerse demócrata inmediatamente después de su independencia.

España prácticamente delegó los poderes del cielo y de la tierra al abarrotero para que ¡¡¡civilizase!!! a la América. Las Leyes de Indias fueron como un exordio de algo que no debía existir. La obra, como se sabe, fue digna de su autor.

15. El indio y el mestizo

El indio es desinteresado, estoico, sin ilustración; desprecia la muerte, la vida, el oro, la moral, el trabajo, la ciencia, el dolor y la esperanza. Ama cuatro cosas seriamente: los ídolos de su vieja religión, la tierra que le da de comer, la libertad personal y el alcohol, que le procura fúnebres y

sordos delirios. Es un hombre que debía vestir como una monja y regalar sus magníficos dientes, pues ni ríe, ni habla, ni canta y casi ni come. Job en su muladar es un vociferador de color socialista, el indio en el suyo, es el verdadero Job con aspecto taciturno y ateo. ¿Para qué la imprecación si no hay cielo más que para los conquistadores del indio? ¿La lengua del indio nadie la entiende y él no quiere hablar la de sus verdugos? ¿Para qué trabajar si nada puede ser suyo? Acabó de pillarlo el conquistador y sigue el fraile, y cuando el fraile acaba continúa el cacique, y cuando se ahorca al cacique, lo expolia su ayuntamiento, su amo, un tinterillo, cualquiera; el indio es de todos los que quieran dominarlo. El indio sólo tiene una gran fiesta: el velorio; la presencia de la muerte lo alegra, lo hace danzar, en las tomainas del cadáver aspira todo un Apocalipsis: el muerto gestoso, verdoso, populoso, es la *chef-d'oeuvre* del banquete, el canto tiene el compás de la canción cananea, monótona, igual, insufrible; sonando a gota de agua sobre plancha de fierro incandescente. No hay en esa gran fiesta la turbación religiosa, ni un miedo solemne, ni la crispadura de la duda en las pupilas, ni los tonos lívidos del dolor en los semblantes; hay una estupidez báquica que babea alegremente entre sonrisas afónicas dos embrutecimientos: el de la tradición y el del aguardiente.

El mestizo vulgar ha heredado bastante de esa rapacidad del español que fijaba la atención histórica de Tácito. Es fanfarrón y valiente como el español, pero no es supersticioso, ni potruco, ni semidiós, ni pregona fidelidad al rey, a la dama y a Dios. El mestizo es prácticamente polígamo, infiel a todas sus damas, a sus dioses y a sus reyes. Es un espíritu bárbaramente escéptico, amante del espíritu galo, desinteresado como el indio, con una gran virtud, nada, ni nadie le produce envidia. No tiene más

aspiración que la de ser muy hombre, aun *cuando sea un* hombre muy desaseado hasta tocar el *diogenismo ibero*. No ha heredado del español las cualidades *visigóticas* de excelente aunque intratable marido y amante cariñoso a sus hijos. El mestizo, tan pronto como gana cincuenta centavos diarios, mantiene cinco hogares para el culto del amasiato, ignora cuantos hijos ha tenido y conoce a muy pocos. Adora los derechos del hombre sin saber qué es la justicia; ama a su patria y tiene el sentimiento de lo que es una gran nación; es fiel como un árabe cuando promete pelear e informal como un astrólogo cuando ofrece saldar sus deudas. En materia de dinero, ni cobra, ni presta, ni paga; odia la usura, el jabón, el uso interno y externo del agua, los peines, la economía y a los gachupines (nombre que da a los españoles). El mestizo es anticlerical, jacobino con apetito sanguinario, se burla de los frailes sin aborrecerlos y le entusiasma todo lo que es novedad, progreso, osadía, civilización. Tiene, en general, muy buenas facultades intelectuales y hubiera avanzado mucho, si no amase el alcohol tanto como el indio, vicio que no es común en el español.



El mestizo es susceptible de gran civilización, si se sabe combatir en él el alcoholismo y lanzarle junto a otro obrero trabajador, que lo ponga en alternativa de perecer o trabajar. Es decir, al mestizo lo puede fácilmente salvar el Estado y la inmigración. El porvenir irrevocable del indio lo explico al final de este libro...

163. Causas de revolución

Algunas personas ilustradas en México, y sobre todo los extranjeros, creen en la posibilidad de una guerra civil cuando cese el actual estado de cosas. Tal temor no

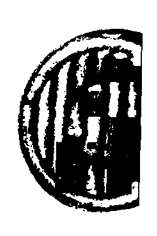
tiene más que una probabilidad remotísima: una pérdida grande de cosechas de maíz o una sucesión de pérdidas suficiente para determinar una gran crisis industrial y comercial que ocasione en el gobierno el estado de disolución por falta de pago de seis meses de quincenas. Pero esta desgracia puede ocurrir también mañana; es una amenaza con la que debemos contar mientras no resolvamos por la inmigración nuestro gran problema agrícola.

La paz en las naciones latinas es la sumisión de las clases profesionales, revolucionarias por estudio, porque en toda sociedad representan el elemento progresista, y todo progreso es por su naturaleza revolucionario; en cambio del aseguramiento de su existencia con los capitales de la industria y del comercio y, sobre todo, con los fondos públicos. La penuria del erario en nuestra América siempre ha sido un alarido de guerra civil, resonante en todas las demás clases sociales, y causa vértigo oír la fúnebre frase que ha derrocado a nuestros gobiernos: ¡Los negocios no marchan! Esta frase, no en la boca de una banal prensa de oposición que la pronuncia todos los días, sino en la boca de los hombres de negocios, ha sido y será la sentencia de muerte de la paz pública.

¿Ha habido en México realmente revoluciones de principios? Sí; pero para una revolución de principios es preciso ante todo que haya principios. En México, los viejos principios conservadores ya no inflaman a nadie; las personas ilustradas van con igual indiferencia a la función religiosa que los librepensadores dedican cada año a la Virgen de Guadalupe, como a una tenida masónica, o a un concierto eclesiástico o protestante. Los jacobinos verdaderos tienen simple afecto por sus principios, pero están casi seguros de no encontrar en el curso de un millón de años a los hombres especiales para ellos. Los llamados científicos, entre los que me cuento, están

convencidos de que la organización económica impone irresistiblemente la organización política, y que para modificar ésta es indispensable transformar aquélla; en consecuencia, sus principios se reducen a desear y sostener un gobierno probo que desenvuelva lo más rápidamente posible la riqueza pública.

Principios nuevos no los hay hoy, ni quien quiera hacerlos; los sabios, como los tontos, los ricos, como los pobres, estamos cansados de principios que no representan la conciencia económica de la sociedad. Pero si las revoluciones de principios en México son casi imposibles antes de treinta años, sí pueden ocurrir las del hambre, que en América Latina son frecuentes. No hablo del hambre de las masas populares; que cuando no pueden comer beben, y cuando no pueden beber mueren sin ruido y sin epitafio, en caso de pérdida parcial o importante de las cosechas. Hablo del hambre terrible de las clases medias cuando la industria entra en crisis y el erario público en bancarrota.



En la América Latina hay dos grandes motivos de revoluciones y ruina nacional, con el mismo origen; el famelismo de las clases medias, que como he dicho tienen que ser fisiológicamente revolucionarias mientras la sociedad o el Estado, o ambos, no les proporcionen medios de subsistencia. En un caso, la sociedad, teniendo sólo una industria miserable, encomienda al Estado la misión de hacerse cargo de las clases medias, sobre todo, de la muy abundante profesional. Si el Estado no puede llenar su misión por su indigencia, entonces los famélicos se dividen en dos bandas de buitres como en el Perú, ocupando alternativamente el poder por medio de revoluciones poco sangrientas y con el objeto de devorar lo que el fisco, debatiéndose con furia e insensatez, logra atrapar.

En Bolivia no hay ni siquiera la organización de las bandas de forajidos, allí existe por la falta de quincenas un tumulto burocrático que, cuando llega al paroxismo, asesina con cualquiera de sus manos al presidente de la República, y en menos de medio siglo van once asesinados, proporción más fuerte que la del antiguo imperio romano y la de todos los países mahometanos.

Es fácil conocer a primera vista cuando una nación de la América Latina se encuentra en la situación lamentable de Perú y Bolivia, sin leer su historia antigua o contemporánea; basta examinar sus presupuestos. Cuande los ingresos efectivos no se eleven a un peso oro por habitante, el régimen de gobierno es el tumulto burocrático perpetuo con producción de guerras civiles casi sin interrupción y horribles asesinatos de personajes.

Cuando no hay industria que ayude al erario público a soportar y satisfacer el famelismo de levita, entonces, si las rentas públicas no llegan al año a dar cuatro pesos oro por habitante, se realiza el caso del Perú, el gobierno alternativo de dos bandas de buitres aplicados a la mezquina producción del país.

En los países de la América Latina que llegan a desarrollarse hasta tener el Estado con ayuda de la industria y el comercio la posibilidad de sostener a la terrible clase revolucionaria y de aplacarla por medio de práctica metódica y continua de los principios culinarios; se producen dictadores enérgicos que salvan al país de la anarquía y lo hacen profesar mientras llega el inevitable canibalismo burocrático estilo República Argentina, y digo inevitable, porque está en lo imposible una sucesión de grandes dictadores enérgicos y probos. Al primer dictador débil y crapuloso surge el canibalismo y contra él no sirven minas de oro, ríos de diamantes, mantos de carbón de piedra de millones de leguas y valles como el que poseen

los norteamericanos entre las *montañas Rocallosas, los* Appalaches, el Golfo de México y los lagos del Norte. Con esas riquezas y otras aún no imaginadas, la miseria tiene que apoderarse de los pobres pueblos ricos sometidos al canibalismo.

Ya he dicho que el canibalismo burocrático lo practica la Argentina en primer lugar, y que este régimen no es más que la exageración del planteado en Francia por la funesta república parlamentaria. Cuando el Estado se corrompe, es indispensable un corruptor de primer orden, y entonces surge lo que los franceses con terror y cólera llaman Sindicato Judío, estupenda maquinaria de corrupción, deshonra y muerte de los pueblos latinos que llegan a tener riquezas. El Sindicato Judío no es la "Mecánica Celeste" de Laplace, sino la "Mecánica Panamista" de José Reinach, de Cornelio Herz y del famoso Arton. La trinidad que encabeza el gran aparato de corrupción nacional llamado Sindicato Judío dividía admirablemente sus delicadas y semíticas funciones en Francia.



Reinach se entendía con los ministros, era el hombre de los grandes golpes, que costaban millones de francos. Cornelio Herz se distinguía por su amabilidad exquisita con los jueces; a un presidente de corte de apelación le prestó, sobre una finca del valor de 300 mil francos, 1 200 000 francos, colocados en segunda hipoteca. A otro presidente también de corte de apelación, le compró una quinta del valor de 100 mil francos en 500 mil. Pero el principal era Arton, la verdadera alma del Sindicato. Arton había organizado un regimiento de duelistas con todo género de armas: florete italiano, puñal corso, navaja sevillana, rifle boero, espingarda árabe, alfanje turco. El que escribía contra el Sindicato recibía una gran carga de pedradas, o sean injurias de la Corte de los Milagros de la prensa parisiense que manejaba Arton, y una vez ter-

minada la carga de las pedradas, seguían los duelistas; si el imprudente escapaba con vida seguía la policía, los envenenadores, el mundo oficial, el bancario, el judicial, en una palabra, se desplomaba sobre el irreverente toda la indignación falsa de Francia, pero tan ruidosa y potente como si hubiera sido verdadera.

Arton tenía otra especialidad, era el encargado de los banquetes al mundo oficial más activo y una vez terminada la comida, los invitados pasaban al salón de juego, donde sucedía lo contrario que en todas las partidas que no son de Sindicato Judío. En la partida de Arton todos los puntos ganaban forzosamente. Hábiles tahures agentes del Sindicato tenían perfectamente domesticada a la casualidad como a los perros sabios de los circos norteamericanos. Arton se encargaba también del amor, del amor serio se entiende, de preferencia el adúltero; a los ministros les ofrecía toda clase de mujeres, de todas las razas, posiciones y temperamentos. El Sindicato Judío no dejaba vicio sin ración pletórica.

El Sindicato Judío, con más o menos atractivo que el manejado por Arton, es un aparato indispensable en todo Estado que se corrompe. No conozco toda la organización del Sindicato Judío argentino, porque la prensa de esa nación no escribe frecuentemente en su primera plana: "Revelaciones", nombre con que se anuncia en una república parlamentaria un "Panamá", con la poderosa instrumentación de los *Hugonotes* o la *Africana*.

En las peores épocas para México, cuando bajo la corrupción de una dictadura vandálica, el agio ha tenido un trono en nuestra administración, hemos llegado a tener judíos, jamás hemos descendido hasta ser gobernados por un Sindicato Judío. En el presente de México el agio no existe, y la gestación financiera está en pureza a la altura de la más honrada del mundo.

EFECTO MORAL DEL PERIODO DE PAZ

por EMILIO RABASA

LA PAZ y la prosperidad de más de treinta años debieron de influir en el espíritu y las tendencias del pueblo, modificándolos notablemente. Hasta 1876, las generaciones se encadenaban dentro de periodos revolucionarios sucesivos; cuando una no podía ya llevar el fusil, la siguiente era ya veterana en las guerras fratricidas, y la tercera, la de los nietos, comenzaba a iniciarse en los combates, en tanto que en 1908, los hombres de cuarenta y cinco años abajo, es decir, los aptos para la fatiga, no tenían recuerdo alguno de guerras vistas, ni habían encendido la imaginación de sus hijos con el relato de las hazañas, los peligros y las penalidades, que eran antaño la materia de las conversaciones del hogar. La tradición revolucionaria estaba rota por un periodo de olvido. Los jefes militares de historia, que habían sido los cabecillas principales de todas las revueltas, no eran ya factores peligrosos: los más habían muerto, los vivos estaban agotados por la edad. En cuanto a los caciques, dominadores de comarcas aisladas, con prestigio local, que fueron antes el mejor elemento para levantar a los pueblos, habían muerto también o habían abdicado por viejos o por seducidos. El general Díaz, impidiendo la sucesión del cacique en la familia tanto como la aparición de uno nuevo, acabó con el cacicazgo en el país, en beneficio de los pueblos, de la autoridad y de la ley.[1]



[1] El jefe político, tan acusado de tiranía después y no sin razón, era tan malo como se quiera, pero no tenía nada de co-

Cada una de las capas del pueblo consciente tenía motivos para encariñarse con la paz, puesto que sentía sus beneficios, si bien las menos ilustradas no relacionaban tan claramente como las superiores los beneficios con la paz; mas aún, para aquéllas, los salarios habían subido en todas partes, la subsistencia era más cómoda, por más que no fuese abundante, mayor la participación en la vida, y mucho menos mala la presión del jefe político que las violencias, los dolores y las vejaciones revolucionarias que habían padecido las generaciones pasadas.

El pueblo no quería revoluciones; si hubiera sido posible someter a votación libre la idea de una revolución, no habría tenido el uno por ciento de votos favorables. Quería, sí, un cambio de gobierno; pero no lo habría aceptado a costa de la paz y del bienestar del país, y convencido de que el general Díaz no abandonaría el poder, y de que tampoco se le podía deponer pacíficamente, porque en México la elección contra el gobierno es imposible bajo el sistema electoral que tiene, se resignaba a esperar la muerte del Presidente, seguro de que cualquier sucesor tendría que hacer concesiones al espíritu democrático.

Se decía entonces, y más se ha dicho después, que el pueblo estaba enervado y envilecido, afeminado por el bienestar que la dictadura le ofrecía a cambio de sumisión. Ésta es una vulgaridad como hay muchas, que dichas de ligero, parecieron la primera vez verdades nuevas y trascendentes, y que a fuerza de repetidas pasaron a evan-

mún con el cacique. En 1910, no había un solo cacique en México. La Revolución llamó caciques a los jefes políticos, con una ignorancia completa de la índole del cacique, su función y su generación absolutamente contraria a las de cualquiera autoridad, por mala que sea.

gelios indiscutibles; pero que no resisten el análisis, ni tienen comprobación en los hechos.

Un pueblo abyecto no tiene opinión, y en México había opinión pública, que si no podía manifestarse en partidos políticos organizados, hablaba con libertad y sin escrúpulo en todas las clases y en la extensión del país, condenando la perpetuación de la dictadura, a la vez que encomiando su obra.

Un escritor eminente, que ha analizado como ningún otro el estado político y la psicología sociológica de los pueblos latinoamericanos, y por cierto nada sospechosos para la democracia, Lord James Bryce, hace en su libro *Sudamérica* estas observaciones que parecen apuntadas con relación a ese periodo de México: "Hay estados en el desarrollo de una nación, en que es tan importante establecer la seguridad e inculcar en todos cuán necesaria es, que todo lo que contribuye a la seguridad contribuye al progreso... El amor a la libertad es más noble que el amor a la seguridad, pero a veces tiene que ser pagado éste, antes de que pueda funcionar bien aquél... Es verdad que el deseo de orden y seguridad puede conducir a los hombres a que se sometan a un poder arbitrario; esto ha sucedido muchas veces desde la época de César y su sobrino; pero por lo común ha acontecido, no porque los hombres hayan dejado de amar la libertad, sino porque, comprendiendo que no pueden tenerla juntamente con la seguridad, creen que tener una de ellas es mejor que no tener ninguna."



En otro lugar dice el mismo escritor: "¿Qué es lo primero que se necesita para hacer posible la prosperidad de un pueblo? ¿No es el deseo y el respeto del orden, la convicción de que debe haber un freno para los impulsos y pasiones del individuo, una ley cumplida, medios de contener la violencia y proteger las vidas y propiedades

contra la fuerza física? Esta convicción aumenta con el acrecentamiento de los bienes y los hábitos industriales."

Todas estas verdades, llanas y sencillas, estaban en el espíritu público de México e influían en la clase consciente; pero las revoluciones tienen su arsenal en la parte inconsciente de la población, que es mucho más numerosa, y si ésta no existiera en México, no tendría el país más desórdenes que la Argentina, Chile, Uruguay o Costa Rica, que cuentan con una población casi uniforme. Ciertamente, la seguridad, base del trabajo y de la riqueza, es menos noble que la libertad, lo mismo que el pan es menos noble que el libro; pero en el orden de la derivación y, por lo mismo, en el cronológico, que son los que la realidad impone, tienen primer lugar el pan y la seguridad. Por lo demás, cuando un elemento sin alteza propia es el medio de llegar a un fin elevado, su empleo se ennoblece tanto como el fin que se intenta.

Pero hay consideraciones más generales que han de tenerse en cuenta para entender la situación de México y juzgar de ella con mejor criterio. Todas las luchas de los pueblos en el desenvolvimiento secular que ha llevado a los superiores a su estado presente, se han reñido por dos fines diversos y en dos etapas distintas. Primero tuvieron que constituir su nacionalidad, defenderse de los pueblos vecinos y enemigos, hacer y asegurar *su autonomía;* y para este fin, que era el de vivir, que era el superior, el único, se necesitaban unidad y fuerza; y entonces el gobierno absoluto se impuso por sí solo, producto de generación espontánea, obra de la naturaleza, útil e inevitable. Fue éste el periodo de la cohesión nacional que debía ser indestructible; de la disciplina individual hecha en las durezas de la obediencia esclava, ante el mandamiento del Estado que representaba la autonomía y del rey que era el Estado. Después viene la etapa

de las luchas interiores por la soberanía popular, mediante las cuales y con suerte varia, los pueblos reclaman y obtienen libertades para el individuo y participación en el manejo de sus propios destinos, hasta sustituir el Estado envejecido con la Nación moderna.

Éste fue el desarrollo de los pueblos europeos, que crecieron confiados a las leyes de la naturaleza, en los que nada hubo artificial que alterara el crecimiento normal y armónico de los órganos; y en esos pueblos la disciplina precedió a la libertad, la unidad nacional se anticipó a la soberanía del pueblo y el ciudadano fue antes que la democracia.

Los pueblos latinos de América tuvieron, bajo el dominio de España, aprendizaje de la sumisión, pero no el de la unión nacional por un peligro común a la raza; el poder extraño que los puso a salvo de ataques exteriores, los privó de los beneficios de esas guerras y los condenó a sufrir las consecuencias de una vida artificial, como el niño que fuera criado en la alcoba para preservarlo de los peligros de la vida común en que al fin ha de entrar. Cuando rompieron la sumisión por la independencia, estaban obligados a invertir el orden de las derivaciones; proclamar la libertad e ir por ella a la disciplina, declarar la soberanía popular en agrupaciones sin fuerza cohesiva, y establecer la democracia para que ella hiciera al ciudadano. Esa era la ímproba tarea de la clase superior de los pueblos de raza y educación heterogéneas; de esa clase salían los ideólogos que predicaban principios e iniciaban las revoluciones; pero la masa general, en que habían de cumplirse las leyes naturales, producían al dictador, creaban el poder absoluto, que es el que la naturaleza impone a los pueblos sin unidad, sin disciplina y sin conciencia nacional.

Así es como ha venido a sustituirse el periodo de for-

mación que faltó a esos pueblos. Las nacionalidades definitivas (hasta donde pueden decirse definitivas las nacionalidades) fueron obra de hace varios siglos en Europa; en los pueblos nuevos de América se trabajaron en la primera mitad del siglo XIX. Unos se confederan y después se dislocan; otros se agregan a la vecina más fuerte y después se independizan; aquélla es objeto de disputa entre dos mayores y al fin logra su autonomía; ésta sostiene la suya a costa del sacrificio de la mitad de sus hombres; y todo trabajo de formación corpórea se hace simultáneamente con el trabajo espiritual de la democracia, de los derechos del hombre, de la organización de la república con sus más ideales bellezas.

México, con una nación enteramente europea por vecina, e incapacitada de llevar a su enorme y lejana frontera el nervio de la autoridad central, perdió primero un Estado por secesión, y luego la mitad de su territorio por conquista. Este fue el fruto que recogió de la inversión del proceso natural biológico, inversión que originó de continuo convulsiones histéricas de libertad anárquica, alternadas con periodos cortos de despotismo inseguro, como pugnas enérgicas por la subordinación de fuerzas locas desencadenadas.

El dictador fuerte, que en los países latinoamericanos ha hecho la unidad y la disciplina que en Europa fue obra del poder absoluto, no apareció en México en cincuenta años, sea porque el hombre faltaba o porque la ocasión no era propicia. Santa Anna no sabía mantenerse; Juárez no vivió lo bastante y había consumido siete años en guerras. Pero Juárez preparó el sistema, y la Intervención francesa el campo para el gobierno de cohesión nacional, de suerte que para crear la dictadura sólida, larga y fecunda de Díaz, concurrieron oportunamente la situación hecha y el hombre necesario para aprovecharla.

La dictadura del general Díaz se caracterizó por la dedicación exclusiva y constante de toda su fuerza en favor del país; por una benevolencia superior que ahorraba los medios de fuerza; por la moralidad administrativa llevada hasta donde es posible en todos los órganos del gobierno; por la honradez del gobernante y la sencillez y limpieza de la vida privada del hombre; pero, sobre todo, por el respeto a las formas legales que guardó siempre y que sirvió para mantener vivo en el pueblo el sentimiento de que sus leyes, si no eran cumplidas, eran respetables y estaban en pie para recobrar su imperio en época no lejana.

La dictadura contó ampliamente con la opinión pública durante muchos años. El pueblo, puesto en el caso que Bryce supone, prefería la seguridad exterior e interior a las discusiones de la libertad que tan caras habían costado a la nación y a las familias; porque el hecho que Bryce presenta en la forma modesta de una observación, es en realidad una ley. La opinión pública facilitó la suavidad de la dictadura y colaboró con ésta; inconscientemente la opinión alentaba al régimen y lo ayudaba a arraigarse y a perpetuarse.

El pueblo había obedecido a una ley psicológica, y no se diferenciaba con ello de cualquier otro: "No había dejado de amar la libertad, sino que comprendiendo que no podía tener a la vez la libertad y la seguridad, prefería tener uno de estos bienes a no tener ninguno." Sabía también que "aunque es más noble el amor a la libertad que el amor a la seguridad" hay situaciones en los pueblos en que "todo lo que se hace por la seguridad se hace por el progreso" y que el progreso material e intelectual prepara para el régimen libre y acerca a los pueblos al ejercicio de sus derechos. La riqueza multiplicada le había dado fuerzas; once mil escuelas derramadas en el

país habían dado rendimiento no despreciable para el cuerpo nacional de hombres conscientes; y mientras el pueblo crecía, el gobierno envejecido se debilitaba, y en tanto que la opinión ganaba en vigor, el gobierno cortaba sus relaciones con ella y dejaba de tomarla en cuenta.

Más que la falta de libertades políticas, cuyo ejercicio no es general ni siquiera en pueblos reconocidamente demócratas, el desagrado público procedía de la inmovilidad del gobierno, que es intolerable bajo un régimen personal que perpetúa irremediablemente sus defectos y lastima siempre las mismas llagas. La impaciencia era general y se manifestaba claramente. Si ha de llamarse "partidario" de un hombre, en este caso, al que desea verlo en el poder, puede decirse que el general Díaz conservaba muy contados partidarios.

La nación había ganado en unidad de espíritu y en unidad material; la opinión era más amplia y uniforme; por lo mismo era mucho más importante como factor que en la época en que el Presidente había sabido conquistarla y utilizarla. Si el general Díaz no la hubiera perdido de vista, la habría interpretado con el sentido de las realidades que fue una de sus mejores dotes; no la habría obedecido retirándose: pero la habría contentado de algún modo; esto no era difícil, puesto que nadie deseaba un derrocamiento estrepitoso que deshonraría a la nación. Pero él no se acordó de la opinión o la consideró inútil; porque en sus últimos años sólo daba importancia a la opinión exterior, que lo preocupaba honda y exclusivamente.

La opinión nacional era tan adversa a la continuación del general Díaz en el gobierno, como a la idea de un movimiento armado para deponerlo. Esta contraposición determinaba un equilibrio delicado, para cuyo mantenimiento se necesitaban el pulso y la habilidad que el

general Díaz había tenido veinte años antes, y que ya lo habían abandonado.

Para apreciar la posición real que el gobierno del general Díaz guardó durante muchos años, es preciso prescindir de las teorías democráticas y ver claro que, al aplicar los procedimientos con que ellas se realizan, el sufragio popular resulta incapaz de traducir ni expresar la voluntad de la nación. El procedimiento democrático sirve para dar al gobierno una base de apariencia legal; pero ni en los pueblos mejor preparados para él se produce el soñado gobierno popular; es decir, el que el pueblo apoya, sostiene y ama. El único gobierno realmente popular no es el que hace la elección previa, sino el que conquista la adhesión de la sociedad por la conducta y por la obra.

La Ciencia política no se nutre ya de las teorías, a que sólo se atienen los agitadores y los ignorantes. Hace tiempo que los tratadistas de la ciencia han hecho la consideración de lo poco que la opinión pública significa en una elección, puesto que la elección se hace por los "clasificados" artificialmente por la ley como aptos para el sufragio, en tanto que la opinión reúne el sentir de "todos los dotados" por la naturaleza y la educación con las facultades necesarias para juzgar, opinar e imponer su juicio en la conciencia nacional. El llamado sufragio universal es lo menos universal que pueda darse: excluye a las mujeres, que son la mitad de la población; excluye a los menores de edad, que después de los 17 años (por lo menos) tienen mucha más aptitud que muchos de los "clasificados"; a los extranjeros, que en gran parte tienen cultura e interés en el gobierno. A las casillas electorales no van, en los pueblos ejercitados, más del 50 % de los llamados por la ley, y sin embargo, basta la mitad de éstos para hacer la elección. A esto se ha con-

venido en llamar la "voluntad del pueblo", como fórmula consagrada para suponer el reinado de la democracia y dar a la sucesión del jefe del gobierno una base que se preste al respecto y un procedimiento pacífico. El sistema es aceptable, porque no hay otro; pero el producto que rinde es extraño a la opinión pública, que la mayor parte de las veces llega a desautorizarlo.

La opinión pública no está sometida a leyes clasificadoras; se forma por el asentimiento de todos; nace de la experiencia de un gobierno en acción y no en promesas; obra sin miedo, ni cálculo, ni campañas; es el producto infalsificable del conjunto de la comunidad, en que se reúne la opinión de los mayores de edad, de los menores, de los extranjeros, de las mujeres, que tienen libertad de espíritu y fuerza de propaganda superiores a las del hombre, en la familia y en la sociedad. De estos elementos conscientes la opinión pasa a los inferiores con acción efectiva y no ficticia, y los que como electores son autómatas inútiles, en la vida común son factores reales, aptos para sentir los beneficios y llevar sus simpatías al concierto general que ensalza a quien los produce. Así es como se levanta y sostiene el verdadero gobierno popular, y como se abaten los gobiernos impopulares, sin relación alguna con su origen democrático o antidemocrático.

Tal fue el caso del gobierno del general Díaz, nunca de origen electoral y siempre apoyado en la opinión pública. Sin precedente en nuestra historia y con muy pocos en la del mundo, conquistó la voluntad del pueblo, y el pueblo lo amó mucho tiempo y lo admiró hasta su muerte.

EL PROBLEMA POLÍTICO

por Andrés Molina Enríquez

Tres circunstancias esenciales dominan todo el campo de nuestra política interior, es la primera, la que la larga lucha sostenida por todos los elementos étnicos que componen la población nacional ha elevado a la condición de predominante y al rango de elemento político director, al elemento mestizo; es la segunda, la de que las condiciones especiales en que la expresada lucha ha tenido que hacerse han conducido al país a aceptar y a exigir, como única forma estable de gobierno, la forma dictatorial; es la tercera, la de que las condiciones propias de esa forma de gobierno exigen forzosamente en los gobernantes que deban presidirla, especialísimas circunstancias de educación y de carácter.



La base fundamental de la política interior. La base fundamental e indeclinable de todo trabajo encaminado en lo futuro al bien del país, tiene que ser la continuación de los mestizos como elemento étnico preponderante y como clase política directora de la población. Esa continuación, en efecto, permitirá llegar a tres resultados altamente trascendentales, es el primero, el de que la población pueda elevar su censo sin necesidad de acudir a la inmigración; es el segundo, el de que esa población pueda llegar a ser una nacionalidad; es el tercero, el de que esa nacionalidad pueda fijar con exactitud la noción de su patriotismo. Todo ello hará la patria mexicana, y salvará a esa patria de los peligros que tendrá que correr en sus inevitables luchas con los demás pueblos de la tierra.

El elemento mestizo o sea el partido liberal, es el preponderante en la población. Está en nuestro concepto fuera de toda discusión el hecho de que, a partir del Plan de Ayutla, el elemento mestizo es por su fuerza social el elemento preponderante de la población, y como tal se ha constituido en la clase política directora. Para hacer más comprensible lo que afirmamos en este punto, recordamos a nuestros lectores que el elemento de referencia forma lo que en nuestro lenguaje político corriente se ha llamado *partido liberal.* A él están sujetos el grupo *conservador* y el *moderado,* de los *criollos señores;* el grupo de los *dignatarios* y el de los *reaccionarios* de los *criollos clero;* y el grupo de los *criollos nuevos,* o *criollos liberales,* que hoy pudieran también llamarse *criollos financieros.* No creemos necesario recordar, en apoyo de lo que venimos diciendo, que el señor general Díaz es mestizo, es decir, liberal y de los verdaderos, y que durante su gobierno han sido mestizos casi todos los ministros, gobernadores, jefes de zona, etc., etc.

Necesidad de que el elemento mestizo continúe en el poder. La necesidad de que el elemento mestizo continúe en el poder, se impone por tres razones concluyentes: es la primera, la de que es el más fuerte; es la segunda, la de que es el más numeroso; y es la tercera, la de que es el más patriota.

El elemento mestizo es el más fuerte. Es indudable que el elemento mestizo es el más fuerte, puesto que en una larga carrera que ha durado más de tres siglos, a través de inmensas dificultades, y en lucha con los demás elementos, ha llegado a preponderar. Su fuerza le viene de su sangre indígena, y como está en contacto íntimo y en constante cruzamiento con el elemento indígena que es todavía numeroso, puede renovar y renueva de un modo incesante, sus energías.

El elemento mestizo es el más numeroso. Es también indudable que el elemento mestizo es el más numeroso, puesto que representa el cincuenta por ciento de la población nacional, estando el cincuenta por ciento restante representado por los indígenas en un treinta y cinco por ciento, por los extranjeros y criollos en un quince por ciento, según hemos dicho en otra parte. Además, por su contacto y cruzamiento constantes con el elemento indígena, va absorbiendo a éste y aumentando sin cesar su propio número.

Desde la Independencia hasta nuestros días, el elemento indígena ha disminuido en la proporción en que el mestizo ha aumentado.

El elemento mestizo es el más patriota. Si afirmáramos que es igualmente indudable que el elemento mestizo es el más patriota, adelantaríamos una conclusión que debe ser precedida de premisas que no hemos asentado aún. El elemento mestizo es, en efecto, el más patriota de nuestro país; pero, como es natural, los elementos que le son contrarios no comprenden su patriotismo, y en general, todos los elementos étnicos que señala como menos patriotas nuestra rotunda afirmación precedente, pueden querer saber los motivos de la apreciación que nos atrevemos a hacer de su sentimiento patrio. Vamos, pues, a fijar la noción del patriotismo.

Definición de la patria. La noción de la patria, es un concepto que todos creen tener, y que pocos, muy pocos, son capaces de definir. La patria, ha dicho el señor licenciado don Justo Sierra, actual ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (*Historia general, Manual escolar*), es, en sustancia, *el altar y el hogar.* La definición es exacta pero es demasiado profunda. Nosotros, sin embargo, para explicar la verdad de esa definición, nos vemos en el caso de entrar en mayores profundidades: tenemos que hacer

un nuevo y muy largo apunte científico, que por ser el más saliente de todos, lo señalamos de un modo especial.

Apunte científico sobre los orígenes orgánicos de la patria. Es generalmente sabido que todos los organismos son agregados celulares: esos agregados tienen un periodo de actividad que se llama vida; y esta última se mantiene merced a un fenómeno bien determinado de combustión. La combustión de que se trata, y aquí nos referimos a los apuntes científicos anteriores, se hace por la combinación del oxígeno del aire aspirado por la respiración, y del carbono del suelo ingerido por la alimentación. Las dos funciones primordiales de la vida son, pues, la respiración y la alimentación. Como la primera es fácil y sencilla merced a la abundancia y a las condiciones químicas del aire atmosférico, no requiere esfuerzo alguno especial por parte del organismo; pero como la segunda, merced a la dispersión y a la variedad de composición de los elementos que necesita, requiere un trabajo inmenso y extenso, resulta de mayor importancia ésta que aquélla, y ante la función primordial del esfuerzo orgánico, es la de la alimentación a que nos referimos. Los organismos mantienen su estado de agregados celulares, mediante la ley de la gravitación universal que sostiene el equilibrio mecánico de todo lo que existe, y que se traduce en esos agregados por la atracción mutua de las celdillas componentes, en razón directa de sus masas y en razón inversa del cuadrado de sus distancias respectivas, siendo determinado el estado susodicho por el juego de múltiples fuerzas que obran en múltiples circunstancias, y que han llegado a ciertas condiciones de equilibrio, equilibrio que la herencia se encarga de fijar y de perfeccionar; pero en esos mismos organismos, obran fuerzas de otro género desarrolladas por la combustión vital, y éstas por una parte, se traducen en la elaboración de nuevas celdillas con algunas

de las substancias que la alimentación proporciona, y por otra parte, se traducen en una modificación incesante del estado de equilibrio anterior, para dar espacio, lugar y acción a las nuevas celdillas.

Tales fuerzas que en conjunto llama Haeckel (*Historia de la creación natural*) "fuerza motriz interna", van determinando el crecimiento del organismo durante su vida.

La acción combinada de las fuerzas llamadas con toda propiedad fisicoquímicas, fuerzas de cohesión que son las que sostienen el agregado, y las que detienen al crecimiento progresivo de ese agregado y son las que en conjunto llama Haeckel fuerza formatriz interna, produciría necesariamente el crecimiento indefinido del mismo agregado, o sea del organismo, si esas fuerzas, combinadas, no obraran en contra de las ambientes que son las de la atracción de la tierra, las de la presión de la atmósfera, las de la temperatura, etc., etc., y si su propia acción no determinara la acción de esas fuerzas ambientes en sentido contrario. Las fuerzas, pues, de estabilidad y de desarrollo por una parte, y las ambientes contrarias por otra, producen un equilibrio especial que determina lo que en otra parte hemos llamado la arquitectura de los seres. Esa arquitectura explica la forma especial de los organismos; la homogeneidad y la continuidad relativas de las causas originales de esa arquitectura explican las relativas homogeneidad y continuidad de las formas en las especies.

Cuando la fuerza que en conjunto y siguiendo a Haeckel llamamos antes fuerza formatriz interna, crece, es decir, cuando domina a las ambientes contrarias, el organismo crece también; pero en cuanto aquélla llega al límite de su equilibrio con las otras, es decir, con las ambientes, el crecimiento orgánico se detiene. Dadas la complejidad, variedad y diversidad de las fuerzas sostenedoras del agregado

y de las componentes de la formatriz interna, por una parte; y dadas, por otra parte, la complejidad, variedad y diversidad de las fuerzas ambientes contrarias, no se llega al equilibrio entre unas y otras, sino después de múltiples oscilaciones cuya intensidad y duración varían en cada caso. De todos modos, en esas oscilaciones, cuando las fuerzas ambientes se sobreponen y no están todavía extinguidas por compensación todas las componentes de la formatriz interna, aquéllas producen en algunas de éstas detenciones inevitables; esas detenciones que como es natural se ejercen de preferencia sobre las fuerzas que modifican incesantemente el estado de equilibrio anterior, para dar espacio, lugar y acción a las nuevas celdillas, detienen el crecimiento total del agregado; pero dejan vivas las fuerzas productoras o elaboradoras de nuevas celdillas, supuesto que esas últimas fuerzas son interiores y están casi sustraídas a la acción de las fuerzas ambientes, por lo que dentro del organismo continúa el trabajo interior orgánico de la elaboración de nuevas celdillas. Ese trabajo determina, pues, por su labor, la producción de un exceso de celdillas, que a virtud de la detención del crecimiento que les daba salida, colocación y acción, las aglomera aparte, las comprime, y a virtud de la nueva naturaleza que a su conjunto da la condensación de masa y de energía que determina ese nuevo conjunto, es decir, ese nuevo agregado celular, se rompe la unidad cohesional del todo, y el agregado total, para no llevar una carga que le estorba en el proceso de su desarrollo, la expulsa, la separa de sí y la coloca aparte. Separado el estorbo, desprendido el peso que detiene momentáneamente el ascenso de su desarrollo, el agregado principal, como el globo que lucha con la presión atmósferica cuando arroja un poco de su lastre, vuelve a continuar dicho ascenso, que por lo mismo provoca una nueva reacción ambiente contraria, que da

lugar otra vez a la formación, a la condensación y al desprendimiento de un nuevo agregado celular. Llega la vez en que el equilibrio se establece por completo, y entonces ha quedado muerta, supuesto que ha quedado compensada, la fuerza formatriz interna; cesa el impulso que se sobreponía a las fuerzas ambientes contrarias, y entonces el organismo prolonga su existencia sólo merced a la defensa que hace contra esas fuerzas que ya no domina; un poco más tarde, la acción persistente y siempre renovada de las fuerzas ambientes, obrando sobre un compuesto celular cuyas fuerzas no tienen ya acción, se sobrepone a estas mismas fuerzas, y entonces la combustión vital termina, la vida se apaga, y comienza un movimiento inverso al de la vida, que es el de la acción de las fuerzas exteriores contra las orgánicas: ese movimiento desorganizador, es la muerte.

La formación, condensación y desprendimiento de los excesos celulares que se forman en defensa del agregado principal, requieren la formación, el empleo y el desarrollo de fuerzas secundarias que nacen y se desenvuelven en el organismo, a paso y medida que se efectúa el proceso de su evolución. El trabajo de eliminación de los agregados celulares excedentes, es enteramente semejante al de la expulsión de los desechos de la combustión, y en general al de la expulsión de todo lo que estorba a la vida del organismo. El organismo se siente mal con lo que le sobra, y al expulsarlo, experimenta una sensación de placer, tanto más intensa, cuanto más le importuna lo que necesita eliminar y cuanto más esfuerzo le cuesta eliminarlo. Tal es la razón sustancial del apetito genésico: éste tiene como impulso interior, el deseo de expulsar algo que importuna, y tiene como incentivo, el placer que se recibe al lograr la expulsión.

Todo lo que llevamos dicho es tan claro, tan evidente,

que no necesita comprobación; sin embargo, indicaremos algunas ideas confirmatorias. Cuando el agregado celular por razón del desarrollo excesivo de las fuerzas de cohesión y de crecimiento, llega a alcanzar el equilibrio con las fuerzas ambientes sin oscilaciones de acomodamiento anterior, entonces el producto es un ser anormalmente grande, si es un hombre, es un hombre de estatura excepcional: pues bien, ese ser, ese hombre, es siempre infecundo. Por el contrario, el ser, el hombre que por falta de fuerzas alcanza el equilibrio demasiado pronto, es infecundo también. Cuando un hombre, prematuramente ejercita por la acción de sus centros directores nerviosos sus facultades genésicas, detiene su desarrollo; cuando el hombre que ha llegado a su pleno desarrollo, obliga a su organismo por un celibato antinatural a la absorción de los excesos celulares que ese mismo organismo forma, sufre trastornos orgánicos terribles, e imprime inevitablemente sobre su rostro las huellas de un vivo dolor.

La circunstancia de que la formación, la condensación y la expulsión de los excedentes celulares, tienen en el organismo la importancia de actos de defensa vital, ha puesto esos actos, en conjunto, casi a la altura de los que, en conjunto también, hacen el trabajo de la alimentación. En efecto, las dos funciones primordiales de la vida son la existencia y la reproducción. Lógico es, por lo tanto, que la división del trabajo orgánico entre ellas, durante el larguísimo proceso de la evolución de todos los seres, haya acabado por separar esas funciones en órganos distintos, y después por dividir el organismo en dos, correspondientes a los dos sexos. Recorriendo la escala de los organismos, desde la *amiba* rudimentaria hasta el hombre, se nota primero la falta de división en las funciones de que se trata, después se ven nacer esas funciones, más adelante, se ven nacer los órganos correspondientes a ellas,

luego se ve progresar la separacion de esos organos, y por último, se consuma la completa division de los dos sexos. La separacion de los sexos, supone, pues, la division de un mismo ser en dos partes, encargadas de desempeñar funciones exclusivas, pero complementarias. Un hombre no es un ser completo, supuesto que le falta la facultad de reproducir, una mujer no es un ser completo tampoco, supuesto que le falta la aptitud de mantenerse en una lucha desigual de trabajo con los hombres. El hombre, en la unidad humana, es el organo llegado a la categoría de ser distinto, encargado de las funciones de provision de la alimentacion del organismo total, la mujer es el organo llegado a la categoria de ser distinto, encargado de las funciones de reproduccion. En el larguisimo proceso de division del organismo principal en los dos organismos correspondientes a las dos funciones organicas fundamentales, la disposicion de la masa celular y de las fuerzas que en ella actuan, se han dividido en el sentido de la separacion de los dos sexos y aun en el de la elaboracion separada de estos mismos, pero conservandose y perfeccionandose como necesaria consecuencia de dicha separacion, puesto que esta obedece a la ley de division del trabajo, las relaciones de integracion que los unen. En resumen, todas las masas celulares se han dividido en dos series que comprenden a los dos organismos sexuales, y cada masa sexual distinta ha seguido las formas de la arquitectura general humana, pero en la del hombre es en la que han quedado las funciones activas de la provision de alimentos y es en la que ha quedado la fuerza principal del crecimiento, por lo que es en ella donde mas se agranda el conjunto celular y donde tienen lugar la formacion, la comprension y la expulsion del exceso, siendo estas mayores las que explican el mayor tamaño, la constitucion mas solida y mas fuertemente articulada, la mayor fuerza y la

mayor acción sexual del hombre sobre las condiciones correlativas de la mujer; en la masa de la mujer han quedado las funciones de la eliminación de los excesos celulares. Como la masa de la mujer no tiene la parte correspondiente a las fuerzas de provisión de alimentos y de elaboración principal de las celdillas de crecimiento, no lleva poderosas energías de desarrollo, no requiere una construcción sólida y fuerte; por lo mismo, su masa dedicada a funciones inactivas, ofrece la flojedad y la redondez que para nosotros constituyen su hermosura, y esa misma masa detiene su expansión en el punto en que se hace sentir la oscilación entre las fuerzas orgánicas y las ambientes, es decir, en el punto en que comienza la lucha de las últimas por detener a las primeras, razón por la cual es siempre más hermosa, más débil y más pequeña la mujer, y no tiene excedentes celulares. La dependencia entre los dos organismos sexuales es tal, que la mujer no puede proveer a su alimentación sino por la mano del hombre, y el hombre no puede expulsar los excesos celulares sino a través de la mujer. De esta dependencia mutua orgánica, resultado, repetimos, de un proceso larguísimo de correlación evolutiva, depende que cada organismo sexual busque en su unión con el otro, la integración de su propio ser en los términos que admirablemente señaló Schopenhauer (*Las mujeres, el amor y la muerte*). La expresión vulgar de "media naranja" con que un hombre o una mujer designa a su aspirado consorte da una idea precisa de la dependencia indicada antes. Parece, sin embargo, a primera vista, que la independencia de cada organismo sexual es mayor de la que señalamos. Parece en efecto que la mujer no necesita del hombre para sostener su existencia; y parece también, que de ser cierto todo lo que llevamos dicho respecto de los excesos celulares, la expulsión de ellos no requiere la intervención

de la mujer. Aquí necesitamos exponer otra serie de ideas. Todo lo que llevamos dicho acerca de las condiciones en que el organismo humano se ha dividido en dos, y acerca de las condiciones propias de cada uno de los dos organismos sexuales, es bastante para indicar y para explicar la superioridad del organismo hombre, sobre el organismo mujer. De esa superioridad se deriva necesariamente la incapacidad de la mujer para luchar con el hombre. Si en las condiciones de lucha en que se encuentran todos los pueblos constituidos por hombres encargados del trabajo y de mujeres encargadas de la maternidad, se formara una nación de mujeres solas, rápidamente desaparecería esa nación, porque las mujeres de ella no podrían sostener la lucha con los hombres de las otras. Si en un pueblo constituido por hombres y mujeres, se invirtiera la función de las unas y de los otros, ese pueblo también desaparecería, porque las mujeres no podrían sostener la lucha por la vida para mantenerse ellas y mantener a los hombres y para defenderse de los demás pueblos, y por su parte los hombres no podrían desempeñar las funciones de la maternidad, y la multiplicación por sucesión se detendría. En los pueblos naturalmente constituidos por un número aproximadamente igual de hombres y de mujeres, si la división de funciones de los dos seres se hace con regularidad, el pueblo se fortalece, se desarrolla y prospera, porque la carga de cada hombre se reduce a su propia subsistencia y a la de su mujer, y la carga de cada mujer se reduce sólo a la maternidad; la carga de uno y de otro, sólo se aumenta en la parte respectiva con la de los hijos; pero si el número de hombres excede al de mujeres, o si el número de mujeres excede al de los hombres, las circunstancias varían, porque en el primer caso, las mujeres sucumben al trabajo de su función, y en el segundo sucumben los hombres al exceso de su trabajo. Por la construc-

ción orgánica del hombre y de la mujer, los estados sociales en que existe la poliandria o la poligamia, son estados patológicos. En ningún caso, ni en el de la monogamia, ni en el de la poliandria, ni en el de la poligamia, es posible la superioridad de la mujer sobre el hombre, ni siquiera la igualdad de ambos. Precisamente en el caso de la poligamia, que es en el que las mujeres son más numerosas, es donde son más débiles, más abyectas; la fuerza del hombre al sustentar varias mujeres, se divide tanto en ellas, que a cada una es poca la que le viene a tocar. En los estados sociales que se tienen por más adelantados, el femenino es un verdadero absurdo. Quitar una suma considerable de mujeres de las funciones de la maternidad para emplearlas en compartir el trabajo de los hombres, es aumentar para los hombres la carga de su propia existencia y la de sus esposas y familias, con la carga del sostenimiento de un número considerable de mujeres inevitablemente derrotadas en las luchas del trabajo, y es disminuir el número de las mujeres dedicadas a la maternidad. La sociedad se perjudica con el trabajo de las mujeres, tanto por el aumento de incapaces que tiene a la larga que venir a sostener, cuanto por la disminución de la multiplicación de sus unidades. Nada puede justificar la inversión de funciones que en la mujer supone el *femenino*, ni aun la existencia de especiales circunstancias de malestar para la mujer, porque ese mal requiere un remedio que no debe buscarse en las condiciones de la mujer, sino en las del hombre. Si en una sociedad cualquiera, las mujeres se encuentran mal, es porque los hombres no desempeñan debidamente su función. Es, pues, imposible que la mujer separe su existencia de la del hombre. El hombre por su parte, no podría hacer la expulsión de los excesos celulares, de un modo natural, sin la mujer. El hombre y la mujer se completan

orgánicamente, como se completan de hecho en el abrazo de su conjunción.

La separación de los excesos celulares se hace, según hemos dicho, a virtud de la molestia que causan; mientras esa molestia dura, ella ahoga cualquier otro sentimiento; pero cuando desaparece, las cosas son distintas. La mutua dependencia de todos los órganos formados por las múltiples funciones combinadas de un organismo, y la creación en éste de órganos directores, establece entre todos aquellos órganos un sentimiento de unidad, y en éstos el cuidado de mantenerla. Así, pues, se forma un sentimiento de defensa común; cuando algo lastima una parte cualquiera del organismo, el resto por conducto de los órganos directores, acude inmediatamente a defender la parte herida y a impedir la continuación del daño. Precisamente de esa circunstancia se deriva el sentimiento de protección y de defensa que hace al hombre amparar a la mujer, supuesto que el sistema de los órganos directores y de los órganos de la fuerza, ha venido a formar el organismo sexual hombre; y de la misma circunstancia se deriva el sentimiento que hace a la mujer acogerse al amparo del hombre, supuesto que la mujer es un sistema de órganos dependiente del organismo total cuya principal parte es el hombre. Mas cuando una parte cualquiera del organismo, por algún trastorno interior ocasionado por el mismo funcionamiento de él, produce dolor, entonces el deseo de separar ese dolor lleva al impulso de separar toda la parte que lo produce. Cuando la gangrena corroe un pie, cuando el cáncer muerde alguna entraña, entonces la defensa del organismo consiste en la separación de aquel pie, o en la expulsión de esa entraña: una vez separado el dolor, el sentimiento de unidad de la integridad orgánica vuelve, y el organismo torna a considerar la parte separada como parte suya, sintiendo y lamentando su se-



paración. No hay que decir que la existencia del sentimiento de la integridad orgánica supone un largo proceso de formación; pero es indudable que ella es cierta en el hombre. Ese sentimiento de la integridad es el que ha dado origen al abrazo, forma material y manera de atraer y de unir al organismo propio, el organismo complementario. Ese mismo sentimiento ha dado origen también al beso, que generalmente acompaña al abrazo, y que no es más que la forma grosera y material de comunicar al ser complementario el aliento de la propia vida. Los excesos celulares producen una molestia inconsciente, pero intensísima; en los animales de ciertas especies se conoce con el nombre de brama, y coincide, por razón natural, según lo que hemos dicho antes acerca de los fenómenos de combustión de la vida, con las épocas del año en que el calor ambiente hace menos difícil el trabajo orgánico y más vivo, por consiguiente, su proceso. La molestia a que nos referimos, produce la expulsión de los excesos celulares; pero una vez expulsados, el sentimiento de su dependencia al organismo total se hace sentir. Acaso ese sentimiento sería débil y momentáneo, si la masa desprendida fuera inerte, si consistiera en materia muerta destinada a una rápida descomposición y a una desaparición inevitable, pero no lo es, es materia viva, es parte de la materia misma de que el organismo se compone, lleva comprimidas, pero latentes, todas las fuerzas de sostenimiento y de crecimiento del organismo total, y esas fuerzas llevan entre sí las mismas condiciones de correlación con que se encuentran en aquel organismo. No se necesita más que poner esa materia en condiciones de distender sus fuerzas comprimidas (toda germinación es un fenómeno de dilatación) para que continúe su desarrollo por sí sola, y para que merced a la igualdad de intensidad y de dirección de sus fuerzas latentes, reproduzca con

fidelidad las formas generales de la masa celular del organismo original de que provino. El organismo total, pues, cuida del desarrollo de la masa segregada, como cuida de su propia masa; cuida la materia de que se desprende como cuida la propia que en él vive, y la cuida, por medio de un sistema especial de órganos que han llegado a ser un organismo sexual: *la mujer.* La mujer a su vez, formada de la masa misma del hombre, como con toda exactitud dice la tradición bíblica, para recibir y dilatar la masa celular segregada, la recibe con placer, sufre todos los efectos de la molestia que ella causa por sí misma y por el principio de su dilatación y de su desarrollo, y cuando ya está en condiciones de seguir una vida relativamente independiente, la expulsa, a la vez, con el dolor de un arrancamiento y con la satisfacción de un alivio. Así, el organismo total, o sea la suma del organismo *hombre* con la del organismo *mujer*, encuentra en los mismos obstáculos que se oponen a su desarrollo los medios de continuar ese desarrollo indefinidamente. Esto pasa siempre con todas las fuerzas físicas: si al encontrar una resistencia no llegan a compensarse determinando un estado de equilibrio, no se pierden, supuesto que no se pueden perder; cambian solamente de dirección. Si en el cauce de un río se levanta un dique, se necesita que éste forme un lago que pueda contener todo el caudal y que pueda detener toda la fuerza de la corriente de ese río; de lo contrario, la corriente cambiará de dirección, abrirá nuevo cauce, y por él correrá el caudal, pero más o menos, como corría en el cauce anterior.

Una vez que el ser sucesor se desprende y deja de ser una molestia orgánica directamente para la madre e indirectamente para el padre, aquélla y éste reciben la sensación del sentimiento integral. El nuevo ser es una parte del organismo en conjunto, y la misma necesidad de pro-

tección y de defensa que siente el hombre como órgano superior, por la mujer como órgano inferior de sí mismo, sienten la madre primero y el padre después, considerando éste en lo sucesivo al órgano *hijo* como una derivación del órgano *mujer*. La familia queda así constituida, y mediante ella, el organismo humano se mantiene siempre vivo en la tierra y se dilata a través de las edades.

Constituida la familia, su evolución ha sido la consecuencia necesaria del desenvolvimiento natural de los sentimientos orgánicos que hemos indicado antes. Esos sentimientos constituyen al padre en jefe de la familia, a la mujer en persona subordinada al jefe, y a los hijos en derivación de la madre y sometidos como ella al jefe de la familia. Esos mismos sentimientos se encuentran en todos los pueblos primitivos, como se encuentran en todas las especies animales superiores. Causa verdadera extrañeza que en el campo de las ciencias sociales haya podido tener cabida la idea sostenida por muy respetables autores, de que el instinto social, considerando a éste como un atributo innato en los hombres precedió a la familia y formó ésta primero, y la sociedad después por virtud de circunstancias de acción exterior; hasta se ha formulado la singular teoría de que la familia es derivación de la propiedad. En los días que pasan, no puede admitirse que haya en un ser orgánico, ni instintos ni tendencias que no tengan un origen plenamente orgánico también. El instinto social de por fuerza ha debido tener un origen orgánico, y ese origen es el que hemos indicado antes. Sin embargo, en toda la época que pudiéramos llamar paletnográfica, es decir, en toda la época corrida desde la aparición del hombre en la tierra, hasta que comenzó a mostrar sus tendencias, a fijar las huellas de su paso, abriendo los diversos periodos arqueológicos que prepararon los periodos históricos de los pueblos actuales,

los lazos de la familia debieron ser de fuerza y de intensidad muy variables. Según que los elementos de subsistencia hayan sido abundantes o escasos, la familia ha podido permanecer compacta y aun dilatarse en la tribu, o ha tenido que dispersarse. En nuestro país, la familia ha existido en los apaches, considerados por Reclus como verdaderos primitivos en el estado de bestias feroces; pero por razón de los escasos medios de subsistencia que proporciona la región que habitaban, esa familia no era sólida: los hombres y las mujeres se unían o se separaban según las apremiantes necesidades del momento, y los hijos se independizaban en cuanto podían atender a su propia subsistencia; los padres y los hijos en la necesaria separación de las luchas por la vida, acababan por desconocerse. Así tuvo que suceder en todas partes hasta que la agricultura permitió el aseguramiento de la vida común, e hizo posible el mantenimiento, y por consiguiente el fortalecimiento y la dilatación de los lazos familiares. El encuentro de los cereales, punto de partida de la agricultura, fue el punto de partida verdadero de la vida social. Por eso el origen de los cereales es tan remoto, y por eso todos los pueblos enlazan el encuentro de los cereales a sus tradiciones de origen.

Los sentimientos de atracción orgánica familiar, que repetimos, hasta en los apaches pudieron existir, formaban ya de hecho la familia en Roma, cuando se hizo la redacción de la famosa Ley de las XII Tablas. En Roma, como en todas partes, la multiplicación de los hijos en cada familia fue formando la tribu, la *gens*. Ésta se iba dilatando merced a la atracción efectiva del organismo *padre* fundador, atracción que, por lo demás, de él a sus sucesores, se iba debilitando como todas las atracciones físicas, en razón de la distancia.

En las mismas condiciones orgánicas de la familia, se

encuentran los orígenes, orgánicos también, de la sociedad. Ya hemos dicho que lo que se llama generalmente instinto social y se considera como un sentimiento innato en el hombre, es una consecuencia del funcionamiento orgánico de éste. Tratándose de la sociedad, causa también asombro que sea doctrina corriente en las ciencias sociales la de que en los tiempos primitivos los seres humanos se exterminaban unos a otros, y que fue necesario que se presentaran ciertas condiciones de defensa común para que el germen de la sociedad llegara a formarse; ¡como si todas las especie animales no nos enseñaran que sus unidades no se exterminan entre sí a menos de mediar condiciones especialísimas! De no haber existido desde el principio lazos de familia, la especie se habría extinguido por la destrucción inevitable de los hijos durante la infancia. Lo natural es que los lazos orgánicos de la familia hayan tendido desde luego a formar sociedades; por mucho tiempo, esto no fue posible, como acabamos de decir, por la dispersión de los alimentos; pero cuando aparecieron los cereales, la sociedad pudo desde luego formarse y crecer. Cierto que en el hombre primitivo los instintos animales deben haber tenido una gran fuerza todavía; la familia constituida por la Ley de las XII Tablas lo indica con claridad; pero para que existiera un verdadero estado de guerra entre los hombres, fue necesario que lo determinara, o el agotamiento, o la reducción, o cuando menos la escasez de los medios de alimentación en la zona de la vida general, a consecuencia del excesivo crecimiento del compuesto social mismo, o de la acción de otro compuesto que se encontrara en igualdad de circunstancias; la guerra comenzó más bien por ser colectiva que individual. Veamos en detalle cómo la sociedad se fue formando.

El hombre en su calidad de sistema de los órganos principales, tiene como función primordial, la directora de

todo el organismo; en esa virtud, como los órganos de su sistema propio, le están orgánicamente sometidos, el sistema de órganos *mujer*, y los sistemas de órganos *hijos*; y tan le están orgánicamente sometidos los sistemas *hijos* y *mujer* que puede someterlos de hecho merced a la superioridad física y material que sobre ellos tiene por esa circunstancia. El hombre también, en su calidad de sistema de los órganos principales, desempeña las más importantes funciones de la relación del organismo total: por esa misma razón, tiene a su cargo la protección, el amparo y la defensa del organismo total, es decir, la protección, el amparo y la defensa del sistema propio; siempre la protección, defensa y amparo del sistema *mujer*, que con él poco más o menos se extinguirá; y la protección, defensa y amparo de los sistemas orgánicos *hijos*, en cuanto por una parte la intensidad de las fuerzas orgánicas de éstos, y la lejanía en tiempo y en distancia a que vengan a colocarse con respecto al hombre, no compensen las fuerzas de este último. El hombre tiene asimismo en su calidad de sistema de los órganos principales, y de poseedor de las funciones generales de relación, la carga de la alimentación propia y de la alimentación de los sistemas *mujer* e *hijos*. De su función primordial directora, se deriva la autoridad que el derecho romano formuló y definió tan acertadamente con el nombre de *patria potestad*, autoridad que subordina a la mujer y a los hijos al poder del padre. Consecuencia admirablemente acertada del concepto orgánico de la familia, fue el lugar de hija que el mismo derecho romano dio a la esposa. De las funciones generales de relación del organismo total, se derivaron de un modo natural, para el hombre, la obligación de proteger, de amparar y de defender a la mujer y a los hijos, como partes integrantes de su mismo ser; y para la mujer y los hijos, el derecho a obtener del hombre protección, amparo y



defensa. Aquella obligación y este derecho, como todo derecho y toda obligación, son dos fases de un solo sentimiento. Del mismo origen, del mismo modo, y por igual razón, se derivaron para el hombre, la obligación de atender a la subsistencia común, y para la mujer y los hijos, el derecho a recibir esa subsistencia.

Por otro lado, la condición de partes integrantes del mismo organismo total, que los hijos venían a tener, los unía entre sí como se unen en un organismo cualquiera, los diversos órganos de que se compone. Las relaciones de simpatía, de atracción, de defensa y de interés comunes, que nacen y se desarrollan entre los diversos órganos de un organismo, tenían que establecerse entre los hijos, y tenían que persistir a pesar de su aparente separación. De esto se deducen dos consecuencias importantísimas: es la primera, la de que en la dilatación de la familia, esos lazos de simpatía, de atracción y defensa e interés comunes, vienen a ser los verdaderos orígenes de la cohesión que liga a todos los hijos en una misma familia y a todos los sucesores de esos hijos entre sí; y es la segunda la de que si accidentalmente esos lazos pueden extenderse a personas extrañas, como sucede en las personas agregadas por adopción, sólo son firmes entre las personas unidas por los lazos orgánicos o de origen orgánico, es decir, entre personas de una misma familia. Las adopciones sólo pueden ser posibles, por el acomodamiento obligado de los adoptados a la condición estricta de los familiares.

La autoridad llamada patria potestad por el derecho romano, al dilatarse la familia por la multiplicación de las sucesiones, fue a la vez, como todas las fuerzas físicas de atracción, regidas soberanamente por la ley de la gravitación universal, ejerciéndose sobre todos los sistemas orgánicos independientes, o sea, sobre todas las unidades de la *gens* romana, pero debilitándose en razón de la distan-

cia a que venían quedando las unidades sucesivas respecto del punto de partida de la potestad. A aumentar ese debilitamiento venía a contribuir no poco la necesidad de establecer el equilibrio entre las unidades sucesivas directas de la *gens* romana, y de las unidades venidas por los enlaces y las adopciones, y colocadas entre aquéllas. La muerte no pudo interrumpir el curso de la fuerza orgánica de la patria potestad. En lo de adelante, es decir, en el sentido de la sucesión de las generaciones, se venía reproduciendo con el matrimonio y la paternidad. En lo de atrás, la muerte del depositario de la patria potestad en cada familia, tenía que producir y produjo, la sensación orgánica del arrancamiento de una parte del organismo total familiar, arrancamiento que necesariamente tenía que sentir más el organismo sexual mujer, esposa, directamente unida al organismo sexual hombre, marido, que los organismos hijos, y éstos más que los organismos sucesores nietos, etcétera. Pero de todos modos, aunque con decreciente intensidad, lo sentían todos los miembros de la *gens* romana. En sentido contrario el sentimiento de la protección y de la ayuda material, que desde los últimos miembros de la *gens*, hasta el tronco de ella, se venía desarrollando, difícilmente se podía contentar con la desaparición del punto de partida de ese sentimiento, y tenía que persistir como persistió a la desaparición del primitivo jefe común. En la incapacidad de comprender el fenómeno muerte, y a virtud de la persistencia de la aparición subjetiva del ser muerto, según lo han demostrado numerosos hombres de ciencia, la *gens* se fue dilatando por sus antecesores y a los que fue dando las formas materiales simbólicas que en la prehistoria de todos los pueblos se encuentran, pero a los que atribuyó los atributos fundamentales de su existencia material: la autoridad sobre sus sucesores, y la protección para éstos, en las dos formas



correspondientes a su doble derecho de defensa y de sustentación; todo mito ancestral tenía que tener poder sobre los vivientes, y tenía que dar a éstos, por una parte, la defensa contra el daño, y por otra, la subsistencia para la vida.

Al dilatarse cada familia, en el progresivo debilitamiento de la patria potestad primitiva, en la multiplicación de los que venían a tener el carácter de jefes nuevos, y en la confusión de los enlaces y de las adopciones, tenía que perderse relativamente pronto la filiación completa, verdadera y efectiva, y tenía que suceder, como sucedió, que todas las unidades del grupo sólo tuvieran un determinado número de deidades comunes como resumen de sus antepasados y de las relaciones de éstos con la naturaleza incognoscible y con el universo sideral. De esas deidades se fue derivando con el perfeccionamiento psíquico de las unidades sociales, el concepto de la divinidad superior, creadora de todo, todopoderosa y protectora de todas las criaturas humanas a las que tenía a la vez que sustentar y que defender. Tal es la razón del altar. El altar significa, pues, en conjunto nuestro origen, nuestro sentimiento de unión al principio creador que nos dio el ser, nuestra subordinación absoluta a ese principio, nuestra fe en la competencia de ese mismo principio, nuestra súplica del pan de cada día, nuestra esperanza de defensa en todas las luchas. ¡Qué admirablemente expresado está todo ello en la inspirada creación —el *Padre nuestro*— que enseñó Jesús a sus discípulos en los risueños campos de Galilea! En esa oración, las palabras responden a los sentimientos orgánicos con tanta fuerza, que parecen la voz misma de esos sentimientos. Llama Jesús en dicha oración a la divinidad, a Dios, pan nuestro; lo coloca en las regiones siderales; lo santifica, pagándole así el tributo de su cariño y de su reconocimiento filial; le pide para sí y para sus her-

manos el pan del diario sustento; y por sí y sus hermanos, le dirige una delicada súplica de protección, ofreciéndole, para merecerla, la esencia del sermón de la montaña, la emanación más pura que el corazón humano puede producir, el perdón de las faltas propias cometidas a los demás, y el ruego de que no permita que esas faltas se vuelvan a cometer.

Nótese que Jesús indica desde las dos primeras palabras de su oración el concepto de la divinidad como padre, y la noción de la sociedad como formada por los hijos de una familia, es decir, por hermanos. Eso es la sociedad original en efecto, una dilatada asociación de hermanos. La patria es una ampliación de la sociedad original. La palabra *patria* se deriva de la latina *patria*, que se deriva, a su vez, de la griega *patros*, que significa padre, lo cual supone la misma concepción del agregado social, como una familia derivada de un padre común, o sea como una familia de hermanos unidos por la misma religión. No importa la forma especial de esta última. La de la propia Diosa Razón se puede referir a los mismos orígenes; en ella aparecieron la libertad, la igualdad y la fraternidad, correspondiendo a los sentimientos orgánicos generadores de la familia. La libertad en la revolución es una reminiscencia lejana del deseo de independencia que anima a cada organismo sexual hombre por desprenderse de la subordinación de la patria potestad; no puede expresar jamás otra cosa la palabra libertad, porque es notoria la resonancia que encuentra en todos los hombres y por sí misma no significa nada, o significa un absurdo, supuesto que a mayor estado individual más imperfecto. La igualdad, fue una reminiscencia del sentimiento de identidad de condición que todos los hijos guardan con respecto al padre en la familia; la palabra igualdad, aunque refiriéndose a una idea más práctica, tiene siempre menos resonancia



en el ánimo humano con la de libertad. La fraternidad fue una reminiscencia del afecto que une a los hermanos en una familia. Aun perdida toda noción de parentesco propiamente tal entre las unidades sociales, y toda relación efectiva entre el principio religioso y la cohesión social que agrupa a esas mismas unidades, la concepción de la sociedad como una familia persiste. En los pueblos que han llegado en estos días al mayor grado de desarrollo, se confunden la idea de un padre común y el sentimiento de reconocimiento y cariño a una madre, común también, con la existencia de la agrupación social misma, y se llama a ésta: *la madre patria.*

La unidad de origen, de condiciones de vida, y de actividad, propias de una agrupación patria, de por fuerza se tenía que traducir en otras manifestaciones de identidad. El tipo físico, las costumbres, la lengua, ciertas condiciones provenientes del estado evolutivo y los deseos, los propósitos y las tendencias generales, tenían que ser poco más o menos iguales entre todas las unidades de una patria. El tipo físico como resultante de la igualdad y de la continuidad de las condiciones ambientes; las costumbres como resultantes de iguales esfuerzos en el sentido de la adaptación a esas mismas condiciones ambientes; la lengua como resultante de la comunicación necesaria entre todas las unidades; el estado evolutivo como resultante de la misma evolución común; y los deseos, los propósitos y las tendencias, como resultantes de una misma dirección total de las fuerzas vivas de las mismas unidades. Todo ello tenía que producir, y ha producido, una orientación de todas las fuerzas vitales orgánicas en el sentido de la integral de todas las unidades dichas, de la unidad de origen, de la unidad de religión, de la unidad de formas, de la unidad de costumbres, de la unidad de lengua, de la unidad de estado evolutivo, y de la unidad de deseos, de

propósitos y de aspiraciones comunes: en suma, una orientación hacia lo que podría llamarse el ideal. La patria, pues, es, en resumen, desde el punto de vista sociológico en que la venimos considerando, la unidad del ideal común.

La unidad del ideal común, como resumen de todas las fuerzas sociológicas derivadas directamente de las fuerzas orgánicas que rigen el organismo total humano, que debe ser considerado así lo cual, dicho sea de paso, comprueba, a nuestro entender, la tesis que nuestro amigo el inteligente sociólogo señor licenciado Carlos Pereyra sostuvo hace poco tiempo contra el señor licenciado don Genaro Raygosa acerca de que la unidad sociológica es la familia y no el individuo; la unidad del ideal común, decimos, precisamente porque determina, mantiene y desarrolla las fuerzas de unión fraternal entre todos los miembros de una patria, exige la integridad de ese mismo ideal. Dos son las consecuencias precisas del mantenimiento de esa integridad, y son la conservación del agregado patria por su compacidad propia o interior, y la seguridad de ese mismo agregado por su acción exterior contra los demás de igual naturaleza.

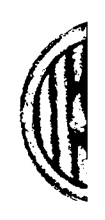


Es claro desde luego, que si el ideal determina la unión social en una patria, porque los diversos sentimientos componentes de ese ideal son los lazos determinantes de aquella unión, es decir, las fuerzas componentes de la cohesión social, la disgregación de esos sentimientos y la pérdida de alguno o algunos, tiene que producir el debilitamiento y la pérdida de las fuerzas correlativas de cohesión, determinando una mayor o menor disgregación social. Por consiguiente, importa no sólo conservar dichos sentimientos, sino desarrollarlos con los múltiples sentimientos secundarios que de ellos se pueden derivar, a paso y medida que las condiciones generales de la vida y del

progreso se vayan perfeccionando. Pero no sólo importa la conservación de los mismos sentimientos para mantener el estado de agregación natural de todas las unidades sociales patrias en su mutua dependencia, sino que hay que desarrollar la fuerza integral que ellos producen, para determinar una agregación más estrecha, una integración más completa y firme de todas esas unidades, con el fin de derivar de la mayor integración así producida, una más perfecta diferenciación y un paso más activo de lo homogéneo a lo heterogéneo, en que consisten, según la fórmula de Spencer, la evolución y el progreso. Es decir, no sólo se necesita conservar las fuerzas de cohesión social para mantener el agregado patria en su natural estado, sino que hay también que desarrollar esas fuerzas para que el agregado se organice y se desenvuelva en una evolución progresiva. Esta evolución, pues, requiere la formación de una organización más o menos integral.

Dijimos en otra parte que, si en el conjunto orgánico de los individuos de una familia, se generaba del padre hacia los hijos un deber de protección y de sostenimiento, se generaba inversamente de los hijos hacia los padres, el derecho a exigir esos sostenimientos y protección: pero por la misma correlatividad que existe entre el deber y el derecho, si los padres tienen el deber de proteger y de sustentar a los hijos, han debido, necesariamente, tener el derecho de autoridad que ya estudiamos. Por su parte, los hijos al tener el derecho de reclamar de los padres protección y sustento, han debido tener el deber de la sumisión. En efecto, como necesaria consecuencia del poder efectivo de los padres sobre los hijos, ha tenido que existir la sumisión efectiva también de los hijos para con los padres. Dilatando la familia hasta constituir la patria, es claro que en ella existen esas dos corrientes de sentimientos contrarios, o mejor dicho, correlativos. La autori-

dad, pues, va de los padres hacia los hijos y sucesores; la sumisión va de los sucesores e hijos hacia los padres. Si la autoridad de referencia existe, se debe, como hemos podido ya comprobar abundantemente, a la mayor capacidad orgánica del sistema de órganos hombre en que nació dicha autoridad, sobre la capacidad orgánica de los sistemas mujer e hijos. El ejercicio de la autoridad implica, pues, la capacidad para ejercerla, por ende la sumisión implica la incapacidad; pero esta misma, por la dependencia que supone a condiciones superiores orgánicas, implica el sentimiento de la confianza en esas capacidades. Por lo tanto, el ejercicio de la autoridad de los padres hacia los hijos y sucesores, implica la capital de los unos sobre los otros; y la inferioridad de los sucesores e hijos con respecto a los padres, supone la confianza de aquéllos en éstos. Mientras vivieron los padres o fundadores de una tribu, la autoridad y la sumisión se ejercieron de él y a él en el sentido que indicamos; pero por una parte, la muerte de esos padres o fundadores, y por otra, la dilatación de la familia, así como exigieron la persistencia de la vida de aquéllos en el sentimiento de ésta, dando origen al culto ancestral primero y a su dilatación después, hasta la creación de la divinidad, exigieron también la continuidad efectiva del poder patrio, y ello dio lugar a la formación de la autoridad, que por semejanza de los padres, se depositó en los ancianos llegados a ser padres también, ejerciéndose la autoridad y la capacidad de ellos, de arriba a abajo en el sentido de la sucesión, y la sumisión y la confianza, de abajo a arriba. Cuando los choques con otros agregados sociales requirieron el ejercicio de la capacidad real de la autoridad, los ancianos no pudieron ejercerla, y ella pasó, de un modo natural también, al individuo orgánicamente más capaz, constituyendo a éste en jefe y a los demás en súbditos. La autori-



dad de ese jefe y la sumisión de los súbditos, han llegado a formar los estados modernos en los que la insigne penetración de Sieyes descubrió las dos corrientes fundamentales del poder público: la autoridad que se ejerce de arriba a abajo; la confianza que se ejerce de abajo a arriba.

La autoridad del patriarca primitivo, de los ancianos que le suceden, y del jefe que sustituye a éstos, según el grado de su agregación social, vienen a servir en todo conjunto patria, de centro, de núcleo de concentración, que por una parte equilibra los sentimientos de mutua atracción de las unidades componentes; por otra, impide la disgregación de éstas, y por otra, da capacidad y fuerza de acción y de resistencia al conjunto. Así constituido el cuerpo social, su marcha total, como la de los agregados orgánicos individuales, dependerá más que de la acción de sus fuerzas interiores, de las ambientes o exteriores. Si la región en que se desarrolla ofrece amplitud, y él no encuentra valladar alguno que lo detenga, la fuerza del jefe se irá debilitando a medida que aquél se vaya extendiendo, y fácil es que hasta se fraccione en diversas tribus que se dispersarán; si choca con algún obstáculo natural, se detendrán y transformarán todas sus fuerzas sociales en fuerzas de selección interior; si choca con algunos otros agregados y éstos disponen de terreno libre como debe haber pasado en la región que hoy ocupan los Estados Unidos, entonces se desalojará y emigrarán; pero si la configuración geográfica no permite el desalojamiento y fácil acomodamiento de todos los agregados, éstos chocarán entre sí con fuerza, y se exterminarán, o compenetrarán, formando agregados de agregados; totales o parciales, en los cuales todos aquéllos o las fracciones en que se dividan, permanecerán con su coeficiente de cohesión y su orientación patriótica propias, hasta que se confundan en uno solo que a su vez seguirá el mismo camino. La mayor

o menor acción y la mayor o menor resistencia de cada agregado en esos choques de los cuerpos físicos, dependerá de su mayor o menor fuerza de agregación, es decir, de la intensidad de su cohesión, o sea en el agregado, de la intensidad de los sentimientos orgánicos constitutivos del cuerpo social; y la intensidad de esos sentimientos, dependerá de la unidad y de la integridad del ideal patrio. En el choque de dos agregados, el de mayor cohesión romperá al otro y asimilará rápidamente los fragmentos de éste; si los dos se rompen y se compenetran, los fragmentos que tengan mayor coeficiente de cohesión, se unirán, vencerán a los otros y se los asimilarán. Los fragmentos de los vencidos resistirán la acción asimiladora de los vencedores, en razón de su propio coeficiente de cohesión social.

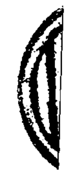
La palabra patria no es sinónima de raza, de pueblo, de sociedad, ni de Estado. La palabra *patria* no es sinónima de *raza*, de *pueblo*, de *sociedad*, ni de *Estado*. La palabra patria, como venimos diciendo, responde a la idea de agrupación familiar; la palabra raza en su sentido amplio responde a la idea de agrupación de unidades humanas de idénticos caracteres morfológicos derivados de la igualdad y de la continuidad de las condiciones generales de la vida; la palabra pueblo responde a la idea de individualidad colectiva suficientemente diferenciada de las demás colectividades constituidas por unidades humanas; la palabra sociedad responde al concepto orgánico que la biología ha dado a toda agrupación humana en que existe una mutua dependencia de vida y de funcionamiento en las unidades componentes; la palabra Estado responde a la idea de organización política en que para la existencia social interior y para la acción exterior, las relaciones sociales han cristalizado en leyes escritas. Una patria puede ser una raza, un pueblo, una sociedad, un Estado;

pero un Estado, una sociedad, un pueblo, una raza, no son siempre una patria. Después de lo que acabamos de decir, no creemos necesario hacer una comprobación especial de esta última afirmación. Sin embargo, la patria y la raza casi se confunden, hasta el punto de que en el lenguaje corriente pueden usarse las dos palabras raza y patria como equivalentes. Esas dos palabras se refieren a conceptos, distintos como dijimos antes, pero las dos suponen un mismo origen, unas mismas condiciones de vida, y un mismo estado orgánico y funcional; entre las unidades de un mismo tipo morfológico se supone el parentesco patriótico, como en las unidades de una misma patria se supone la igualdad de tipo. Por el mismo proceso evolutivo por el que una familia al dilatarse se convierte en una patria, se convierte en una raza; en ese proceso, la raza es el resultado material; la patria el resultado —llamémosle así— moral. A pesar del necesario paralelismo que entre una y otra parece existir, pueden variar separadamente; el cambio de lugar hecho por el agregado patria en conjunto, puede variar por el transcurso del tiempo el tipo de sus unidades y no los sentimientos determinantes de ese conjunto; por el contrario, pueden desaparecer esos sentimientos, desaparecer la patria, y persistir los caracteres del tipo físico...

Como consecuencia de la relación que existe entre la vida humana individual y colectiva, y el suelo en que ellas se desarrollan, llegamos a la conclusión de que la primera condición necesaria para que esa vida sea posible, es que se desarrolle en una superficie determinada de ocupación. Una patria, un pueblo, una sociedad, un Estado, formas todas de la vida humana colectiva, necesitan ante todo, el dominio del territorio que ocupen. La relación entre la vida de una comunidad humana y la ocupación de un

territorio determinado es tan estrecha, que aquélla no puede existir como tal sin esta última. Todos los judíos esparcidos por la tierra, están unidos por una unidad y por una integridad de ideal, que en lo moral realizan plenamente la concepción de la patria como una familia, y sin embargo, no pueden existir como comunidad, no forman una patria, un pueblo; una sociedad, ni un Estado, porque no ocupan un territorio propio y especial. De tal manera, es íntima la relación entre la colectividad patria y el territorio de ella, que se confunden, y en el lenguaje corriente (el Diccionario de la Academia Española dice que patria es el lugar donde se nace) se entiende por patria de una persona la demarcación territorial en que ha nacido.

Como ya hemos tenido ocasión de demostrar, las relaciones entre el agregado social y el territorio que él ocupa, son muy variadas, y comenzando por la simple ocupación sin noción alguna de derecho territorial, hasta el derecho de propiedad desligado de la porción territorial misma, forman toda la escala de la propiedad territorial jurídica...



Lo que es en suma la unidad del ideal de patria. Todo lo que llevamos expuesto acerca de la patria, nos autoriza para formular las siguientes conclusiones: primera, las condiciones orgánicas de la vida humana conducen en todos los agregados humanos, a cierta identidad de hechos, de sentimientos y de ideas que generan lo que hemos llamado el ideal; segunda, el ideal responde, en sustancia, a la unidad de origen, de religión, de tipo, de costumbres, de lengua, de estado evolutivo y de deseos, de propósitos y de aspiraciones; tercera, no puede existir la comunidad social patria, sin la plena comunión del ideal; cuarta, la fuerza interior de la organización social, la fuerza exterior del conjunto, y la fuerza resistencia contra los impulsos sociales extraños, dependerá siempre de la integridad del

ideal, por lo que la pérdida de algunos de los varios componentes del ideal, debilitará correlativamente dichas fuerzas; quinta, en un pueblo, en una sociedad, en un Estado, pueden coexistir algunos agregados patrias completos, y algunos grupos de agregados patrias divididos, pero aquellos agregados mientras conserven su cohesión propia, conservarán su propio ideal, y estos grupos, mientras conserven también su propia cohesión, tendrán la orientación del ideal correspondiente al ideal de su patria respectiva; y sexta, un pueblo, una sociedad, o un Estado, no llegarán a ser en conjunto una patria, sino hasta que entre todos los grupos y unidades componentes exista la unidad de ideal.

El ideal no es todo en la patria: la patria es también el hogar. Sin embargo, de cuanto hemos expuesto anteriormente, no todo es en la patria el ideal. No todo en ella es el altar, según la definición del señor licenciado Sierra: el altar debe estar integrado por el hogar. Fatigaríamos mucho a nuestros lectores si volviéramos a tratar con extensión de las relaciones que se forman entre la vida humana, tanto individual cuanto familiar y cuanto social, y el territorio en que se sostiene y de que se sustenta. Todo cuanto llevamos dicho en esta obra, conduce a establecer, a fijar y a definir en abstracto, y en concreto con referencia a nuestro país, esa relación. Sin embargo, para no dejar aquí sin la debida precisión un solo punto de cuestión tan importante, tomamos del capítulo titulado "Los datos de nuestra historia lejana" las líneas siguientes:

Dada la estrecha relación que existe en todos los pueblos de la tierra, entre las condiciones de producción de los elementos que proveen del carbono necesario para la combustión vital a todas las unidades de esos pueblos, y el grado de desarrollo que éstos logran alcanzar, según indicamos en

el apunte científico que hicimos en otra parte, resulta claro que a medida que los pueblos van avanzando, van haciendo más firmes, más precisas y más complicadas sus relaciones con el terreno que ocupan: van echando, digámoslo así, más y más dilatadas y más profundas raíces en ese territorio, y va siendo, por lo mismo, más difícil desprenderlos de esas raíces y desalojarlos. Los apaches en nuestro país, sin ocupación determinada territorial, sin fijeza alguna sobre el territorio que ocupan, fácilmente pueden ser expulsados del lugar en que se encuentran; basta para ello el envío de algunos soldados. Los pueblos de alta civilización dejan matar a casi todas las unidades que los componen, antes de consentir en perder su dominio territorial. De las relaciones del territorio con la población que lo ocupa, se desprenden todos los lazos jurídicos que se llaman derechos de propiedad, desde los que aseguran el dominio general del territorio, hasta los que aseguran el dominio de la más insignificante planta nacida en un terreno... Empero todos los derechos territoriales a que venimos refiriéndonos, pueden colocarse en los diversos grados de dominio que comprende el sistema jurídico de la propiedad. Más aún, todas las sociedades humanas pueden clasificarse por la forma sustancial que en ella revisten los derechos de dominio territorial, lo cual es perfectamente explicable si se atiende a que, como hemos dicho antes, existe una estrecha relación entre las condiciones de producción fundamental de los elementos carbónicos de la vida humana, o sea entre las condiciones de la propiedad agrícola fundamental, o mejor dicho, entre las condiciones en que el dominio territorial permite esa producción, y el grado de desarrollo que dichas sociedades alcanzan. Con los diversos grados que marca el progresivo ascendimiento de los derechos de dominio territorial, desde la falta absoluta de la noción de esos derechos, hasta la propiedad individual de titulación fiduciaria, que a nuestro juicio representa la forma más elevadamente subjetiva del derecho territorial, se puede formar una escala en que pueden caber todos los estados que ha presentado la humanidad des-

de el principio de su organización en sociedades, hasta el grado actual de los pueblos más avanzados. Los diversos grados de esa escala pueden marcar, con muy grande aproximación, los diversos grados de desarrollo evolutivo de todas las grandes sociedades. La escala referida pudiera ser la siguiente:

ESCALA DE LA NATURALEZA DE LOS DERECHOS TERRITORIALES Y DE LOS ESTADOS EVOLUTIVOS CORRESPONDIENTES

Períodos de dominio territorial	*Estados de desarrollo*
1º Falta absoluta de toda noción de derecho territorial	Sociedades nómadas Sociedades sedentarias, pero movibles
2º Noción de la ocupación, pero no de la posesión	Sociedades de ocupación común no definida Sociedades de ocupación común limitada
3º Noción de la posesión, pero no de la propiedad	Sociedades de posesión comunal sin posesión individual Sociedades de ocupación comunal con posesión individual
4º Noción de la propiedad	Sociedades de propiedad comunal Sociedades de propiedad individual
5º Derechos de propiedad territorial, desligados de la posesión territorial misma	Sociedades de crédito territorial Sociedades de titulación territorial fiduciaria

Consecuencias lógicas de lo que venimos exponiendo son las tres siguientes: primera, que la existencia de un

agregado patria, es tanto más firme y segura, como más dilatadas y profundas son las raíces que ha echado en el territorio que ocupa, segunda, que la forma tangible de las raíces de que se trata, es la de los derechos de propiedad; y tercera, que las raíces de los derechos de propiedad, son tanto más dilatadas y profundas, cuanto más perfectos son esos derechos en su grado de evolución jurídica.

Ahora bien, es claro que tanto más fuerza de adhesión al territorio tienen que representar los derechos de propiedad, cuanto son más numerosos. Esos derechos encaminados a la conservación y al perfeccionamiento de la vida orgánica, consisten sustancialmente en la ocupación del campo que el organismo sexual hombre, labra o recorre en busca del sustento necesario para sí y los organismos complementarios que constituyen su familia, y en el lugar en que da abrigo a todo el organismo conjunto familiar para sustentarlo con los elementos carbónicos recogidos, y para defenderlo de la acción de las fuerzas ambientales. Ese lugar viene a ser, pues, el centro de toda la actividad orgánica familiar, y del hecho material de que en él se congregan, en torno del fuego, esencia y símbolo de la vida, todos los organismos integrantes del organismo total, o sea la familia, ha derivado su nombre, admirablemente adecuado, el hogar. Cuanto más perfectas son las condiciones de la vida orgánica familiar, tanto mayor es el bienestar en los hogares, y tanto más dulces son al calor de ese bienestar, los sentimientos de cariño que atan a los organismos componentes de la familia. Una patria, por lo mismo, es tanto más sólida, cuanto mayor número de hogares contiene y cuanto mayor bienestar confronta la vida en cada hogar.

Perdónennos nuestros lectores las largas digresiones que hemos hecho para definir la patria, en gracia de lo bien

precisa que la definición ha quedado. Vamos a ver ahora. lo que como patria es en realidad nuestro país.

Nuestro país considerado como patria. El ideal de patria en nuestro país. Desde luego, se puede afirmar, que en nuestro país la unidad de ideal no existe. No hay, en efecto, entre todas las unidades que componen la población que ocupa nuestro territorio, la unidad de origen, la unidad de religión, la unidad de tipo, la unidad de costumbres. la unidad de lengua, la unidad de desarrollo evolutivo, ni la unidad de deseos, de propósitos y de aspiraciones que determinan en conjunto la unidad del ideal. La expresada población, por razón de haber sido formada por la compenetración y la incorporación de distintos agregados humanos en muy diversas condiciones, se divide en varios elementos generales que hemos llamado de raza y que presentan desde luego muy grandes diferencias de separación. Esos elementos son, el indígena, el criollo y el mestizo: el negro es insignificante. El extranjero por su calidad de tal, lo consideramos aparte y de él nos ocuparemos cuando sea oportuno.

UNA REVOLUCIÓN TERMINA CUANDO LAS CAUSAS QUE LA PROVOCARON HAN SIDO DESTRUIDAS, Y CUANDO SE HALLAN SATISFECHAS LAS NECESIDADES QUE RECLAMA EL ESTADO NORMAL

por HORACIO BARREDA

PARA los que se imaginan que el estado revolucionario que agita a un país ha de cesar como por encanto, con sólo constituir un gobierno legal; para los que tal cosa piensan, claro es que el axioma sociológico que sirve de título al presente artículo es cosa bien sencilla de realizar, puesto que para esas personas, el orden más perfecto habrá de seguir al más completo desorden, tan pronto como un Jefe de Estado entre a gobernar por ministerio de la ley. ¡La Ley! He aquí la panacea milagrosa, el sumo bien, la entidad suprema, que deberá realizar el prodigio de aliviar instantaneamente una crisis social, como pudo ser curado el paralítico del Evangelio al escuchar el mandato de Jesús.

Las manifestaciones revolucionarias que conmueven a todo un pueblo, deberan disiparse como por arte de magia, tan luego como el designado por la ley, mirado cual nuevo ungido del Señor, toma posesión del alto puesto presidencial. Las lesiones que fueron inferidas al bien público, a las condiciones de existencia de la sociedad, han de cicatrizar desde luego; las causas que fueron origen de la convulsión revolucionaria, ¡qué importa que sean hondas! ¡Qué importa que tengan largo arraigo! ¡Qué importa que hayan afectado nobles partes del organismo social,

y hayan perturbado funciones capitales! ¡Qué importa todo ello. . .! ¡bah. . .! nada vale, porque todos esos males serán aliviados con pasmosa rapidez, si un Presidente, legalmente instalado, se halla a la cabeza de una Nación que todavía la víspera era considerada por todo el mundo como presa de intensa crisis revolucionaria.

Por absurda que parezca semejante manera de razonar, ella es, sin embargo, la que informa en el fondo, el raquítico criterio sociológico que miramos a diario aplicado, por no pocos censores de las manifestaciones que han sido propias de la revolución que tuvo la gloria de acaudillar el señor Madero. Para apoyar mi dicho, bastará citar, entre los muchos ejemplos que podría yo sacar a luz, la serie de desatinos con que se ha pretendido refutar, o mejor dicho, ridiculizar, la bien pensada frase del señor licenciado Luis Cabrera, en la que nos dijo: "La revolución es la revolución." [1]

[1] Los literatos, que incapacitados se hallan para ver más allá de la forma y el estilo, siguen y seguirán tachando esta frase de sosa tautología; los periodistas que aceptan con fruición la incoherencia mental, y habituados están a suministrar al público que los escucha, meras improvisaciones que reflejan las opiniones del momento, continuarán considerando esa expresión como un simple artificio de retórica, bueno para ocultar lo que se ignora, adecuado para improvisar huecas ideas, cuando faltan los pensamientos consistentes; los escritores acomodaticios que siempre tienen a mano escritos, en donde los sofismas se unen en interminable cadena para defender hoy el pro y mañana el contra de una misma cuestión, persistirán en mirar dicha frase como algo demasiado contundente que no cuadra con los conciliadores eufemismos, y que preñada se presenta de amenazas y peligros para los Proteos de la política; los políticos militantes que de las intrigas políticas hacen una profesión, e interesados están en que una revolución enderezada a derrotarlos no sea una verdadera *revolución,* sino una suave farsa revolucionaria que en nada afecte sus insaciables ambiciones y su incesante afán de medro, no perderán la ocasión de ridiculizar unas frases que espanto les causara si fuesen tomadas

¿Qué quiere decir esa expresión que algunos ingeniosos retóricos han tratado de presentar como una verdad de Perogrullo, por más que su verdadero sentido les escape? Pues esta fórmula concisa nos da a entender, precisamente, de un modo sintético, que mientras no sean aliviadas las lesiones más o menos graves de que padecen las condiciones de organización social, inútil es querer que desaparezca como por ensalmo, el cuadro de síntomas que es la inequívoca revelación de que las condiciones del bien público, se han visto gravemente dañadas. Esa fórmula expresa que mientras no sean destruidas las causas de la enfermedad social, vanos serán los esfuerzos que se intenten para que desaparezcan sus naturales manifestaciones, aun cuando el Jefe del Estado sea una autoridad sancionada por la ley. La patología de la sociedad nos dice, como nos lo anuncia también la del individuo, que las revelaciones o síntomas, de un mal, son tanto

en su sentido recto. Nada tiene, pues, de extraño que todos estos espíritus sigan tratando de hacer blanco de sus burlas unas expresiones cuyo verdadero significado les escapa o no les conviene entender. Natural es que en un reciente artículo peridístico, el señor don Francisco Bulnes, con sin igual mala fe, y con la ampulosidad de palabra y ligereza de fondo que le son peculiares, haya querido desacreditar las frases del licenciado Cabrera, considerándolas como una manifestación de "sociología sanguinaria", complaciéndose así en equipararlas ante el público, con un toque a degüello. Pero semejante interpretación, tan sofisticada como mal intencionada, bien nos hace ver cuán grande es la repugnancia que causa a ciertas inteligencias, el solo pensamiento de que la revolución sea la revolución; esto es, que la política del actual gobierno cure de raíz el estado revolucionario, eliminando con férrea mano los gérmenes morbosos que sembró la muerta Dictadura. Sin embargo, y mal que pese a tales resistencias, importa mucho penetrarse de que las convulsiones que agitan a nuestra doliente Patria, y que no son sino los esfuerzos que hace todo organismo para expulsar lo que le daña, no podrán cesar hasta que no desaparezcan los elementos deletéreos, los múltiples principios de desorden, que esparció por

más intensos y duraderos, cuanto mayor es la antigüedad y gravedad de la lesión.

En tal virtud, y mal que pese a los que desean presenciar hoy milagros en la política de nuestro país, las causas que provocaron la revolución que nos conmueve, deben de producir en la actualidad, y seguirán ocasionándolas por un tiempo que fuere difícil precisar, perturbaciones varias que no podría evitar por completo un gobernante, cabalmente porque la última explosión revolucionaria tiene una plena justificación sociológica, porque fueron causas reales, males hondos los que la motivaron, y porque no se debió tan sólo a la culpable intentona de algún jefe militar que, sin más justificación plausible que la miserable ambición personal, inscribe como pretexto cualquier rótulo en su bandera, para asaltar el poder por medio de uno de esos vergonzosos "cuartelazos" o pronunciamiento de soldados que han sido ¡ay! el baldón de nuestra historia.

doquiera el nefasto régimen dictatorial con su incomparable sistema de corrupción. Por lo tanto, para arrancar de cuajo todos esos elementos de desorden que todo lo lastimaron, que todo lo desorganizaron; para poder ir *degollando* tantos vicios, tantos males, tantos abusos gubernativos, tantos gérmenes malsanos, que florecieron al abrigo de aquella refinada hipocresía política, preciso es convencerse de que la primera providencia que deberá tomarse habrá de consistir en relegar a la vida privada a todos aquellos personajes que por tanto tiempo encarnaron tantos daños, Mas esta sana política, esta enérgica terapéutica, la única adecuada para aliviar la grave enfermedad que ha puesto de manifiesto nuestra última revolución, exige tener bien presente que "la revolución es la revolución"; esta política racional pide que todas sus medidas sean guiadas por el teorema sociológico que sirve de título al presente artículo, y el cual no viene a ser sino la fórmula explícita de la sentencia expresada por el señor Cabrera. Toda otra política, llámese de *conservación*, de *atracción*, o de *conciliación*, será tan peligrosa como inoportuna en estos momentos, porque lo único que logrará es prolongar el estado revolucionario, ya que tanto en política como en medicina, un mal no se cura inyectando y fo-

No; la última revolución en nada se parece a las asonadas de la Noria y Tuxtepec, por ejemplo, verdaderos motines militares que sin justificación alguna de carácter social, tan sólo obedecieron a la tenaz ambición de mando que hubo de convertir a un reputado jefe militar en revolucionario de profesión, que lo mismo se levantó en armas contra el más grande de nuestros estadistas, el inmaculado Juárez, como lo hizo más tarde contra el preclaro sucesor de éste, invocando como pretexto el lema de la no reelección que muy pronto debía pisotear. ¡No, y mil veces no! En la última revolución hemos visto a la Nación entera erguirse firme y terrible al sentirse herida en sus más nobles órganos, en sus más importantes funciones, en sus más altos intereses. Fue el puro elemento civil, ¡caso único desde la independencia acá!, el que se levantó en armas para derrocar al perturbador de oficio que después de asaltar el poder público, se complació en abusar, inicuamente, del noble apoyo que quiso prestarle

mentando el desarrollo de los mismos gérmenes que fueron la causa de la enfermedad. No es, por cierto, la doctrina homeopática del *similia similibus curantur*, aplicada a la Política, la que nos dará la paz y el bienestar social. Las miserables intrigas de los ambiciosos vulgares seguirán provocando perturbaciones varias, mientras tan indignos manejos hallen elementos vivos y dañados de que valerse, y en tanto que esos gérmenes morbosos prosperen y cobren bríos al amparo de la protección oficial. Desde las asonadas armas que empapan nuestra tierra con sangre, hasta los tenebrosos conciliábulos en donde se fraguan las más antipáticas maquinaciones, y las escandalosas asambleas que infectan nuestra atmósfera con las injurias y denuestos que se lanzan a los gobernantes; todas esas cruentas, repugnantes y vergonzosas manifestaciones, no son más que los dolorosos síntomas de un conflicto revolucionario, en el que los elementos deletéreos se resisten a ser reemplazados por los sanos, y hacen un supremo esfuerzo para perdurar y seguir inficionando nuestra política, oponiéndose así a que los males y lesiones que hirieron a nuestra Patria puedan ser aliviados.

todo un pueblo, ya cansado de luchas intestinas y ávido de descanso, tranquilidad y paz.

Si existían, pues, hondas lesiones que explican y justifican el estado revolucionario que hoy nos envuelve, justo es suponer que mientras los males causados no desaparezcan, los síntomas que los revelan, o sean las manifestaciones revolucionarias, habrán de persistir; y lógico es afirmar, que el grado de intensidad y persistencia de estas convulsiones sociales, nos pondrá de manifiesto hasta qué punto llegó la desorganización de que es responsable la corrupción de la Dictadura porfiriana. Y aquí cabe llamar la atención acerca de la candorosa tarea de aquellos que, en su afán de defender al régimen caído, no hacen sino desacreditarlo más y más, al complacerse en señalar, con ingenuidad casi infantil, las tremendas revelaciones de desorganización social que manifiestan por doquiera las lesiones causadas por la derrocada Dictadura.

Conviene fijarse en que después de terminado el período agudo de una conmoción social como la que ahora nos agita, muy bien puede suceder que se apague el fragor de los combates, que se aplaquen las manifestaciones ruidosas que trae consigo toda lucha revolucionaria: muy posible es que después de un espacio de tiempo relativamente corto, se advierta cierta tranquilidad que se asemeja a la paz pública; bien puede acontecer todo esto: pero no por ello debemos ilusionarnos sobre la verdadera situación social, pues el estado revolucionario tendrá que persistir en tanto que el organismo social se halle en lucha para desechar los elementos dañados, los gérmenes morbosos, que han herido todos sus órganos, que han perturbado todas sus funciones, después de haber sufrido por largo tiempo la desorganizadora influencia del nefasto régimen de corrupción erigido en sistema de gobierno.

Los esfuerzos que hace hoy nuestra Patria —como lo

hace todo ser vivo— para eliminar de su organismo lo que está dañado, y para asimilar los nuevos elementos que han de vivificarla, requieren tiempo, bastante tiempo, y no será, por cierto, la obra de unos cuantos meses la que podrá operar la regeneración que se hace necesaria para que la crisis social termine y alcancemos la salud pública que ambicionamos. Así, lo único que podemos esperar en justicia de un gobernante sagaz, bien penetrado de las causas que produjeron la revolución, conocedor de los males que nos aquejan, habrá de consistir, sin duda alguna, en la lenta, pero fructuosa tarea, de ir favoreciendo por cuantos medios pueda, las tendencias que sean favorables al resultado apetecido, y en contrariar con indomable energía, las que le sean contrarias.

Si tal es la difícil situación en que nos encontramos, si tal es la abrumadora carga que nos legó la muerta Dictadura, si tal es el gradual trabajo de depuración y de sana reorganización que debe llevar a cabo el hombre que nos gobierne ¿a qué obedecer la necia grita de los que quieren fallar en Sociología, aun cuando ignoren la Aritmética? ¿A qué pedir milagros que ningún hombre podría realizar? ¿Por qué es esto? Pues todo esto se debe a que los que de tal manera gritan ignoran o no han querido ver, que "la revolución es la revolución"; he aquí todo.



Los ciudadanos honrados, los pensadores sensatos, no deben de abandonar su criterio a merced de los que tanto se empeñan, en esta difícil época, en seguir extraviando la opinión pública como fue su costumbre hacerlo en los tristes tiempos dictatoriales que esperamos hayan pasado para siempre. Miremos con tranquila serenidad, para poder justipreciarlos en su valor, los acontecimientos que nos depare la crisis social por que atravesamos. Guardémonos bien de dejar que nuestro ánimo se impresione con las arteras noticias de los agitadores de profesión, que se han

impuesto la antipatriótica tarea de dividir las opiniones, de propagar falsas alarmas, de obscurecer y confundir los hechos, con el mezquino, por no decir criminal fin, de pescar ventajas personales en ese turbio torrente de ideas que sin cesar revuelven, en ese caos periodístico que con tanta fruición explotan, y en donde quisieran envolvernos para extraviar nuestro camino. No abramos el oído a las hipócritas sugestiones de quienes tratan de hacernos creer que los síntomas revolucionarios ya no tienen razón de ser, porque poseemos un Gobierno legalmente establecido. ¡Como si el Gobierno provisional que ahora nos rige no fuese él mismo una palpable manifestación revolucionaria, un síntoma característico de la crisis ocasionada por la desorganización gubernativa que carcomía a la derruida Dictadura!

Fijemos nuestra atención en que el Gobierno provisional ha emanado de la revolución, y en que su misión ha sido operar en un medio revolucionario; por eso es, y penetrémonos bien de ello, que si el señor de la Barra ha sabido cumplir, hasta el día, con el delicado cometido que le impone su elevado cargo, esto proviene de que tiene una clara conciencia de que el espíritu revolucionario se halla en la médula misma de su Gobierno. Este funcionario público, sin dejarse, pues, ofuscar por el carácter legal que ofrece su alta investidura, no pierde de vista que la revolución no puede terminar mientras no se hallen satisfechas las necesidades que reclama el estado normal; y sin considerarse él mismo como un revolucionario, ha gobernado hasta hoy revolucionariamente; esto es, dando entrada en su Gobierno a las influencias revolucionarias que van encaminadas a llenar las condiciones necesarias para la feliz terminación de la crisis.[2]

[2] Hasta el día en que fue escrito este artículo, el señor de la Barra parecía estar bien penetrado del cometido que le imponía su

Circunstancias tan especiales, debidas a una situación anormal, nos hacen ver de qué manera la legalidad ha podido hermanarse con la revolución, las condiciones de autoridad legal con las tendencias libertadoras; y así es como el respeto a la ley y las justas aspiraciones regeneradoras se han fortificado mutuamente, en estrecha alianza, con el patriótico fin de allanar el camino al régimen definitivo que habrá de gobernarnos.

¿A qué se debe, pues, tan fructuosa como prudente conducta? Pues esto se debe, sin ningún género de duda, a que ambas influencias políticas, la que es sucesora del Gobierno caído y la que representa a la revolución triunfante, penetradas se hallan de que "la revolución es la revolución".[3]

Así, pues, para poder ser justos con la revolución y con el Gobierno legal que ella misma tuvo la rara honradez política de apoyar, preciso es no olvidar que esas dos influencias unidas están cumpliendo con su misión; y para no tacharlas de flojas ni débiles, porque no han podido

interinato emanado de la revolución. Posteriormente, y con motivo del levantamiento en el Estado de Morelos, parece que quiso seguir una política propia e independiente que vino a poner de manifiesto la inferioridad de su capacidad como gobernante autónomo.

[3] Si el señor Madero, actual Presidente electo, sigue mereciendo que se le considere como uno de los gobernantes más probos, de intachable honradez política y de altas y limpias intenciones, es de lamentar que su generosidad de sentimientos le haya hecho obedecer a ciertas influencias ministeriales complicadas con afectos domésticos, dando esto por resultado que su política se resienta hoy de tendencias conciliadoras, por hoy inoportunas y contrarias al saneamiento que, el espíritu regenerador y el ansia de justicia nacional que alentaron a la pasada revolución, pedirían para alcanzar imprescindibles necesidades sociales. Es de esperar, sin embargo, que la superioridad moral de este gobernante rectifique bien pronto unas desviaciones políticas que sólo acarrearán trabas y opondrán obstáculos a los sanos y levantados propósitos de que está animado.

transformar una situación social de la noche a la mañana, cual taumaturgos cuyas únicas credenciales aceptables son los milagros, debemos recordar el teorema de Sociología positiva que nos dice: "una revolución termina cuando las causas que la provocaron han sido destruidas, y cuando se hallan satisfechas las necesidades que reclama el estado normal".

Fundándonos en las consideraciones aquí expuestas, nos ocuparemos en un próximo artículo, en la significación sociológica de los llamados partidos políticos.

A LOS LECTORES DE LA REVISTA POSITIVA

Artículo de despedida

por Agustín Aragón

Las condiciones generales de mi patria y las mías propias (malas las últimas por haberse desvanecido casi todo mi caudal con la revolución que empezó hace cuatro años) me obligan a suspender temporalmente la publicación de la *Revista Positiva.* La cariñosa simpatía que me han manifestado por dicha revista muchos de sus lectores me obliga a dedicarles estas líneas; inspiradas por mi amor a la cultura, por el grande a mi patria y por mi fe inquebrantable en las ideas que yo profeso y propago. A la admiración que me causa todo lo que concierne a las ideas, se juntó en mí el deseo de servir a mi patria valiéndome de mi pluma y difundiendo mis opiniones; así nació hace catorce años la *Revista Positiva.* Ni esa admiración, ni este deseo han muerto, al contrario, hoy son más vivos que antaño y prométome volver en no lejanos días a mis voluntarias funciones de editor, pues no he de resignarme fácilmente a soportar la angustia de ver de un modo brusco cortada una planta en que han estado en flor tantas dulces esperanzas mías. Dar uno su inteligencia y su saber de activa manera a una noble causa, y sus entusiasmos a la sociedad amenazada de pavorosa anarquía, apenas es pagar una parte pequeñísima de las deudas con que nos ha cargado el conjunto de nuestros dignos predecesores. Así lo siento y así lo expreso, y bien quisiera hallarme dotado de los dones de los buenos escritores, para realizar en el campo de los hechos y en el de las



letras, lo que me parece óptimo en el de las ideas, esto es, comunicar a todos la admiración que yo siento por todo lo grande y el culto que yo consagro en mis recuerdos íntimos a cuantos con su mano o con su espíritu han hecho sentir en los demás la simpatía que engendran todas las almas entusiastas que se consagran al bien.

Yo siento sinceramente alejarme del espíritu de mis lectores, aunque sea por breve tiempo, y como el hombre que tiene un dolor propende a buscar los consuelos de la confidencia, escribo estas líneas de despedida y desahogo con la certeza de que las almas de mis lectores amigos habrán de acoger con cariño y simpatía las efusiones de mi espíritu atribulado y de mi corazón dominado por la pena.

En los catorce tomos de la *Revista Positiva* he procurado aplicar la grandiosa síntesis de Augusto Comte a nuestro estado social contemporáneo y, al hacerlo, hasta donde me ha sido posible, ora haya yo tratado de cuestiones filosóficas, ya de científicas, bien de literarias, ahora de sociales y, por último, de políticas, me he empeñado para que surja en mi patria la *Religión de la Humanidad*, que, según mis profundas y sentadas convicciones, es el único remedio de los hondos males que minan a esta sociedad en lo moral y en lo social.

Filosofía que no está fundada en la ciencia abstracta, es Teología o Metafísica; ciencia que no se considera desde el punto de vista filosófico, es de poco alcance; artes literarias sin fin social y moral, son malsanas o carecen de eficacia y hasta perjudiciales tal cual vez; estudios sociales en que sólo se estudia un aspecto de la vida social, como los económicos, son infecundos y frecuentemente nocivos; y política que no consiste en una acción general trazada de antemano, con fines y medios perfectamente

indicados y con arreglo a principios reales y en los límites de lo posible y que no se subordinan a la Moral, es mala o desastrosa política. Todo esto lo he propagado en los catorce años que ha vivido la *Revista Positiva*, período bastante para probar el valor de mis convicciones comparándolas con las de muchos otros de mis compatriotas, período en el cual se apagaron algunas de las luces que me guiaban con sus consejos. Mas en esos dos septenios sería irracional creer que no hubiese yo cometido errores en la dirección de mi revista, y reconozco que habría sido mejor no publicar ciertos artículos malos o de escaso valor, que determinadas opiniones no se hubiesen emitido en forma dura y que las frases ardientes de la controversia no se hubieran dado a la estampa. *A posteriori* he visto la gran distancia que hay entre el ideal y la realidad y no me parece nada extraño que haya yo cometido muchas faltas en la dirección de mi revista, ya que, casi siempre, estuve solo y nunca tuve un superior a quien consultar. De mis compañeros de labor, *primus inter pares* fue Horacio Barreda; muy dolorosa fue para mí y sigue siéndolo su temprana desaparición, porque su gran inteligencia, su amplia cultura y su actividad inspirada por el bien social y moral, no dieron a sus coetáneos sino pequeñísima parte de lo que les habría podido dar; su entendimiento era genuinamente filosófico y su acción social de las más nobles y de las más puras. Para mí fue siempre una gran ventaja discutir con él complejos problemas de esta época, pues siempre aprendía yo al verle pesar todos los hechos con mucho cuidado y al escuchar sus conclusiones tan ponderadas y siempre con apoyo en buenos fundamentos. No conoció la frialdad ni tampoco el escepticismo, y su fe en el mejoramiento humano era muy grande; lo más selecto y lo más numeroso de sus producciones se hallan en la *Revista Positiva* y más tarde se ha

de acudir a la colección de ésta para sacar de ella sus escritos sustanciosos y henchidos de maduros juicios. Nunca olvidaré sus objeciones socráticas y tampoco se ha de borrar de mi mente la rectitud de sus opiniones. No sin melancolía pienso en que su gran labor de estudio, realizada por el esfuerzo de una voluntad soberana, acaso haya sido la principal causa de su prematura eterna ausencia; su bondad y su sabiduría y la unión en él de un gran orador moral y de una inteligencia tranquila y bien orientada, le caracterizaron individuándole. Tuvo Horacio por esta *Revista* el más caluroso interés desde su fundación, en parte, por las ideas de que ha sido vehículo, pero también por el entusiasmo que en él despertaba la realización de uno de sus ensueños: la publicación de un periódico sobre las bases de la responsabilidad personal y del mejoramiento social. Al trazar estas líneas no debo olvidar a aquellos que ya no viven y a los que viven aún, y que me ayudaron como colaboradores desinteresados y entusiastas. Son algunos y figuran entre mis mejores amigos. Reciban todos mi más cordial agradecimiento.

Aunque reconozco mis deficiencias y los errores que he cometido, con la frente muy alta puedo declarar que en los 180 cuadernos de la *Revista Positiva* no ha habido nada de sórdido ni de desmoralizador. La exclusión completa del anónimo la mantuve por consideraciones de orden moral, y mi experiencia me indica que tal medida es una de las que han de imponerse como imperiosa necesidad en las sociedades contemporáneas.

Comtista he sido llamado por muchos y comtista también ha sido el apodo de esta publicación. No hay comtistas ni comtismo, porque la síntesis de Comte es lo que más se diferencia de cualquier secta, y porque los discípulos de este gran innovador, en nada se parecen a los sectarios; siempre abierta su inteligencia a todas las ideas, lo

que hacen es examinarlas desde el punto de vista positivo y buscar su utilidad social y moral, y cuando de aquel examen resulta que no son fundadas y de esta busca, que no han de producir ningún bien supremo, las desechamos por estériles o nocivas y nos apartamos de ellas por tenerlas mejor. Naturalmente que para mis adversarios este periódico ha sido; o incendiario o soporífero, pero como ellos no han podido realizar ni siquiera una obra tan mala como la mía, he preferido continuar por mi camino.

Voy a terminar estas líneas con algunas consideraciones sobre el estado actual de crisis en que se encuentra mi patria y, permítaseme que hable de mi persona, lo que enseguida voy a expresar constituye mi mejor excusa. Nací de padres republicanos y el único motivo de legítimo orgullo mío, en tratándose de mi prosapia es, el de haber habido entre mis ascendientes paternos y maternos quienes dieron su sangre por la independencia y por las libertades de mi patria. Republicano y liberal nací y republicano y liberal moriré, porque esas tendencias me vienen de abolengo y las ha fortalecido mi educación y mi fe positivistas; no soy, por tanto, de aquellos que son republicanos y liberales cuando forman parte de la clase de los humildes y se vuelven aristócratas y conservadores cuando suben a la clase de los ricos. Desde niño aprendí que cualquiera organización puede mejorarse, y cuando estudié la historia de la Matemática, de la Astronomía y de la Física, pude cerciorarme, al conocer la colosal figura de Galileo, que todo en lo humano se ha modificado ventajosamente por la acción de los que no se contentan con todo lo que ya existe. Por eso siempre he estado del lado de la libertad, del lado de la justicia, del lado de la reforma social y del lado del adelanto moral. Las crisis políticas no me espantan, porque aunque individualmente sea yo víctima de ellas, mi método so-

ciológico me ha enseñado concienzudamente que para la apreciación del progreso social no debe uno ir de las partes al conjunto, sino del conjunto a las partes. La paz como fenómeno desligado de toda la vida social, ha sido siempre para mí un fenómeno incomprensible, porque así me lo ha enseñado y demostrado mi gran maestro Augusto Comte. De la misma manera, la moralidad humana, dividida en privada y doméstica, en cívica y humanitaria, siempre me ha parecido una aberración, ya que la conducta del hombre sólo puede ser una, pues el que es inmoral, inmoral se manifiesta en el hogar y fuera de él. He proclamado desde hace cerca de cuatro años, y sigo proclamando, que mi patria entró en un período de gran revolución, porque el estado social de ella así lo exigía; pero nunca he querido decir que los procedimientos violentos sean la solución de las cuestiones sociales. Firmemente persuadido de que el género humano se aproxima cada día más, si bien lentamente y venciendo innúmeras dificultades, a la época en que la actividad será pacífica, y también, de que todos los esfuerzos de los hombres sanos deben converger a que esa aproximación sea cada día mayor, no ignoro tampoco que cada nación camina por ese sendero con desigual velocidad y que los amantes del progreso se ven muchas veces en la triste necesidad de defender con las armas en la mano el nuevo orden social contra los mantenedores del viejo. Nadie podrá probarme que la fuerza no deba usarse rectamente en determinados casos, para contrarrestar la fuerza que erróneamente se usa para oprimir; y tan imperiosa es, en mi sentir, la defensa del caro suelo que nos vio nacer, como la de los oprimidos por una tiranía interna.

Nunca jamás me he excusado de cumplir con mis deberes cívicos, y si en los floridos 21 años de mi juventud no cumplí con ellos como habría querido yo, fue mal de

mi grado y porque me era imposible vencer la persistente inercia de la sociedad a que yo pertenezco. Mi tiempo, mi dinero y mis actividades los he consagrado sin vacilar a aquellas causas que en mi manera de ver han exigido mi consagración; si mi labor ha sido de hormiga, cúlpese a la pequeñez de mis elementos de toda clase y a mis deficiencias personales.

Cuando hace cuatro años comenzó la primera crisis social mexicana de este siglo, anuncié sin vacilar el triunfo de los que en los comienzos de la lucha eran los débiles. Acaso este acierto haya tenido por origen mi conocimiento directo del proletariado rural mexicano, por mi contacto con él desde los ya lejanos días de mi infancia; él entró a una lucha desigual sin medir las fuerzas del coloso, sin reconocer la estupenda tarea que se proponía, pero con el firme propósito de no desistir hasta verla realizada. Esta fortaleza, hija de una determinación resuelta, constituye la firme base de mi esperanza en la redención de mi propio pueblo y en la grandeza futura de mi patria.

Suspendo por desgracia la *Revista Positiva* en los días en que con más ardor proponíame predicar mi religión aplicándola a la actual crisis de México, inspirándome, como siempre lo he hecho, en la salvadora noción de los deberes y haciendo a un lado el exclusivo concepto de los derechos. No abrigo el deseo de que se humille a nadie ni de que se le aniquile tampoco, porque es mi convencimiento que esta revolución no se ha hecho por espíritu de venganza, sino como medio de defensa, esto es, para proteger al débil y para oponerse a la monstruosa doctrina de que las necesidades de una clase social (la oligarquía plutocrática) y de una casta (la de los militares) justifican todas las iniquidades. Siempre protestaré contra éstas, porque mis manos están limpias de todo crimen y mi alma nunca ha defendido a sabiendas una

mala causa. Entre lo mucho valiosísimo que debo al Positivismo, cuento la dicha de haberme precavido él de rebajarme hasta el nivel de aquellos a quienes yo he combatido, y si en mi poder estuviese tocar con los acentos de mi palabra los corazones de todos los revolucionarios mexicanos, yo les diría: Sed justos en los días de la victoria como habéis sido valerosos en los momentos del peligro; y sobre todo, recordad que esta gran revolución se ha efectuado, no para aniquilar a nuestros compatriotas disidentes, sino para unir a todos los mexicanos con el lazo moral e indestructible de la justicia.

ÍNDICE

Introducción 5
GABINO BARREDA: Oración cívica pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867 . . 41
JUSTO SIERRA: La era actual 76
PORFIRIO PARRA: Caracteres generales o unidad del método positivo o científico 97
JUSTO SIERRA: Panegírico de Barreda 111
FRANCISCO G. DE COSMES: ¿De qué lado está el verdadero patriotismo? 126
FRANCISCO G. DE COSMES: Vuelta a la carga . . 132
FRANCISCO BULNES: Las tres razas humanas . . . 137
EMILIO RABASA: Efecto moral del periodo de paz . 159
ANDRÉS MOLINA ENRÍQUEZ: El problema político . 169
HORACIO BARREDA: Una revolución termina cuando las causas que la provocaron han sido destruidas, y cuando se hallan satisfechas las necesidades que reclama el estado normal 205
AGUSTÍN ARAGÓN: A los lectores de la *Revista Positiva* 215